Antología Navideña

Un Regalo Para Ti

LORENA FUENTES

La magia de la Navidad,
como un suave manto de nieve,
abre el camino para nuevas historias.

LORENA FUENTES

Antología Navideña “Un regalo para ti”
Lorena Fuentes
Todos los derechos reservados
© Lorena Fuentes, 2020
Edición y Revisión: Lorena Fuentes
Diseño de cubierta: Lorena Fuentes
Diseño Interior: Lorena Fuentes
Primera edición: diciembre 2020
Segunda edición: Noviembre 2024
ISBN: 9798577852924
Sello: Independently published
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Regalo I

- **Capítulo 1**
- **Capítulo 2**
- **Capítulo 3**
- **Capítulo 4**
- **Capítulo 5**
- **Capítulo 6**
- **Capítulo 7**
- **Capítulo 8**
- **Capítulo 9**
- **Capítulo 10**
- **Capítulo 11**
- **Capítulo 12**
- **Capítulo 13**
- **Capítulo 14**
- **Capítulo 15**
- **Epílogo**

Regalo II

- -I-
- **-II-**
- **-III-**
- **-IV-**
- **-V-**
- **-VI-**
- **Epílogo**

Regalo III

- **Capítulo 1**
- **Capítulo 2**
- Capítulo 3
- **Capítulo 4**
- **Capítulo 5**
- **Capítulo 6**
- **Capítulo 7**
- **Epílogo**

Regalo IV

- **Capítulo I**
- **Capítulo II**
- **Capítulo III**
- **Capítulo IV**

Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Epílogo
Regalo V
-1-
-2-
-3-
-4-
-5-
Agradecimientos
Sobre la autora
Libros:

Para Marcela y Amanda:

En esta Navidad, quiero regalarles algo más que un juguete, algo que perdure en el tiempo y las acompañe siempre: un cuento de Navidad escrito con todo mi amor.

Espero que algún día, cuando sean mayores, lo lean y recuerden la magia de estas fiestas, la importancia de la familia y el amor incondicional de su madrina.

Con todo mi cariño,

Su madrina.

Lorena…

Mirar atrás en estas fechas, con sus luces y sombras, nos permite apreciar el camino recorrido. Celebremos los logros alcanzados y aprendamos de las experiencias vividas, incluso de aquellas que nos dejaron cicatrices. Que la nostalgia nos recuerde la importancia de valorar cada instante y que la esperanza ilumine el camino que está por venir.

¡Feliz Navidad y un próspero Año Nuevo 2024!

Con cariño,

REGALO I

EL GRINCH y Yo

Regalo I

Capítulo 1

Cuando terminé la universidad, estaba feliz de poder volver a casa y reunirme con mi familia. Después de tres años lejos, extrañaba la calidez del hogar, las bromas con mi papá, las charlas interminables con mi mamá y las peleas —siempre con final feliz— con mi pequeña hermana Meredith. Me gradué con honores como licenciada en enfermería, y la verdad es que estaba súper emocionada por comenzar mis prácticas. Imaginaba las largas noches en el hospital, la adrenalina de la sala de urgencias, el aprendizaje constante...

¡Quería poner en práctica todo lo que había estudiado!

Mientras esperaba el *email* que me informaría en qué lugar del país realizaría las prácticas, disfrutaba al máximo mis últimos días de libertad. Surfeaba por las mañanas en las playas de Malibú, desafiando las olas con mi tabla y sintiendo la brisa marina en mi rostro. Por las tardes, paseaba con mi perro Cookie por la arena, viendo la puesta de sol y disfrutando de su compañía incondicional. Los desayunos en familia eran mis momentos favoritos: risas, anécdotas, planes para el futuro... y por supuesto, molestar a mi hermana por tener que ir todavía a la preparatoria. También aprovechaba para reunirme con mis amigos de toda la vida, recordar viejas historias, patinar en Venice y simplemente disfrutar de su compañía. Sin embargo, la mañana que recibí la carta que tanto ansiaba, un balde de agua fría me despertó de mi sueño californiano. Me informaban que tenía que irme de nuevo, dejar mi hogar por casi cinco meses. ¡Cinco meses! Eso significaba un adiós a la Navidad en familia, a los planes de Año Nuevo con mis amigos, a las olas de Malibú, a mi perro, a mi vida... Un adiós a todo lo que amaba.

Con maletas llenas de ropa de abrigo ¿Quién iba a necesitar bikinis en Connecticut? Libros, mi laptop y un sinfín de recuerdos, me despedí de mi familia con un nudo en la garganta y emprendí el viaje hacia Farmington, un pequeño pueblo ubicado en el condado de Hartford. Lo único que sabía de él era que en el año 2005 tenía una población de veinticuatro mil novecientos cuarenta y un habitantes y una densidad poblacional de trescientas seis personas por kilómetro cuadrado.

¡Menudo cambio de Los Ángeles!

Mi destino, la consulta del doctor Andrew Price. Imaginaba a un viejo gruñón, con bata blanca y una mirada intimidante, de esos que te hacen temblar con solo una palabra. Seguro que sería un hueso duro de roer, pero tenía que aprender de los mejores. Me especializaba en trauma, y entrar al sistema de hospitales dentro del estado de California era una misión imposible. Sabía que esta era una gran oportunidad, pero no podía evitar sentirme frustrada por tener que alejarme de mi familia justo ahora.

Manejar desde Los Ángeles hasta la Costa Este fue una experiencia increíble. Estados

Unidos tiene paisajes de una belleza impresionante: desiertos, montañas, bosques, llanuras interminables... Aproveché la oportunidad para hacer la Ruta 66, un viaje mítico que siempre había soñado hacer. Recordaba ver la película *Cars* con mi hermanita y prometerle que algún día recorreríamos esa carretera juntas, pero ahora me tocaba hacerlo sola.

Tener que irme de casa justo el día después de Acción de Gracias... «*maravilloso*». Sí, lean esa palabra con todo el sarcasmo del mundo. Subí el volumen del sistema de sonido y comencé a cantar *Firework* con Katy Perry a todo pulmón, imaginando que era una estrella de pop recorriendo el país en busca de aventuras.

*****

Al llegar a Farmington, me sorprendió lo diferente que era todo. Las casas de madera con sus porches, las calles arboladas, el ritmo tranquilo... parecía un lugar detenido en el tiempo. El centro del pueblo era como la escenografía de una película navideña, tiendas con escaparates decorados, un gran árbol de Navidad en la plaza, villancicos sonando en los altavoces... Sentí como si hubiera entrado en un cuento de hadas.

Estacioné el auto frente a una cafetería con un cartel que decía *"Luke's Diner"*. No pude evitar sonreír. Definitivamente, este lugar era como Stars Hollow, el pueblo de Rory Gilmore en *Las Chicas Gilmore.* Soy una fanática de la serie, y me encantaba la idea de estar en un lugar tan pintoresco.

La plaza del pueblo estaba decorada con calabazas, pacas de heno y pavos reales —sí, pavos reales— por el Día de Acción de Gracias. Tomé una respiración profunda para calmar los nervios. Afuera, la temperatura debía estar bajo cero, pero yo sudaba como si estuviera en pleno verano. Estaba a punto de conocer a mi nuevo jefe, y no podía evitar sentirme intimidada.

«Tranquila, Victoria, no puedes estar nerviosa», me dije a mí misma. *«Eres una profesional, una enfermera con honores. Puedes con esto».*

Al bajarme del auto, sentí las miradas curiosas de los peatones. Puse los ojos en blanco. Sí, ya sé que soy la nueva del pueblo. Entré en la cafetería, y lo primero que vi fue a un hombre de pie en la barra. Era alto, de complexión atlética, con unos increíbles ojos azules que me dejaron sin aliento. Llevaba ropa deportiva, y se notaba que estaba en muy buena forma. ¡Dios mío!

¿Por qué siempre me fijaba en hombres inalcanzables?

Me acerqué a la barra, y un hombre de unos cuarenta años, con aspecto amable, me recibió con una sonrisa. Sin mediar palabra, me sirvió una taza inmensa de café. Al parecer, adivinó lo que necesitaba.

—¿Turismo? —me preguntó con curiosidad.

Negué con la cabeza y le di el primer sorbo. El café estaba delicioso, justo lo que necesitaba para entrar en calor.

—No, soy la nueva enfermera del doctor Price —le informé, ofreciéndole mi mano—. Victoria Grey.

El hombre me miró con interés y luego dirigió su mirada hacia el hombre de la barra. Me

sorprendí cuando este, al escuchar mi nombre, salió corriendo del local como si hubiera visto un fantasma.

Capítulo 2

Andrew Price

Cuando mi papá, el doctor Andrew Price, me obligó a aceptar a una enfermera, jamás me imaginé que sería una jovencita recién salida de la universidad. Esperaba a alguien con experiencia, alguien que pudiera asistirme sin necesidad de supervisión constante. Después de todo, me gradué con honores de Harvard, hice mi residencia en el Hospital General de Boston y, para colmo, soy cirujano general. Pero claro, mi padre, con su infinita sabiduría pueblerina, decidió que necesitaba "manos extras" y que la inexperiencia de la chica sería una ventaja. ¿Una ventaja? ¡Por favor! Un error en este trabajo puede costar una vida.

Volví a Farmington, este maldito pueblo, hace un par de años, cuando mi madre enfermó. Pensé que había escapado para siempre de este lugar donde todos se conocen, donde los chismes vuelan más rápido que el viento y donde la vida transcurre a un ritmo exasperantemente lento. Pero la promesa que le hice a mi madre en su lecho de muerte me ató a este lugar, a cuidar de mi padre y de la clínica que juntos construyeron con tanto esfuerzo.

La clínica, ubicada en la planta baja de nuestra casa, era el centro de sus vidas. Mis padres regresaron a Farmington con la ilusión de formar una familia, pero los problemas de fertilidad de mi madre solo les permitieron tener un hijo: yo. Compraron esta casa de dos pisos con la esperanza de verme criar a mis propios hijos aquí, pero el destino tenía otros planes. Josephine, mi novia de la época del hospital, odiaba este lugar con todas sus fuerzas. Las constantes visitas de los vecinos, la falta de privacidad, la sensación de estar siempre bajo la lupa del pueblo… terminaron por desgastar nuestra relación.

Abro la puerta de mi hogar, con el ceño fruncido y la mente ya puesta en la primera cita del día. El pequeño de los Ward tiene varicela, y conociendo su energía, seguro que será un desafío mantenerlo quieto. Necesito una ducha fría para despejarme y pensar en una estrategia para deshacerme de la "niñera" que mi padre ha contratado.

*****

—La nueva enfermera llega hoy —anuncia mi padre con una sonrisa que no puedo evitar encontrar irritante.

Sigo leyendo las noticias en mi iPad, ignorando su entusiasmo. Él, ajeno a mi molestia, se sienta a mi lado con su inseparable edición impresa del New York Times.

—Ajá —murmuro, sin levantar la vista.

—¿Te conté que está recién graduada? —pregunta con un tono casual, abriendo su periódico con un crujido que me saca de quicio. —Nos vienen bien unas manos extras y su inexperiencia.

Levanto la cabeza de golpe, incrédulo. ¿Acaba de decir inexperiencia? Respiro hondo,

contando hasta diez para no perder la paciencia. En Farmington, donde nunca sucede nada, la falta de experiencia puede ser un lujo que no nos podemos permitir. Pero claro, mi padre, que sigue atendiendo a los pacientes que aún desconfían de mis habilidades *«¡Como si Harvard fuera una universidad de tercera!»*, no lo ve así.

—La alcaldesa invitó a la clínica a participar en el festival navideño —comenta, interrumpiendo mi lectura. —Sé que odias la Navidad, pues en estas fechas...

—No voy a decorar —lo interrumpo con firmeza. —Puede insistir todo lo que quiera, pero no lo haré.

—Andy, tenemos que… —La campanilla de la puerta anuncia la llegada de alguien.

—¡Hola! ¿Doctor Price?

Una voz dulce, con un ligero acento que no logro identificar, nos llama desde la entrada. Nos levantamos al mismo tiempo, y al salir a la recepción, veo a la chica de la cafetería de espaldas. Reconozco ese *anorak* llamativo que nadie en su sano juicio usaría en este pueblo. Al escuchar nuestros pasos, se da la vuelta, y sus ojos se abren de par en par al verme.

—Usted… —musita, con una expresión de sorpresa que me resulta inexplicable.

Entonces me doy cuenta de que Bill, el dueño de la cafetería, no le ha dicho quién soy. Mi padre, con su eterna amabilidad, se acerca y le ofrece la mano. Ella la acepta con timidez.

—Tú debes ser Victoria, soy el doctor Andrew Price —se presenta, y luego me señala—. Él es mi hijo Andrew, pero puedes llamarlo…

—Doctor Price —termino la frase con frialdad, dando media vuelta y regresando a mi café. No tengo tiempo para entrenar a una novata, ni para decorar la clínica con motivos navideños. Mi padre y sus ideas… creo que es hora de que se retire y me deje tomar las riendas del negocio.

Capítulo 3

El hombre de la cafetería —el doctor Price hijo—, se da media vuelta y me deja con la palabra en la boca. Su padre niega con la cabeza, con una expresión de divertida resignación, pero no dice nada al respecto. Me pide el abrigo y me invita a una taza de café para conversar. Por supuesto, acepto encantada y lo sigo. Entramos a una pequeña estancia, que supongo es su oficina privada, y su hijo, al vernos, recoge sus cosas y sale con un portazo.

Si me pareció atractivo con ropa deportiva, debo decir que con el pantalón de paño color negro y su camisa azul celeste, está para morirse. Es alto, su cabello es castaño claro con reflejos rubios, y tiene unos ojos de color verde que impactan. Y qué espalda...

«Pero es un odioso», pienso, suspirando.

—Disculpa a mi hijo —dice su padre con una sonrisa—. Hay momentos en que me pregunto si lo criaron los lobos y no nosotros.

Sonrío, aliviada de que no parezca ofendido por la reacción de su hijo.

—No se preocupe, doctor Price —respondo, intentando sonar tranquila.

Me toma de los hombros con una amabilidad paternal y me lleva hasta la mesa, casi obligándome a sentarme. Parece que el padre y el hijo son completamente diferentes.

—Una chica de California, graduada con honores en la Universidad de Nueva York —comenta mientras saca un *bagel* de una bolsa. Me quedo callada, un poco intimidada por su mirada perspicaz—. Tu currículum estudiantil es impresionante.

Me sonrojo, sintiendo que mis mejillas arden.

—Gracias —murmuro, bajando la mirada.

Se acerca y deja en la mesa un plato con el *bagel*, un pequeño tarro de mermelada natural y un cuchillo. Regresa a la pequeña cocina de la oficina y trastea entre las tazas hasta encontrar una que parece aprobar. Me sirve el café con un gesto elegante, que contrasta con la sencillez del lugar.

—Aquí todo es muy tranquilo —dice, sentándose frente a mí—. No verás traumas o algo así. Pediste unas prácticas tranquilas, y eso te han concedido.

Inclino la cabeza, recordando la conversación con mi consejera, la profesora Robbins, antes de la graduación. Le había confesado mi temor a enfrentarme a situaciones traumáticas después de la experiencia que tuve en mis pasantías, donde un indigente me apuñaló mientras intentaba ayudarlo. Necesitaba un respiro, un lugar donde pudiera recuperar la confianza en mí misma y en mi profesión.

—¿Cómo sabe eso? —pregunto, mirándolo con curiosidad.

Se gira y sonríe, y en ese momento me doy cuenta de que este hombre, en sus años de juventud, tuvo que ser muy guapo. A sus sesenta y algo, parece un galán de Hollywood.

—Agnes me asignó a su mejor estudiante —responde, guiñándome un ojo—. Ahora, vamos a subir y dejarás tus cosas en casa de Andy —añade con una sonrisa pícara—. Se me olvidó decirle que tiene una compañera de piso hasta nuevo aviso.

Abro los ojos sorprendida, y él se ríe entre dientes. Me dice que vuelve en un instante y sale de la oficina. No entiendo nada. Las prácticas son solo por cuatro meses, y pedí específicamente un lugar tranquilo. No me importa aprender de casos menos dramáticos, incluso en las clínicas privadas se pueden encontrar situaciones interesantes que rara vez llegan a los hospitales.

El hijo del doctor Price entra en la oficina, y parece que no existo. Simplemente me ignora, concentrándose en revisar unos papeles. Ya se ha puesto la bata y el estetoscopio, y tiene el ceño fruncido, como si estuviera resolviendo un problema matemático complejo. Levanto la vista y lo observo con disimulo, y parece darse cuenta, porque se gira y me mira fijamente.

—Tienes veintiuno —dice con un tono acusador, como si mi edad fuera un delito.

Muerdo mi labio, conteniendo la irritación. Ya veo cuál es su problema. Respiro hondo y le contesto:

—Tengo veintitrés, y su problema es mi edad. Puedo decirle…

Se despega de la mesa y me deja con la palabra en la boca, con un gesto de desprecio que me hiere. Ya lo veo todo. Creo que le pediré disculpas al doctor Price padre y me iré por donde he entrado. No pienso soportar el maltrato de este… este… ¡Ni siquiera sé cómo llamarlo!

En ese momento, la campanilla de la puerta suena con fuerza, y se escucha un grito desgarrador:

—¡Ayuda!

Seguido de un golpe seco. Me levanto de un salto y corro hacia la recepción. Me encuentro en el camino con el doctor Price Junior, y los dos nos abalanzamos hacia la mujer que yace desmayada en el suelo. Tomo su mano para verificar su pulso, y está débil, muy débil.

—Tiene el pulso débil —le informo, con la voz temblorosa.

—Ella es adicta, ¡maldita sea, Juls! —grita, con una mezcla de rabia y preocupación—. Sígueme.

Camina hacia el pasillo y se detiene al ver que no lo sigo. Al darme cuenta de que la orden es para mí, corro tras él y entramos en un consultorio. Pone a la chica en la camilla y me ordena que le ponga una vía intravenosa. Me apresuro al estante para buscar el material necesario, mientras él examina a la paciente, que comienza a convulsionar.

—No, no, no —murmura, girándola sobre la camilla—. Diez miligramos de diazepam.

La adrenalina recorre mi cuerpo. Olvido mi enojo, olvido la actitud del doctor Price hijo, olvido todo excepto la emergencia que tenemos frente a nosotros. Encuentro el diazepam y se lo administro a la paciente, observando con atención sus reacciones. En ese momento, solo somos

dos profesionales luchando por salvar una vida.

Capítulo 4

Andrew

La chiquilla parece tener experiencia. Logré estabilizar a Jules con su ayuda y luego trasladarla al hospital de Hartford. Durante el trayecto de vuelta a la clínica, Victoria guardó silencio. Aproveché para observarla con detenimiento. Es una chica de estatura promedio, tez blanca, pero lo que realmente llama la atención es su impresionante cabellera de color rojo fuego y sus ojos azules, que contrastan con la infinidad de pecas que salpican su rostro. Tiene la sonrisa más dulce que jamás he visto, y se la regaló a nuestra paciente cuando Jules reaccionó en el hospital.

Al llegar a la clínica, me encuentro a mi padre hablando con la alcaldesa. Pongo los ojos en blanco. Estoy seguro de que intentará convencerme de participar en el festival navideño, algo que no tengo la menor intención de hacer. Sin embargo, Melanie centra toda su atención en Victoria.

¿Qué les puedo decir sobre Melanie Stuart? Bueno, es la mujer más metiche del pueblo, y lleva quince años imponiendo su ley en Farmington. Fue una de las mejores amigas de mi madre, no tiene hijos y lleva cinco divorcios a cuestas, porque no hay quien la aguante. Camina decidida hacia Victoria, y antes de que pueda decirle algo, la puerta se abre y entra la señora Ward con tres de sus hijos, todos con cara de pocos amigos.

—Todos tienen varicela —me informa con un tono de voz que denota cansancio y frustración.

Mi padre y yo sonreímos. Si se niega a vacunarlos, es lógico que todos acaben contrayendo la enfermedad. Me vuelvo hacia Victoria y le ordeno:

—Sígueme.

Me obedece sin rechistar. La salvo de tener la conversación más aburrida de su vida con la alcaldesa. La observo mientras me ayuda a atender a los chicos. Su dulzura y paciencia hacen sonrojar al mayor de los Ward, que apenas tiene diecisiete años y está en pleno apogeo hormonal.

Al terminar, me pide permiso para tomar una taza de café. Le hago un gesto con la mano para que salga. La verdad es que necesitaba ayuda extra, pero no deseaba a una persona con inexperiencia. Sin embargo, en su primer día, Victoria ha estado maravillosa. La pregunta es:

¿Qué puedo esperar de ella en las siguientes semanas?

*****

La tarde transcurre tranquila. Después de atender a los chicos Ward, no supe más de mi padre ni de Victoria. Subo las escaleras, sintiéndome cansado, hasta llegar a la puerta de mi casa.

Escucho risas provenientes del piso de abajo, y me imagino que la visita de Melanie se ha extendido más de lo normal. Pongo los ojos en blanco, imaginando que la alcaldesa desea convertirse en la próxima señora Price. No creo que pudiera soportarla como madrastra.

Entro en mi casa y dejo la bata en el perchero. Voy directo a la cocina y me sirvo un vaso de agua. De manera casi automática, comienzo a desvestirme para irme a echar un rato en mi cama y ver el partido de fútbol americano. Hoy es lunes, y mi equipo, los Patriotas, tienen un juego importante.

Una de las ventajas de ser soltero es que no tengo que cocinar ni escuchar a mi esposa quejarse por pasar el día sola. Puedo ver los partidos que me dé la gana y hacer lo que deseo dentro de mi casa. Voy directo a mi habitación, y me molesta lo que veo en mi cama.

—¿Pero qué diablos haces en mi cama? —rujo, molesto.

Victoria se despierta asustada y comienza a mirar a su alrededor, desorientada, hasta que finalmente se fija en mí. Se sonroja y balbucea una disculpa.

—Disculpe, doctor Price —dice con nerviosismo—. Su padre me dijo que iba a vivir aquí, y no me mostró cuál era mi habitación.

Al escuchar su respuesta, pongo los ojos en blanco. Creo que mi padre se está volviendo senil, y sus decisiones son cada vez menos acertadas. Victoria me mira de arriba abajo, y recuerdo que solo llevo el bóxer puesto. Voy hasta la cómoda y saco un pantalón de pijama y una camiseta. Me los pongo delante de ella, suponiendo que debe estar acostumbrada a ver el cuerpo desnudo de las personas, dada su profesión.

—Ya regreso —le informo—. Por ahora puedes quedarte en la habitación de al lado, pero tienes que buscar un lugar en el pueblo. No te quiero aquí.

—¿Puede ser un poco más odioso? —me pregunta cuando me giro para salir.

Ni siquiera le respondo. Voy directo a casa de mi padre, para preguntarle si se ha vuelto loco. La verdad es que Victoria parecía un hada dormida entre mis sábanas. La chica es preciosa, pero es demasiado joven. Solo tiene veintitrés años.

Al llegar a la casa de mi padre, lo encuentro en la sala de estar, leyendo un libro.

—¿Se puede saber qué haces instalando a la nueva enfermera en mi casa? —le pregunto, sin poder ocultar mi irritación.

Mi padre me mira con calma y sonríe con picardía.

—Pensé que sería una buena idea —responde con tranquilidad—. Así podrás conocerla mejor y superar tus prejuicios.

—¿Prejuicios? —replico—. Solo creo que es inapropiado que una jovencita viva en la misma casa que un hombre soltero.

—No seas anticuado, Andrew —dice mi padre—. Victoria es una chica responsable y profesional. No tienes nada que temer.

—No se trata de eso —insisto—. Simplemente, no me parece correcto.

—Bueno, es mi casa y yo decido quién vive en ella —zanja mi padre—. Además, creo que Victoria te vendrá bien. Te ayudará a salir de tu caparazón y a disfrutar un poco de la vida.

Resoplo, frustrado. Sé que no tiene sentido discutir con mi padre cuando se le mete una idea en la cabeza.

—Está bien —digo con resignación—. Pero si hay algún problema, la enfermera se va de mi casa.

—No habrá ningún problema —asegura mi padre con una sonrisa.

Salgo de su casa, sintiéndome más confundido que nunca. No entiendo por qué mi padre insiste en que conviva con Victoria. ¿Qué pretende? ¿Acaso quiere que me enamore de ella? La idea me parece absurda. Victoria es demasiado joven y yo… bueno, yo soy un hombre complicado, con un pasado que me persigue y un presente incierto. No estoy hecho para el amor.

Capítulo 5

Los días en Farmington se estiraban como un chicle infinito. No podía creer que ya hubiera pasado una semana en este pueblo perdido en el mapa. Contaba los días para escapar, sobre todo teniendo que soportar al insoportable de Andrew Price Junior, que parecía empeñado en hacer mi vida miserable. Y para colmo, terminamos compartiendo casa, ya que su padre se negó rotundamente a que me mudara a otro lugar. *"No seas tonta, Victoria"*, me dijo con su sonrisa paternal. *"Vivirás con Andrew. Así ahorrarás dinero y podrás concentrarte en tus estudios"*. Suspiré. Ahorrar dinero estaba bien, pero ¿a qué precio? Tener que compartir techo con el doctor gruñón no era precisamente mi idea de un buen momento.

Por otro lado, todos en el pueblo ya me conocían. La gran mayoría se inventaba enfermedades para poder venir a verme. Los chicos de preparatoria me causaban gracia. Todos podrían ser mis hermanos menores, y aun así, me invitaban a salir con una mezcla de timidez y atrevimiento que me hacía sonreír.

La alcaldesa, Melanie Stuart, era un caso aparte. Un poco metiche, sí, pero también amable y entusiasta. Sospechaba que estaba enamorada del doctor Price padre, y no paraba de intentar convencernos para que decoráramos la clínica para Navidad. Y allí estaba yo, revisando cajas polvorientas con el doctor Price, que a diferencia de su hijo, me permitía tutearlo. Me encantaba la Navidad, y la idea de decorar la clínica me llenaba de ilusión.

—Qué diablos estás haciendo? —escuché la voz de trueno del doctor Price hijo.

Puse los ojos en blanco automáticamente. ¿Es que este hombre no sabía hablar sin gritar? Traté de disimular mi irritación, forzando una sonrisa.

—Su padre ha decidido decorar, y estoy encantada de ayudarlo —respondí con amabilidad.

Él maldijo por lo bajo. Cuando creí que iba a soltarme una de sus frases hirientes, apareció su padre para salvarme.

—Creo que debemos comprar nuevas luces, Vic —me dijo, examinando las viejas extensiones que tenía en la mano.

—¡Papá! —lo llamó su hijo. Andrew se fijó en él y sonrió. Me echó un vistazo y me guiñó un ojo, pero Andy insistió—: ¿Qué es todo esto?

—Victoria y yo hemos decidido decorar para Navidad —respondió su padre con tranquilidad.

—Yo te dije… —comenzó a protestar Andrew.

—Sé muy bien lo que dijiste —lo interrumpió su padre—. Llevas cuatro años comportándote como el señor Scrooge.

—¡¡Papá!!

—Vamos, Vic —me dijo, tomándome del brazo—. Melanie hará estofado y nos ha invitado a todos, pero sé que Andy no irá.

Sonreí

—Necesito a la señorita Grey —informó Andrew entre dientes.

Su padre negó con la cabeza y fue en busca de su abrigo. Se lo colocó y me dijo con voz paternal:

—No dejes que mi hijo te intimide. Debajo de toda esa coraza, está el chico noble que su mamá y yo criamos.

Salió, dejándome a solas con el Grinch. Me levanté, decidida a posponer la decoración para el día siguiente. Fui a la cocina y lo escuché seguirme. Sabía que Andy, como lo llamaba cariñosamente su padre, tenía treinta y dos años, había estudiado en Harvard y se había especializado en trauma. También sabía que, tras la muerte de su madre, se había vuelto huraño y solitario.

La puerta de la cocina se abrió, y yo respiré hondo. Imaginé que para eso quería que me quedara, para enfrentarme a él. Salí y lo encontré congelado frente a una mujer morena que estaba embarazada.

—Josephine —murmuró su nombre, con una mezcla de sorpresa y dolor en la voz.

—Andy, ¿no me das un abrazo? —preguntó ella, y luego pareció fijarse en mí—. Ya veo que al fin decidiste contratar ayuda.

Él se giró y se quedó mirándome, con una expresión indescifrable. Se acercó y me abrazó con fuerza, apretándome contra su cuerpo. Me tensé, sorprendida por su reacción.

—Ella es Victoria, mi novia y la enfermera de la práctica —dijo, con voz firme.

Josephine me observó con odio, y luego lo miró a él con sorpresa. Yo, mientras tanto, hiperventilaba. ¿Su novia? ¿Qué estaba pasando? Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Las paredes de la cocina parecían cerrarse sobre mí, y el aire se volvió denso, difícil de respirar. Necesitaba escapar, huir de esa situación surrealista, pero mis piernas no respondían. Estaba atrapada en una mentira que no había creado, pero de la que, de alguna manera, ahora formaba parte.

Capítulo 6

Andrew

Al ver a Victoria en la puerta de la clínica, fue lo primero que se me ocurrió. Nunca imaginé que después de cuatro años, Josephine aparecería de la nada para restregarme en la cara que estaba embarazada de nuevo, y para colmo, del que fue mi mejor amigo. Victoria se tensó a mi lado, pero enseguida sonrió, siguiéndome la corriente.

—Un gusto, Victoria Grey —dije, presentándola a mi *"pareja"*.

Josephine la observó con una sonrisa falsa que conocía demasiado bien. La invité a pasar para evitar las miradas curiosas de los vecinos. Ya dentro del comedor, Victoria le ofreció un té caliente, que Josephine rechazó con una cortesía que no le creí ni por un segundo. Sabía que se preguntaba cómo había conocido a Victoria, cómo una chiquilla así había captado mi atención después de tanto tiempo.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó, con un tono de voz que denotaba curiosidad y un toque de desprecio.

Sonreí, poniendo mi mejor máscara de hombre enamorado. Pobre Victoria, la miraba con miedo reflejado en sus ojos azules. Pero necesitaba que fingiera ser mi novia, al menos por un tiempo. Ella sonrió con nerviosismo, y yo tomé la palabra.

—Fue por casualidad —dije, inventando una historia sobre la marcha—. Estaba en la oficina de Agnes Jones, y ella entró. No puedo negar que me sentí impresionado. —Acentué mi sonrisa, dirigiéndome a Josephine—. Solo mírala. Mi pequeña es preciosa. No podía dejar de admirarla. Le insistí a Agnes que la asignara aquí. Desde que llegó, todo comenzó tan rápido... creo que fue amor a primera vista. —Me acerqué a Victoria y la abracé, sintiendo su cuerpo tensarse bajo mi brazo.

—Así que apenas tienen pocos días —afirmó Josephine, con una ceja levantada.

Iba a contestarle, pero Victoria se adelantó.

—El amor no es cuestión de tiempo —dijo, con una seguridad que me sorprendió—. Andrew y yo tenemos una excelente química. Además, hay parejas que llevan años y terminan. Las tasas de éxito entre parejas no se toman por el tiempo. Creo que es relativo e irrelevante. La idea es conocernos sobre la marcha.

«Eso es cierto. ¿De dónde saliste?», me pregunté, mirándola con admiración. Sus ojos azules brillaban con una luz especial.

Josephine exhaló con cansancio.

—Bueno, pasé por aquí para saludarte y avisarte que pasaremos un tiempo por acá. —Puso

los ojos en blanco—. La madre de George desea que pasemos las fiestas aquí.

—Nos estaremos viendo —respondí, sintiendo un nudo en el estómago. Se dio media vuelta, y observé cómo la mujer a la que amé con locura salía de mi vida, quizás para siempre.

Cuando escuché la puerta abrirse y cerrarse, me alejé de Victoria como si quemara. Salí de allí y fui directo a mi casa. Necesitaba correr, despejar mi mente, alejarme de esa situación que me asfixiaba. No tenía tiempo para dar explicaciones, ni a Victoria ni a mí mismo.

*****

Al entrar en mi casa, me encontré con que todo estaba decorado para Navidad. Respiré hondo y fui directo a la ducha. Me di un largo baño con agua caliente, intentando relajar mis músculos y mi mente. Salí con la toalla puesta y con otra secándome el pelo. Al entrar, me había asegurado de que estaba solo. Busqué algo en la nevera para comer. Cuando me giré, se me cayó la toalla, y no me la puse mientras buscaba algo que llevarme a la boca.

—¡Cristo Santo! —exclamó Victoria, desde la puerta.

Di un respingo, pegando la cabeza contra la nevera. Me giré, y al distinguirla, recorrí con la mirada cada rincón de su cuerpo. Estaba vestida con un short y un suéter, y estaba sonrojada de pies a cabeza. Recogí la toalla y me la puse, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Disculpa —murmuré entre dientes—. Pensé que estaba solo.

Ella bajó la mirada a sus pies, y yo hice lo mismo. Tenía las uñas pintadas de un color verde manzana muy llamativo.

—Estaba cenando con tu padre —se disculpó, levantando la mirada—. Tenemos que hablar.

Exhalé con cansancio.

—Disculpa, pero fue lo primero que se me ocurrió —me excusé, refiriéndome a la mentira que le había contado a Josephine.

—Me imaginé —dijo—. Pero tienes que entender que ella se quedará aquí, y yo no puedo fingir que estoy enamorada de ti.

Cerré los ojos y recordé ese pequeño detalle. En Farmington, todos nos conocíamos. Lo creyeran o no, ya todos debían saber que supuestamente tenía una relación con la nueva enfermera. Los abrí y la miré fijamente.

—Te propongo algo… —dije.

—¿Qué? —preguntó con suspicacia.

—Fingir que somos pareja por el tiempo que estés aquí —propuse—. A mí me ayudaría con Jo, y a ti te alejaría a todos los chiquillos que te persiguen.

Victoria me observó como si me hubiera salido un tercer ojo. Sonreí, porque de verdad me gustaría hacerlo y poder sacarme a Josephine de encima.

—Lo siento, pero no… —comenzó a decir.

—Hazlo a cambio de decorar la práctica, y prometo dejarte en paz —le ofrecí.

Ella negó con la cabeza y se giró, dejándome a solas de nuevo. La chica era preciosa, pero era una niña, y yo no podía enamorarme. No estaba hecho para eso.

—Deberías decorar la práctica porque eso haría feliz a tu padre, y no para fingir que eres feliz… —dijo, desapareciendo por el pasillo.

Sabía que tenía razón, pero no podía, y tampoco quería, celebrar la Navidad. Esa época del año solo me traía recuerdos dolorosos. Recordaba las Navidades en familia, cuando mi madre aún estaba viva, y una punzada de tristeza me atravesaba el pecho. No quería volver a sentir esa melancolía, esa sensación de vacío que me acompañaba desde su muerte.

Capítulo 7

Entré a la habitación con el corazón latiéndome a toda velocidad, como si hubiera corrido un maratón. No podía creer la propuesta indecente de Andrew Price, ni que lo hubiera visto casi desnudo, con esa toalla que apenas cubría lo esencial.

¡Dios mío, qué hombre!

Me metí en la cama, aún con la imagen grabada a fuego en mi mente, y marqué el número de mi mejor amiga, Arianna. Contestó al primer tono, como siempre.

—Dime, perra… —saludó con su habitual energía.

Sonreí.

—¿Cómo estás? —pregunté, intentando sonar casual.

—Aquí, congelando mi culo en Montreal —respondió, y recordé la tristeza que sentí al despedirme de ella en el aeropuerto. —No sabes la falta que me haces, malvada visa de estudiante. ¡Quiero volver ya y ser la canadiense divertida de siempre!

Me reí.

—Imagino. Yo también me estoy congelando el culo donde estoy —dije, pensando en el frío de Connecticut y en la gélida personalidad de cierto doctor.

—¿Y el odioso Grinch? —preguntó Arianna, con un tono pícaro.

Suspiré. Desde que llegué a Farmington, la mantenía al tanto de mis aventuras, y por supuesto que sabía todo lo que Andrew me había hecho. Le puse al corriente de los nuevos acontecimientos, incluyendo la inesperada visita de Josephine y la propuesta de Andrew. No me detuve a describirle con lujo de detalles que el Grinch de mi Navidad tenía un cuerpo de infarto, unas nalgas que provocaban darle un mordisco y que su propuesta me había hecho latir el corazón como nunca pensé que lo haría.

—Dios, creo que me estás describiendo a Liam Hemsworth —chilló Arianna, y tuve que alejar el móvil de la oreja—. ¡Yo quiero un hombre así, y lo quiero ya…! Menuda suerte la tuya, Vic.

—Suertuda… —repetí, mordisqueando mis uñas, un mal hábito que había empeorado desde que llegué a Farmington.

Arianna chasqueó la lengua.

—Mira, Vic, siempre te he dicho que no todos somos paz y amor. Tus padres educaron un par de *hippies*. Cuando llegaste a Nueva York con tu onda orgánica y tus ondas de surfista despreocupada, todos en clase te veíamos como un bicho raro. —Suspiró—. Que el hombre odia la Navidad, pues tendrá sus razones. Y por lo que me cuentas, tenemos una Úrsula como

exnovia. Bueno, creo que es un poquito peor, y no la conocemos bien, solo concluí eso por tus palabras, pero pinta ser una perra cien por ciento, y tienes que andarte con cuidado.

—*¿Hippies?* —pregunté, divertida.

Ella se rio.

—Claro que sí lo son. Vestías como la típica chica despreocupada de California, y de paso, creías que todo era paz, que íbamos a comer algas y tomarnos esos bebedizos asquerosos de clorofila.

No pude evitar reírme. La chica que se fue a la universidad no era la misma de ahora. Había cambiado muchísimo. La verdad es que mis padres sí nos criaron en un mundo muy especial, nos dieron la libertad que deseábamos. Mi padre es escultor, y mi madre, escritora. Una vida bohemia, sana, y un poco de la filosofía de que "los hijos son de la vida". Somos una familia poco convencional. Tenemos noches de películas, mañanas de surf y momentos de comer todo sin químicos añadidos, cosa que no hago ahora.

Hablamos hasta que casi se me cerraron los ojos, pensando en todo lo que había ocurrido ese día. Cuando Andrew me abrazó frente a su exnovia, creí morirme. Sentí que, de cierto modo, era el lugar correcto. *«Mejor me dejo de chorradas y me duermo»* pensé. *«Mañana será otro día en Stars Hollow»*.

*****

Me levanté a desayunar, lista para un nuevo día. Salí de la habitación y me paralicé al encontrar a mi compañero de cuarto, por así decirlo, tomando el desayuno. Desde que llegué, nunca había compartido con él tan temprano.

—Buenos días —me saludó, y se levantó para servirme una taza de café—. Hice tortitas. No sé si te gusten con sirope de maple o miel. —Alzó los hombros—. Hay fruta, y aquí tienes café, pero puedo hacer chocolate si deseas.

Abrí los ojos de par en par. Andrew sonrió, y supe que todo ese despliegue de amabilidad era para conseguir lo que deseaba. No debería aceptar, pero… ¿por qué no? Me parecía tan extraño que fruncí el ceño.

—Gracias —murmuré, acercándome—. Café está bien, y me gusta con sirope de chocolate.

Fui hasta el refrigerador, saqué el sirope, me serví dos tortitas y las bañé con esa delicia. Tomé unas fresas, y ya. Aquí estaba mi desayuno.

—Eso es una explosión de azúcar… —me criticó Andrew.

Alcé los hombros. No me importaba. La verdad es que no engordaba con nada, y me aprovechaba de eso. Se quedó esperando a que le diera la primera mordida, y lo hice. Gemí al sentir el sabor en mi boca, y cuando levanté la mirada, me encontré con la suya, que me observaba con una expresión que no supe descifrar. Había algo en sus ojos, una mezcla de curiosidad, intensidad y… ¿deseo? Aparté la mirada, sintiendo que mis mejillas ardían.

Capítulo 8

Andrew

Ese gemido involuntario que escapó de los labios de Victoria hizo que mi estómago se contrajera. Por primera vez en semanas, me di cuenta de que tenía a una mujer conviviendo conmigo, una mujer a la que podría poseer con pasión con solo escuchar esos sonidos. Victoria sonrió, ajena a la turbulencia que provocaba en mí, y yo traté de disimular mi turbación. Me levanté del taburete y le dije:

—Te espero en la clínica. Hoy vamos a vacunar a los niños del orfanato.

No la dejé contestar. Salí de la casa, necesitando poner distancia entre nosotros. Me topé con Melanie Stuart saliendo del piso de mi padre. Al verme, ella se sonrojó, y mi padre, que la seguía de cerca, suspiró. No negaba que mi padre era un hombre joven y atractivo, pero ¿buscarse otra mujer tan pronto? Puse los ojos en blanco y bajé las escaleras. Melanie me siguió y me dijo:

—Escuchamos un rumor de que eres novio de la enfermera.

Me tensé. No pensé que Josephine sería tan chismosa, pero al parecer, lo que tanto odiaba, terminó convirtiéndose en ello. La ignoré y fui directo a mi consultorio para organizar las hieleras con las vacunas. Llevaba un rato repasando la lista cuando llamaron a la puerta tímidamente.

—Adelante —dije.

Victoria entró y sonrió.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—En aceptar lo que te pedí anoche —contesté sin tapujos. Ella abrió los ojos sorprendida. Exhalé con cansancio—. Prometo ser el mejor novio falso que puedas tener.

Negó con la cabeza.

—Eso no está bien. Cuando termine mi tiempo aquí, me iré —respondió, con un tono de voz que denotaba tristeza.

Resoplé y terminé de guardar todo en silencio. Ella no me quitó la mirada de encima. Sin decirle nada, salí del consultorio. Me siguió hasta mi camioneta pick-up. Subimos en silencio. Encendí el motor, y automáticamente comenzó a sonar la radio. Ella pareció reconocer la canción y la tarareó en voz baja. Una chica le decía al chico que le gustaba que la llamara "Señorita", una palabra en español, y a ella parecía gustarle. Sonreí para mis adentros.

*****

Al terminar de hablar con la directora del orfanato, busqué a Victoria y no la encontré. Debíamos irnos antes de que la tormenta nos impidiera conducir. Salí y la encontré haciendo ángeles en la nieve, con los niños del orfanato. Las risas cristalinas de todos ellos se mezclaban

con la suya, creando una melodía que calentaba mi corazón. Me recosté en el marco de la puerta para observarla, sintiéndome conmovido. No podía creer que en el mundo todavía existieran personas como ella, capaces de encontrar la alegría en las cosas más simples.

Se levantó y alzó a Timothy, un niño de cuatro años, en sus brazos. Dio vueltas con él, y las carcajadas del pequeño me hicieron sonreír. Victoria se detuvo al verme y lo bajó con cuidado. Suspiró y les susurró algo a los niños. Ellos pusieron caritas tristes, y me enternecí. Se despidió y caminó decidida hacia mí. Tenía todo el vaquero húmedo, su *anorak* era lo único que la protegía del frío. Al acercarse, le acomodé el gorro de lana y le sujeté el mentón con delicadeza. Ella se quedó mirándome de una manera extraña, con una mezcla de sorpresa y… ¿confianza? Atraído por una fuerza que no comprendía, me acerqué a sus labios hasta que los míos rozaron los suyos.

Se le escapó un suspiro, y cerré los ojos, recordando que todo esto era una locura. Me alejé, y ella me siguió con la mirada. Me subí a la camioneta, y al darme cuenta de que Victoria no lo hacía, le ordené:

—Vamos, tengo cosas que hacer.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Iré caminando —contestó—. Nos vemos después.

—¿Estás loca? —pregunté—. ¿Estás viendo el tiempo que hace?

Ella solo ensanchó su sonrisa y me hizo un gesto despreocupado. Creí que estaba a punto de perder a la mejor enfermera que había encontrado.

—No importa, a una chica de California no le hace daño un poco de nieve —respondió. En ese momento, encendí el motor y empezó a sonar *Jingle Bells* en la voz de Frank Sinatra—. Nos vemos en un rato, Andy.

Y sin más, se fue. Comenzó a caminar con dirección al pueblo, con la nieve cayendo sobre su pelo rojo. Apagué la radio de un manotazo. No había época del año que odiara más que la Navidad. Todas las personas creían que era la única fecha en la que se podía hacer caridad, ser bueno, y muchas veces, el resto del año eran realmente malas personas. Además, Josephine me había abandonado en Nochebuena, y mi madre había muerto a la mañana siguiente. No tenía razones para creer que la Navidad fuera una época mágica. Era solo un recordatorio de todo lo que había perdido.

Capítulo 9

Camino por las calles de Farmington, empapándome del ambiente navideño que impregna cada rincón del pueblo. En cinco días será Navidad, y estar lejos de casa comienza a afectarme. Echo de menos el sol de California, las olas de Malibú, los abrazos de mi familia... Aquí, en cambio, el invierno se ha instalado con fuerza, cubriendo todo con un manto blanco. A pesar del frío, Farmington parece amar esta época del año. Todos los negocios están decorados con luces de colores, guirnaldas y abetos adornados. En la plaza, se escucha *Santa Is Coming To Town* en la voz de Michael Bublé, y un hombre disfrazado de Santa Claus reparte caramelos a los niños que hacen fila con ilusión. Me detengo un momento y tomo una fotografía para enviársela a mi hermana Meredith y a Arianna, con un mensaje que dice:

"Farmington y su magia navideña".

—Farmington y su magia navideña —Escucho una voz a mi espalda.

Me volteo y me encuentro con Josephine, la ex de Andrew, que me observa con una sonrisa falsa que no llega a sus ojos.

—Victoria, ¿no? —pregunta, alzando una ceja con gesto desafiante.

Dibujo una sonrisa igual de falsa en mi rostro.

—Sí —contesto, sin añadir nada más.

—Sabes, me parece muy raro que todos crean que miento sobre tu relación con Andrew —dice, con un tono de voz que denota ironía—. Tal vez ellos estén en lo cierto, y todo sea una mentira. —Me fulmina con la mirada—. No sería de extrañarse que me mintiera. En fin, nos estamos viendo.

Comienza a caminar, pero la detengo antes de que pueda alejarse.

—Andrew no miente, y sí, somos novios —digo con firmeza, mirándola a los ojos—. Creo que la que se niega a aceptar que te han olvidado eres tú.

La suelto y me voy, dejándola con la boca abierta. *«Qué mujer más pesada»*, pienso, mientras me alejo. No sé nada de su historia con Andrew, pero tiene pinta de que todo terminó mal.

Cuando llego a la casa, sonrío al ver un muñeco de nieve de fibra de vidrio en la entrada. Frosty ha llegado a la casa de los Price. Abro la puerta y encuentro a Andrew padre y a su hijo subidos en unas escaleras, colocando una guirnalda de pino en la puerta. Sonrío. Parece que su papá ha ganado la batalla. Andy se da la vuelta y, al verme, esboza una sonrisa. Es una sonrisa tímida, casi imperceptible, pero lo suficientemente poderosa como para hacer que mi corazón se acelere. Es como en las películas, cuando el protagonista sonríe y de repente suena una canción romántica de fondo. Ese pequeño gesto ilumina mi mundo.

—¿Los ayudo? —pregunto, tratando de recuperar la compostura.

—Sí, Vic —contesta Andrew padre—. Solo dime si se ve bien desde ahí.

—Perfecta —respondo, con la voz un poco temblorosa.

Y estornudo. La mirada que me da Andy es indescifrable. Ajusta la guirnalda y baja de la escalera tan rápido como puede, porque no es un estornudo solo, sino una serie de estornudos que me sacuden el cuerpo. Creo que me he resfriado. Se acerca y me quita el gorro. Pone su mano en mi frente y me anuncia:

—Tienes temperatura.

—Es solo un resfriado —le aseguro—. No tiene importancia.

—La tiene —dice con firmeza—. Sube y cámbiate. En un rato, subo a revisarte.

Sus ojos verdes me observan con una intensidad que me desarma. ¿Es preocupación? ¿O hay algo más? Su mano coloca un mechón de mi cabello detrás de mi oreja, y accidentalmente sus dedos rozan mi mejilla. Me sonrojo, y subo las escaleras para poner distancia entre nosotros. No pensé que el odioso Andrew Price podría atraerme de esta manera.

Un rato después, Andy, el Grinch de mi Navidad, entra en mi habitación con un tazón de sopa y una taza llena de limonada caliente. Al parecer, fue una malísima idea andar con la ropa mojada por la calle. Afuera, la tormenta de nieve arrecia, y ni la calefacción logra calmar el frío que se me ha metido en los huesos. Se sienta en mi cama y coloca la bandeja en mis piernas.

—Lo hizo mi papá —dice, alzando la cuchara—. Este caldo siempre era el mejor cuando era niño. Come algo…

El calor de su voz me hace abrir la boca, y el hombre más odioso del mundo me alimenta con una ternura que me desarma. Estoy hecha un desastre. Mi nariz está tan roja como la de Rodolfo el reno, y la fiebre me hace tiritar. En ese preciso instante, nos quedamos a oscuras. Pego un brinco, asustada.

—No tengas miedo, pequeña hada —dice Andy, con una voz suave que no le reconozco—. Yo te cuidaré…

Suspiro, sobrepasada por las emociones. Cuando deja un beso en mi coronilla, cierro los ojos y me dejo cuidar por este hombre que, a pesar de su carácter difícil, ha demostrado tener un gran corazón. Al terminar la sopa, se acuesta a mi lado y me abraza. No sé si es el efecto de la fiebre o que su cuerpo realmente me transmite paz, pero me duermo a su lado, sintiendo una sensación de seguridad que no había experimentado en mucho tiempo.

Capítulo 10

Despierto con los primeros rayos del sol colándose a través de la ventana de Victoria. Ella está profundamente dormida, acurrucada a mi lado, con su cabeza descansando sobre mi pecho. Su respiración es suave y tranquila, y su pelo rojo fuego se extiende como un abanico sobre la almohada. Exhalo todo el aire contenido en mis pulmones, sintiendo una oleada de ternura que no esperaba. En un gesto casi involuntario, tomo un mechón de su cabello y lo enredo entre mis dedos. Descubro que tiene reflejos naranjas que hacen su color aún más llamativo.

Esta pelirroja, en una sola tarde, ha logrado lo que nadie más pudo en años: hacerme cambiar de opinión sobre la Navidad. Verla jugar con los niños del orfanato, con esa alegría y esa entrega, me hizo decidir que era hora de volver a celebrar, de dejar atrás el dolor y la tristeza que me habían acompañado durante tanto tiempo. Aunque la vida a veces nos da razones para hundirnos en la desesperación, también nos regala motivos para seguir adelante, para encontrar la belleza en los pequeños detalles.

Victoria se remueve entre sueños, y yo me separo de ella con cuidado, para no despertarla. Le toco la frente para asegurarme de que la fiebre ha desaparecido. Ella murmura algo ininteligible, y yo sonrío. Verifico que todavía no hay electricidad. Seguro que la ventisca ha tumbado las líneas. Hoy será un día movido en la clínica. Le preparo un desayuno ligero y lo dejo en el mesón de la cocina. Voy a mi habitación y tomo un baño. Me cambio y regreso a la habitación de Victoria para verla dormir un rato más. Su rostro, relajado y sin maquillaje, parece el de un ángel. Me siento en el borde de la cama y acaricio su mejilla con delicadeza. No puedo creer que esta mujer, que hace apenas unos días me parecía una niña insoportable, ahora ocupe un lugar tan importante en mi vida.

Al salir de la habitación, me topo con la misma escena de ayer: mi padre y Melanie, abrazados en el salón. Pongo los ojos en blanco. Parece que mi padre ha decidido rehacer su vida. Me siguen hasta la cocina, donde pongo la cafetera en marcha. Mi padre me pregunta:

—¿Y Victoria?

—Duerme —contesto.

—¿Fiebre?

—No tiene —respondo, sirviendo dos tazas de café y entregándole una a mi padre—. ¿De todas las mujeres del pueblo, tenía que ser Melanie? —pregunto, sin poder ocultar mi desaprobación.

Mi pregunta no lo pilla por sorpresa. Sonríe y toma un sorbo de café. Pongo los ojos en blanco y doy media vuelta para ir al consultorio, cuando me dice:

—Y de todas las mujeres del pueblo, te enamoras de la forastera…

Giro la cabeza y lo miro. Él me ignora, fingiendo que lee algo en la pantalla de su móvil. Trago saliva, sintiendo un nudo en la garganta. Salgo de la cocina, con el corazón latiendo con fuerza. ¿Enamorado? No, no puede ser. Es solo un capricho, una atracción pasajera. Victoria es demasiado joven, demasiado diferente… demasiado buena para mí.

Atiendo a los pacientes en la clínica, pero mi mente no deja de volar hacia Victoria. Subo cada cierto tiempo a comprobar cómo se encuentra. Me divierte verla despertar, con esa expresión adormilada y esa sonrisa tímida que me desarma. Le llevo un tazón de caldo de pollo y la encuentro hablando por teléfono. Me pide silencio con un gesto.

—Claro que sí, mamá —dice, con voz suave—. Solo es un resfriado, y trabajo con dos doctores que me están cuidando. —Silencio—. Sí, mamá. —Resopla—. También quisiera pasar las Navidades con ustedes…

Cierra los ojos, escucha lo que le dice su madre al otro lado de la línea y se despide. Me siento a su lado y pongo el plato en la mesa de noche. Me giro y la abrazo. Ella suspira y se acurruca en mi pecho. La dejo estar, disfrutando de la calidez de su cuerpo y de la paz que me transmite.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—Estoy mejor, gracias —contesta, separándose un poco para mirarme a los ojos—. No eres tan odioso como pensaba. Creo que el Grinch sí tiene corazón.

Sonrío. *El Grinch* es uno de mis cuentos favoritos de Doctor Seuss. Mi madre siempre lo veía conmigo. Casi puedo escuchar la voz del narrador.

—Sí, puede que tenga corazón… —respondo, con un tono de voz que no reconozco.

—Gracias por cuidar de mí —murmura, sonrojándose—. Creo que debí hacerte caso y no salir a la nieve.

—No te preocupes —digo, acariciando su mejilla—. Ya pasó.

Todo está a oscuras. Solo nos alumbra la tenue luz de una lámpara de combustible. El cabello de Victoria parece brillar en la oscuridad, y sus pecas apenas se distinguen, pero sé que están ahí, llenando su rostro de luz. Niego con la cabeza, sintiendo una oleada de ternura.

—Déjame estar aquí —digo, escondiendo mi mirada—. Deseo estar contigo.

Capítulo 11

Hay algo en la Navidad que me fascina. Creo que es la manera en que las personas se unen, olvidando sus diferencias, solo para hacer feliz a alguien más. También amo la unión familiar y la empatía que emergen en esta época, ese sentimiento que, lamentablemente, le falta a gran parte de la humanidad durante el resto del año.

Melanie y el doctor Andrew están colocando las luces alrededor del árbol de Navidad que adorna la recepción de la clínica. Será lo primero que verán nuestros pacientes al entrar, y la verdad es que luce precioso. Andy ha cuidado de mí estos dos últimos días, ya que el resfriado me dejó en cama. Anoche, después de la incómoda aparición de Josephine, acepté fingir ser su novia. No sé si fue la fiebre, la vulnerabilidad del momento o la intensidad de su mirada, pero en ese instante, decir que sí me pareció lo más correcto.

Observo cómo el doctor Andrew le dice algo a Melanie, y ella se ríe en respuesta. Me recuerda a mis padres, y una punzada de nostalgia invade mi corazón. Cierro los ojos y me dejo llevar por los recuerdos. Siempre puedo encontrar un hogar en ellos. Los recuerdos son el precio que pagamos por vivir, pero también son el puente que me conecta con mis seres queridos, no importa dónde esté. Mi familia nunca estará lejos, porque siempre la llevaré en mi corazón.

—Un penique por tus pensamientos —susurra Andy muy cerca de mi oído.

Me giro, y él me observa con una sonrisa que me deja sin aliento. ¿Quién necesita un regalo de Navidad cuando el Grinch, el hombre más odioso del mundo, te sonríe de esa manera?

—En mi familia —respondo, con la voz un poco temblorosa.

La puerta se abre, y en ese momento, Melanie anuncia que estamos debajo de un muérdago. Andy no pierde tiempo y se acerca a mis labios. Me besa, haciéndome olvidar el mundo. Tímida, abro la boca, y una explosión de sensaciones me recorre el cuerpo. Siento que me convierto en gelatina, que mi corazón late a toda velocidad, que las mariposas revolotean en mi estómago. Siempre recordaré este beso. Es un beso de película, un beso que me marca para siempre. Cuando Andy decide que ha tenido suficiente de mí, rompe el contacto y pega su frente a la mía.

—Wow —susurra, con la voz ronca.

Me alejo cuando escucho a alguien carraspear. Me giro y me encuentro con Josephine, que nos observa con odio. Suspiro. Todo esto era una actuación, nada más. Mi novio ficticio me abraza, y siento que mi cuerpo tiembla.

—Pensé que odiabas la Navidad —le comenta Josephine a Andy, con un tono de voz que destila veneno.

—Ahora tengo razones para amarla —responde él, y me echa un vistazo que me hace sonrojar. —¿En qué podemos ayudarte, Josephine?

—Necesito hacerme una ecografía, y sé que ustedes pueden hacerlo —dice ella.

—Yo voy —anuncia el doctor Andrew, padre.

Andy me abraza con más fuerza al darse cuenta de que estoy tensa. Me separo de él y le sonrío.

—Ve —digo—. Te espero aquí.

Le doy un guiño, y él se acerca para dejar un beso en mi coronilla. Se aleja con su padre, dejándonos a solas con Josephine. Melanie se acerca y me abraza.

—Esa mujer no lo deja en paz, ni siquiera después de convertirse en una de las razones por las que Andy odia la Navidad —me comenta en voz baja.

—Mel —la increpa el doctor Andrew, con un tono de advertencia.

Sonrío y les digo:

—Vamos a terminar de decorar el árbol.

Busco mi móvil y pongo música navideña. Cada cierto tiempo, echo un vistazo al consultorio, hasta que finalmente salen los dos. Andrew tiene el rostro desencajado y sube a la casa, al mismo tiempo que Josephine sale de la clínica. Voy a seguirlo, pero su padre me detiene y niega con la cabeza.

—Es mejor que lo dejes solo un tiempo —me sugiere.

Obedezco. Me quedo con ellos, terminando de decorar la clínica. Al terminar, me invitan al Café de Joe a tomar chocolate caliente y compartir con la gente del pueblo. Me olvido un poco de todo y me divierto. Me estoy enamorando de cada rincón de este lugar y de las personas que lo habitan. Farmington es como un sueño americano. Cualquier persona estaría feliz de pasar el resto de su vida aquí. Sin embargo, cuando me quedo a solas unos segundos en la mesa, cierro los ojos y rememoro el beso bajo el muérdago. Nunca me han besado de esa manera, con tanta pasión y ternura a la vez. Creo que por siempre voy a recordar ese pequeño gesto, ese instante en que el Grinch me robó el corazón.

Capítulo 12

Andrew

Destruyo todo a mi paso, consumido por una rabia que no puedo controlar. Rompo la decoración navideña de mi piso, arrojando adornos, guirnaldas y luces contra las paredes. Los cristales rotos crujen bajo mis pies, y el eco de los golpes resuena en el silencio de la casa. Finalmente, me dejo caer al suelo, llorando como un niño pequeño. Josephine me ha revelado la razón por la que está aquí, y de nuevo, siento la impotencia de perder a alguien en manos del cáncer. No entiendo cómo George le ha permitido quedarse embarazada cuando su páncreas podría fallar en cualquier momento. La idea de que Josephine y el bebé puedan sufrir me desgarra por dentro.

La puerta se abre, y escucho un jadeo. Victoria se apresura a entrar y se arrodilla frente a mí. Toma mi mentón con delicadeza y me obliga a mirarla. Sus ojos azules están llenos de preocupación y comprensión.

—Andrew… —dice, con la voz suave.

—Vete —le pido, con un tono de voz que no reconozco. Estoy dolido, enfadado y asustado. No quiero que me vea así.

—No me iré a ninguna parte —asegura, con una firmeza que me sorprende.

—Victoria… —musito su nombre, sintiendo que las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos.

—Estoy aquí —repite, y sus palabras son como un bálsamo para mi alma herida.

La tomo entre mis brazos y la beso con desesperación, necesitando sentir su cercanía, su calor. La cargo, y ella enrolla sus piernas alrededor de mi cintura. Me olvido de todo. Sé que estoy roto, que desde que Josephine me dejó y mi madre murió, no soy el mismo. Pero creo que ha llegado el momento de continuar, de buscar mi propio camino, y de alguna manera, Victoria me está mostrando la dirección. Me deja besar su cuello, sus clavículas, sus hombros. Sus dedos se enredan en mi cabello, y mis manos salen a explorar cada rincón de su cuerpo. Jadea bajito, y un escalofrío me recorre la espalda.

La llevo a mi cama, cegado por una pasión que no comprendo. Le quito la ropa lentamente, con reverencia, y cuando me quedo mirándola, toda su piel se sonroja. Es hermosa, delicada, perfecta.

—Eres preciosa… —le digo, y no miento.

Ella sonríe, y algo en mi corazón, algo frío y oscuro, comienza a derretirse. Le hago el amor con una intensidad que me asusta, pero a la vez me libera. Nunca he sentido por nadie lo que comienzo a sentir por ella. Estoy tan roto que pensé que nadie podría curarme, pero Victoria, con su dulzura y su pasión, está logrando lo imposible. Me está curando sin explicaciones, cuando

pensé que el amor no sería para mí.

*****

Después de la tormenta, llega la calma. Victoria se acurruca a mi cuerpo, exhausta pero feliz. Le beso la frente, y ella suelta un suspiro de satisfacción. Respiro hondo y siento sus labios pegarse a mi pecho, dejando un beso en mi corazón. En este momento, creo que los dos descansamos en un lecho de rosas, cuando en realidad estamos sobre una cama normal. Pero con ella, todo parece extraordinario.

Victoria despierta en mí sentimientos que creía olvidados. Tal vez el amor llega cuando menos lo esperas, cuando ya no lo buscas. A veces creo que fui yo el malo del cuento en la historia con Josephine, pero ahora no sé si realmente la quise como pensaba.

—¿Por qué odias la Navidad? —me pregunta con voz temerosa, rompiendo el silencio.

—Porque mi madre murió una mañana de Navidad, y esa misma noche descubrí que Josephine se había ido con mi mejor amigo —respondo, con un nudo en la garganta.

Suspira.

—No todo es malo —dice, con su optimismo habitual—. La Navidad es la época en que todos podemos sacar lo mejor de nosotros.

Niego con la cabeza, pensando que sus palabras parecen sacadas de una tarjeta navideña.

—Pareces que vives en un cuento de Navidad —digo—. Todo esto es comercial. La Navidad no nos hace mejores personas. —Victoria se separa y se acomoda para verme el rostro —. Hay personas que nunca ven a sus padres y solo recuerdan que tienen unos en estos días. Creo que es cuestión de sinceridad. La Navidad es comprar regalos, y nada más. Puedes ir a casa todo el año, sin excusas.

Sonríe.

—Tienes razón, pero no puedes robarles la Navidad a todos…

Acaricio su rostro, y ella detiene mi mano, dejándola reposar sobre su mejilla. Hay algo en ella que me hace confiar, que me anima a abrirme y a compartir mis miedos.

—Josephine vino a contarme que tiene cáncer… —digo, con la voz quebrada.

—Andrew… —dice, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ella está feliz porque te encontré —continúo—, ¿pero realmente lo hice? —pregunto, asustado—. No sé si al terminar tus prácticas te irás, y de nuevo me quedaré solo.

Victoria me mira con intensidad, y en sus ojos veo un reflejo de mis propios sentimientos. Veo miedo, incertidumbre, pero también veo amor, un amor que crece cada día más fuerte. Y en ese momento, sé que no estoy solo. Sé que Victoria está conmigo, y que juntos, podremos enfrentar cualquier tormenta.

Capítulo 13

—No sé si al terminar tus prácticas te irás, y de nuevo me quedaré solo —dice Andrew, con la voz teñida de una vulnerabilidad que me conmueve.

Escucho el miedo en su voz, y sin pensarlo dos veces, lo beso. No tengo a dónde ir, y la verdad es que eso de que del odio al amor solo hay un paso, parece ser cierto en este caso. Nunca había sentido algo tan intenso, tan abrumador como lo que siento por este hombre. Me estoy enamorando de él, del Andrew que se esconde tras ese muro de frialdad y sarcasmo, del hombre vulnerable que tiene el corazón lleno de cicatrices.

Al romper el beso, pego mi frente a la suya y le aseguro:

—Quiero apostar por ti, Andrew. Quiero quedarme.

Él sonríe, y me abraza con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer. Pasamos el resto de la noche hablando, conociéndonos, compartiendo nuestras historias, nuestros sueños, nuestros miedos. Descubro que tiene treinta años, seis más que yo, y que tras ese currículum impecable se esconde un hombre sensible, que ha sufrido mucho en la vida. Me habla de su familia, de sus amigos, de esa mañana oscura en la que perdió a las dos mujeres más importantes de su vida: su madre y Josephine. Entiendo ahora su dolor, su rabia, su rechazo a la Navidad.

Cuando se duerme, me quedo observándolo, embelesada por su belleza. Andrew es un hombre muy guapo, con esos ojos verdes que parecen cambiar de color según la luz, y esa sonrisa que, ahora que la conozco, me ilumina el alma. Pero más allá de su físico, he descubierto que tiene un corazón de oro. Las vacunaciones en el orfanato, la factura de Jules... Andrew se preocupa por los demás, aunque intente ocultarlo tras una máscara de indiferencia. Lo juzgué sin conocerlo, y ahora, no puedo creer lo equivocada que estaba. Me estoy enamorando de él, de su fuerza, de su vulnerabilidad, de su capacidad de amar.

*****

Estoy recogiendo los restos de la decoración navideña que Andrew destrozó en su arrebato de dolor. El pequeño arbolito que coloqué con tanta ilusión está hecho trizas. Tocan la puerta, y voy a abrir. Me encuentro con Josephine, que niega con la cabeza al ver el desastre.

—¿Está Andrew? —pregunta, con un tono de voz suave.

—Está durmiendo —contesto—. Ven en otro momento.

Intento cerrar la puerta, pero ella la bloquea con el pie.

—Entiendo que me odies —dice—, pero debía contarle lo de mi enfermedad. —Exhala con cansancio—. Tú le haces bien, Victoria. Solo espero que te quedes. —Sonríe—. Andrew no es una persona fácil de llevar. Estos arrebatos son normales. Me fui porque él no me daba razones para quedarme, y descubrí que otra persona sí me las daba.

—Yo no voy a ninguna parte —le aseguro, con una sonrisa sincera.

—Entonces, les deseo lo mejor —dice Josephine, y se da media vuelta, dejándome con la boca abierta.

La puerta del frente se abre, y Melanie sale.

—¿Estás bien? —me pregunta, con preocupación en la voz.

Asiento, y vuelvo a entrar. Cuando casi he terminado de recoger, Andrew sale de su habitación, vestido solo con un bóxer. Sonríe al verme, y se acerca para darme un beso en los labios. Observa el desastre a nuestro alrededor, y me susurra, arrepentido:

—Lo siento.

Sonrío y me levanto para dejar un beso casto en sus labios. Me abraza con fuerza, y siento que me pierdo en su aroma, en su calor. Afuera, la nieve cae con fuerza, cubriendo todo con un manto blanco.

—¿Salimos? —le propongo—. Me gustaría conocer las afueras del pueblo.

—Está nevando… —dice, con un tono de duda en la voz.

—Lo sé, pero tu papá me habló de un lugar con un estanque. Me gustaría verlo —insisto.

Andrew se rasca la cabeza y acepta. Nos abrigamos bien y salimos. Subimos a su camioneta, y busco la emisora donde solo ponen música navideña. Suena la melodía de *All I Want for Christmas is You.*

—Te dedico esa canción —le digo, y él sonríe como nunca lo había hecho.

Arranca el auto, y nos adentramos en el paisaje nevado, con la música de Mariah Carey llenando el silencio. Siento que la magia de la Navidad, esa magia que Andrew tanto despreciaba, comienza a tejer su hechizo sobre nosotros.

Capítulo 14

Andrew

Creo que mi mirada me delata. Intento hacerme el tonto, pero es inútil. Victoria ha llenado mi mundo de una luz que no sabía que me faltaba. Apenas la conozco, pero creo que me estoy enamorando de ella. Me descontrola por completo. No paro de pensar en el día en que tenga que volver a California, en si de verdad se quedará. Si lo hace, creo que dejaría de ser el Grinch para siempre, porque ella se convertiría en la Cindy Lu que ilumina mi corazón.

Camino con ella a mi espalda, llevándola a caballito por el sendero nevado que bordea el estanque. Se ríe, con esa risa contagiosa que me alegra el alma, mientras la llevo de vuelta a la camioneta.

—Detente, detente —me pide, con un tono de voz que me intriga.

—¿Para qué? —pregunto, impaciente.

Me urge llegar a casa y hacerle el amor. Mañana es Nochebuena, y pienso pasarla con ella, entre mis brazos, en mi cama.

—Mira —dice, señalando hacia el claro que se abre ante nosotros.

En el claro, cerca del estanque helado, hay una cierva con su cría. Nos quedamos congelados, contemplando la escena, embelesados por la belleza del momento.

—Qué hermoso… —susurra Victoria.

—Realmente lo es —le aseguro—. ¿Regresamos a casa?

—¿Casa? —repite, con una voz tan dulce que me derrite—. Suena bien…

Sonrío.

—Sí, vamos a casa…

Espero que la sorpresa que he preparado esté lista. Mi padre, con su sabiduría e intuición, parece conocerme mejor que yo mismo.

Abro la puerta de casa, y Victoria pega un grito de asombro. Cerca de la ventana, hay un pino natural decorado con los adornos que pertenecieron a mi madre. Es un árbol que respira historia, que evoca recuerdos de Navidades pasadas, de una época en que la felicidad reinaba en mi hogar. Escucho el sonido del tren que recorre la villa, y sonrío. Es un sonido que me transporta a mi infancia, a las noches mágicas junto al fuego, a los regalos escondidos bajo el árbol. Victoria entra, mirando todo a su alrededor con los ojos brillantes. Ayer, casi le robo la Navidad. Esta tarde, estoy dispuesto a dársela, a compartir con ella la magia que creía haber perdido para siempre.

—¿Qué es esto? —pregunta, volviéndose hacia mí con una expresión de asombro.

—Esto es una Navidad con el Grinch —respondo, tomándole las manos—. Pensé que era feliz sin celebrar la Navidad, que podía robarles la fiesta a todos, pero no puedo… Llegaste tú, Cindy Lu, a descongelar mi corazón.

—¿Por qué yo? —pregunta, con la voz llena de emoción.

—Porque me mostraste que hay personas buenas todo el año, y no solo en Navidad —digo, mirándola a los ojos—. Sé que llevamos pocas semanas conociéndonos, pero creo que eres mi mejor regalo.

—Andrew… —dice, con los ojos brillantes.

—Hoy te regalo una blanca y hermosa Navidad —le digo, y la abrazo con fuerza.

Ella se levanta sobre las puntas de los pies y me besa con pasión. Cuando nos separamos, atrapo su rostro entre mis manos y le pido:

—Quédate. Déjame conquistarte, robarte el aliento y ser feliz a tu lado. No creo que mi corazón soporte que te vayas. —Suspiro—. Quédate, Vic. Quédate y acepta ser mi novia.

—Sí —responde, con los ojos llenos de lágrimas—. Quiero quedarme, y quiero ser tu novia.

La beso con una intensidad que me consume, soñando que puedo vivir con ella todas las estaciones, todas las fiestas, todos los momentos de mi vida. Me estoy enamorando, y creo que ella es perfecta para mí. Es mi Cindy Lu, la luz que ha iluminado mi mundo, la mujer que me ha devuelto la fe en el amor y en la Navidad.

Capítulo 15

Y el mejor regalo que Andrew pudo darme no fue solo devolverme la Navidad, sino traer a mi familia a celebrarla con nosotros. Mis padres, que creen que todo es paz y amor, están felices de que haya encontrado a alguien que me cuide, aunque ese alguien sea el Grinch en persona.

Estamos cenando en el salón del pueblo, donde se celebra una fiesta para todos los habitantes de Villa Quién. El ambiente es cálido y festivo. Parece que todos celebran unidos que el Grinch les haya regresado la Navidad. Me siento feliz, rodeada de gente amable y con Andrew a mi lado. Él me da un beso en los labios y se aleja para hablar con su padre, que lo ha llamado. Mi hermanita Meredith suspira, embelesada por el ambiente romántico, y yo solo puedo sonreír. Mi mirada se cruza con la de Josephine, que me observa con una mezcla de curiosidad y aprobación. Incluso me hace un pequeño gesto de asentimiento, como diciéndome que aprueba mi relación con Andrew.

Alguien se aclara la voz en el micrófono, y cuando me giro, unos brazos me rodean. El doctor Andrew, padre, está en el centro del salón, con una sonrisa radiante en el rostro.

—Buenas noches —dice—. Les deseo a todos una Feliz Navidad, y que el Año Nuevo sea venturoso. —Respira hondo—. Todos conocieron a Grace, mi difunta esposa, y sé que desde el cielo está feliz, porque encontré a una persona que está dispuesta a quererme. Quiero que dejen los rumores y decirles que Melanie y yo estamos juntos. —Sonríe, y yo me contagio de su alegría—. Al igual que la pelirroja que tiene mi hijo en sus brazos, así que es momento de buscar a tu pareja para bailar.

Cuando el doctor Andrew termina su discurso, el DJ pone *Have Yourself a Little Christmas* en la voz de Frank Sinatra. Mi novio, sí señores, MI novio, me toma de la mano y comenzamos a bailar. Pego mi rostro a su pecho, y siento su corazón latir apresurado. Me separo un poco para mirarlo a los ojos, que brillan con una intensidad que me emociona. Les aseguro que esta es la mejor Navidad que he tenido. Me sostengo de su cuello y le sonrío.

—Gracias por escogerme —le susurro.

—Creo que no te escogí, sino que estábamos destinados a encontrarnos —me contesta, y me da un beso que me hace olvidar dónde estoy.

—Gracias, *Mister Grinch*, por quitarme y regalarme la mejor Navidad de todas —le digo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pues vete acostumbrando, porque a mi lado vivirás las mejores Navidades —responde, con una sonrisa que me derrite.

Hay personas destinadas a encontrarse. La vida a veces las pone en el camino de la otra en el momento correcto, y otras veces, en el equivocado. Solo nos queda vivir el amor de la manera que venga, con intensidad y entrega. Sé que muchas veces estamos tan rotos que no creemos que

podamos volver a amar, pero a veces, solo necesitamos un empujón, una mano que nos ayude a levantarnos y a seguir adelante.

La Navidad es el tiempo de recordar a las personas que no están, de reconciliación con nuestros seres queridos, también de dar algo a los que tienen poco. Andrew dejó ir todo el dolor que le causó Josephine para darse una oportunidad, y recuerden que muchas veces, ese chico que tan mal nos cae termina siendo el amor de nuestras vidas.

Epílogo

Un año después...

—Un poco a la izquierda —les indico a mi suegro y a mi esposo, con una sonrisa que no puedo contener.

Andy pone los ojos en blanco, con esa expresión de fingida exasperación que tanto me gusta, y mueve por enésima vez el árbol de Navidad. Esta es la primera Navidad que pasaremos como marido y mujer, y además, esperamos a nuestro primer hijo. Una pequeña personita que nacerá en febrero, y que ya ha comenzado a transformar mi cuerpo, haciéndome sentir más redonda, más femenina, más plena.

—Perfecto —les aseguro, cuando por fin el árbol está ubicado en el lugar ideal.

Andrew deja el árbol, se acerca y me da un beso en la coronilla. Siento su amor en cada gesto, en cada mirada. Este año, aquí en Farmington, he encontrado un hogar. Un hogar en los brazos de este hombre que creía odiar, en la calidez de esta comunidad que me acogió con los brazos abiertos, en la sabiduría de mi suegro, el mejor de los maestros.

—Voy a ver a Melanie, y tú deberías descansar —me dice mi suegro, con una sonrisa cómplice—. Mira tus pies.

Suelto una carcajada al ver mis pies hinchados, y en ese preciso momento, mi esposo me abraza por la espalda, besándome el pelo. Sus brazos son mi refugio, mi lugar seguro. Ahora entiendo por qué hace un año se sentía tan correcto estar allí, en medio del caos de su vida, ofreciéndole mi apoyo, mi cariño.

—No puedo ni mirarme por culpa de tu nieta —le contesto a mi suegro, acariciando mi vientre con ternura.

—Ya verás que valdrá la pena —me asegura, y se queda mirando a su hijo con emoción—. Bueno, me iré. Mañana seguiremos con la decoración.

Exhalo con cansancio, y Andy me insta a caminar hacia la cocina. Me sirve una taza de chocolate caliente, ese elixir mágico que me reconforta en las frías tardes de invierno. Este año, el invierno parece ser especialmente duro, y tenemos una ola de resfriados en el hogar de niños, y en todo el pueblo.

—Te juro que no imaginé quedarme embarazada tan rápido —le comento, viendo mi panza con una mezcla de asombro y felicidad—. Pero no me arrepiento de nada.

—Yo tampoco —me asegura, y puedo verlo en sus ojos verdes, en la intensidad de su mirada—. Eres el mejor regalo de Navidad.

—Lo único que deseo para Navidad eres tú —le digo, con el corazón rebosante de amor.

Me ofrece su mano, y de la nada, comienza a sonar *Santa is Coming to Town.* Como puedo, con mi barriga de seis meses, me muevo con él al ritmo de la música. Comienza a cantar, y yo me río, porque lo que menos pensé es que este año le emocionaría tanto celebrar la Navidad.

—Señor Grinch, veo que le gusta la Navidad —me burlo, con cariño.

—Usted, señorita Cindy Lu, me hace tener ilusión —me contesta, con una sonrisa pícara.

La canción cambia, y suena la primera que bailamos juntos, *All I Want for Christmas is You.* La canción que deseo bailar con él por el resto de mi vida.

Si en Navidad eres de los que cierran su corazón por los que se han ido, cierra los ojos y recuérdalos, porque solo mueren aquellos que son olvidados. Te aseguro que lo que ellos menos quieren es que nosotros no seamos felices. No te conviertas en un personaje de un cuento triste. Sé feliz, porque ellos siempre estarán contigo, en tu corazón, en tus recuerdos.

Fin

REGALO 2
Una familia
para Navidad

Regalo II

-I-

El frío mordía la piel de Zoe mientras apresuraba el paso, la mano de la pequeña Leah aferrada con fuerza a la suya. Las seis de la tarde se acercaban como una amenaza, la hora en que las puertas del albergue se cerraban con un golpe seco y el padre David, con toda su buena voluntad, ya no podría ayudarla. Las reglas de los hermanos eran inflexibles, y ella las conocía bien.

Desde que la tragedia se había cernido sobre su vida, arrebatándole a su esposo y dejándola a merced de la fría eficiencia del banco que le había quitado su hogar, el albergue se había convertido en su refugio, el único lugar seguro en la inmensidad de Chicago.

Un viento gélido la azotó, y un coche de lujo pasó a toda velocidad, levantando una ola de agua sucia de la nieve derretida que las empapó.

—¡Mami! —chilló Leah, su vocecita llena de angustia.

—¡Idiota! —gritó Zoe con todas sus fuerzas, la impotencia y la rabia hirviendo en su interior.

Se agachó para limpiar la carita de su pequeña, su corazón desgarrándose un poco más. Cada vez que miraba a Leah, veía el reflejo de Michael, su esposo, y un dolor agudo la atravesaba. Entendía su desesperación, la pérdida del dinero de sus clientes, la hipoteca de la casa que había sido su hogar... pero el suicidio la había dejado con una herida abierta, una sensación de abandono que la corroía. Nueve meses habían pasado, nueve meses en los que había luchado por darle a Leah una vida digna, una infancia que se alejara lo más posible de la miseria que ahora las rodeaba, una infancia que nunca, ni en sus peores pesadillas, hubiera imaginado.

Levantó a Leah en sus brazos, su pequeño cuerpo temblando, y echó a correr, desesperada por llegar a tiempo. Pero al doblar la esquina, la figura del padre Luis cerrando la puerta la golpeó como un mazazo.

—¡No, por favor, no! —gritó, la desesperación arañándole la garganta.

—No llores, mami —dijo Leah con su vocecita dulce, esforzándose por dibujar una sonrisa en su rostro angelical.

—No estoy llorando, nena, es que se metió una basurita en el ojo —mintió Zoe, tragándose las lágrimas.

—Mami, el paled Lu celol las peltas, ¿no vamos milmil ahí?

Leah, a pesar de sus dos años, era una niña increíblemente despierta. Desde que habían salido de casa, presentía que algo andaba mal. Y aunque estaban viviendo la peor de las

adversidades, se había adaptado con una entereza asombrosa a dormir en un albergue abarrotado, rodeada de madres y niños desconocidos. Ella era la más pequeña, un angelito perdido en un mar de necesidades.

Zoe era asistente administrativo, destinaba cada centavo de su sueldo a tratar de saldar las deudas que Michael había dejado tras su muerte. Un peso enorme que la aplastaba, que le robaba el aliento.

Soltó el aire contenido en sus pulmones, un suspiro cargado de angustia, y con decisión, regresó sobre sus pasos. La idea que se le había ocurrido era una locura, lo sabía, pero las situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas. Y últimamente, su vida era una sucesión de decisiones tomadas al borde del precipicio.

Leah se durmió en sus brazos durante el trayecto en autobús. Las luces de Navidad brillaban con intensidad en el centro de la ciudad, anunciando una de las épocas más hermosas del año. Pero este año, Zoe sentía un odio creciente hacia esas fiestas, una amargura que la carcomía. No tenía nada que ofrecerle a su hija, ningún regalo, ninguna alegría. Cerró los ojos por un instante, y con toda su alma, odió a Michael por no haber pensado en ellas, por haberlas abandonado a su suerte.

Al abrir los ojos, pidió la parada. A pocos metros se encontraba el lugar donde pasaría la noche, un lugar que le ofrecía un refugio temporal, aunque no estuviera exento de riesgos.

En Ward Corporation, todos conocían la situación de Zoe. Por eso, cuando Juan, el jefe de seguridad, la vio con Leah en brazos, no dudó en dejarla pasar.

—No debería, podría meterme en líos —le dijo con preocupación mientras subían a la planta presidencial—. El señor Ward cortará mi cabeza, pero no puedo permitir que duermas en la calle con Leah.

—Gracias —susurró Zoe, acariciando el cabello dorado de su pequeña—. El señor Cooper me hizo salir tarde y no pude entrar al albergue. Prometo que esta es la última vez que te hago hacer algo así.

Juan le sonrió. Zoe le recordaba a su hija, y desde que la conoció, su dulzura lo había conmovido. La llegada de Leah había intensificado ese sentimiento, y ahora le era imposible negarle cualquier cosa. Le dolía profundamente no poder ayudarla como se merecía.

Las puertas del ascensor se abrieron y entraron en la oficina de William Ward, el dueño del imponente edificio y de un sinfín de propiedades en Chicago. Un hombre que había amasado su fortuna en el mundo inmobiliario, rodeado de rumores sobre la procedencia de su riqueza. Juan lo conocía desde hacía tiempo, y no comprendía cómo el señor Cooper no había expuesto el caso de Zoe Plumer ante él. Estaba seguro de que el jefe la ayudaría, que le daría un respiro en medio de la tormenta.

Los dejó en la habitación que el CEO usaba ocasionalmente cuando dormía en el centro, rogándole a Zoe que se marchara antes de las seis de la mañana. Salió para dejarla descansar, y él regresó a su puesto de vigilancia nocturna.

Zoe desvistió a Leah, la lavó con una pequeña toalla húmeda y le puso su pijama de

unicornios. La acostó con ternura y luego se dirigió al baño para darse una ducha caliente. La temperatura exterior era glacial, y el agua caliente la reconfortó por un instante. Pero de pronto, se desplomó en el suelo, las lágrimas brotando con fuerza. Tenía veintiocho años, una edad en la que había soñado con la estabilidad, con una vida tranquila. Le había costado mucho llegar a donde estaba, superando una infancia en hogares de acogida hasta lograr la emancipación a los diecisiete años. Ella, que nunca se había rendido, que siempre había luchado, estaba a punto de tirar la toalla. Había deseado el cuento de hadas, el amor perfecto, la familia ideal, la vida sin problemas. Pero en ese momento, bajo el agua caliente, comprendió que nadie tenía lo que deseaba, que la vida era una montaña rusa de altibajos. Y al parecer, en su vida, los bajos eran más pronunciados que los altos.

Cerró la llave del agua y secó todo, dejándolo tal como lo había encontrado. Se acostó junto a Leah, su cuerpo desnudo buscando el calor de su hija. La suavidad del colchón, la calidez de la habitación, la llevaron a un sueño profundo, un refugio temporal de la tormenta que azotaba su vida.

*****

William Ward era muchas cosas, pero no era un hombre paciente. Bajó del avión que lo traía de regreso de Irlanda con la presión de un ultimátum sobre sus hombros. Tenía cinco días para encontrar una mujer y demostrarle a su tío que era el candidato ideal para heredar su imperio. A sus treinta y dos años, era uno de los hombres más ricos de Estados Unidos, un magnate hotelero influyente, con una corporación que se extendía como un pulpo, abarcando desde bienes raíces hasta nuevas tecnologías. Se enorgullecía de lo que había construido, de su éxito arrollador.

Pero ahora, su tío Charles le había dado siete días para sentar cabeza, para encontrar una esposa. Él, que disfrutaba de su soltería, que podía tener a cualquier mujer que deseara, se veía obligado a renunciar a su libertad. Le gustaba la idea de poder tomar un avión e irse a cualquier lugar sin tener que dar explicaciones, sin ataduras.

Observó las luces de Chicago desde la ventanilla del avión, y exhaló con cansancio. Iría directo a la oficina para dormir un par de horas y darse un baño, antes de pasar por su ático.

Su mente, usualmente inquieta, repasaba nombres de mujeres mientras el coche recorría las calles. Cada una de ellas le producía un cierto rechazo. Sabía que solo buscaban su fortuna, y él las veía como cuerpos cálidos para disfrutar sin compromiso.

Al llegar al estacionamiento subterráneo, miró su reloj. Las cuatro y media de la mañana. Tenía dos horas para dormir. Tomó el ascensor privado, introdujo su clave, y pensó en avisarle a Juan Rodríguez, su jefe de seguridad, que ya estaba en la oficina.

Sintió la tentación de tirarse en la cama tal como iba vestido, pero al entrar en su oficina, notó una luz que se filtraba por la rendija de la puerta de la habitación. Se acercó con sigilo y la abrió. Sus ojos se abrieron de par en par al encontrar a una mujer rubia de cuerpo escultural durmiendo plácidamente con una niña pequeña abrazada a su lado.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó con voz fuerte, la sorpresa dando paso a la irritación.

Al ver que la mujer no reaccionaba, se acercó y la movió ligeramente. Ella abrió los ojos asustada, desorientada, tratando de comprender dónde se encontraba.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —repitió William.

Ella se cubrió con las sábanas en un gesto instintivo. William Ward la observó, sus ojos grises llenos de pánico. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Frente a él, tenía la solución a sus problemas.

-II-

Zoe despertó con un sobresalto, la realidad golpeándola como una ola helada. Se le encogió el estómago al caer en cuenta de la magnitud del problema en el que se encontraba. Deseó con todas sus fuerzas que la tierra se la tragase. Perder el trabajo justo antes de Navidad, con todas las deudas que la ahogaban, sería el golpe final.

—Vístase —ordenó el hombre con una voz que no admitía réplica, y salió de la habitación dejándola sumida en la angustia.

Con manos temblorosas, Zoe se dirigió al baño. Se aseó rápidamente, buscando en su pequeña maleta algo que la hiciera sentir presentable. Se puso un pantalón de vestir negro de paño, un poco desgastado, y una camisa manga larga con un lazo en el cuello que había visto mejores días. Se miró en el espejo, observando con tristeza la suela desgastada de sus zapatos de salón. Era la viva imagen de la pobreza, del infortunio que la perseguía sin tregua.

Respiró hondo varias veces, intentando calmar el torbellino de emociones que la embargaba. Salió de la habitación y se encontró con Juan, cuya mirada reflejaba una profunda tristeza. La culpa la invadió. Lo último que deseaba era que el hombre perdiera su trabajo por ayudarla.

Esperó impaciente, sintiendo que cada segundo se estiraba como una eternidad. Finalmente, William Ward posó sus ojos en ella. Con un gesto, le indicó a Juan que los dejara a solas. Le señaló una silla, invitándola a sentarse. Zoe sintió que las piernas le fallaban, pero con un último esfuerzo, logró llegar a la silla y sentarse con algo de dignidad.

—¿Quién es usted? —preguntó el dueño de medio Chicago con una voz profunda y autoritaria que la intimidó aún más.

Lo observó por primera vez con atención. Solo lo había visto a lo lejos, siempre distante, rodeado de un aura de poder que lo hacía inaccesible. En los pasillos de la empresa corrían rumores sobre su carácter duro, casi cruel, pero Zoe nunca les había prestado atención. Ahora, frente a él, entendía por qué lo llamaban *"el ogro"*.

—Es muda o tonta, porque llevo dos minutos esperando su respuesta —la increpó William con rudeza, haciendo que Zoe se estremeciera.

Exhaló resignada, tratando de concentrarse en los labios del hombre para evitar su mirada oscura e intimidante. Respiró hondo, buscando el valor que parecía haberla abandonado.

—Zoe Plumer, trabajo en el piso administrativo como asistente. —Suspiró—. Sé, sé…

—¿Qué sabe? —la interrumpió William con brusquedad, el sonido de su silla al moverse resonando como un trueno en la tensa atmósfera—. Míreme cuando me hable, y más cuando la encuentro dormida en mi cama.

La última frase la destrozó. Zoe rompió a llorar, escondiendo el rostro entre sus manos.

William, para su propia sorpresa, sintió una punzada de angustia. Nunca había visto de cerca la desesperanza, la vulnerabilidad en estado puro. Juan le había contado algo sobre la situación de Zoe, y le extrañaba que Bill Cooper no le hubiera informado de sus problemas financieros. Él, que siempre se jactaba del bienestar de sus empleados, se sentía traicionado por la omisión de su gerente.

—Lo siento, lo siento —se disculpó Zoe entre sollozos—. No tengo un techo, lo perdí todo y llevo meses durmiendo en un albergue. Anoche no llegué y le rogué a Juan que me ayudara. Si va a despedir a alguien, que sea a mí.

Zoe estaba dispuesta a sacrificarse para salvar a Juan. Pero algo en su mirada, en su desesperación, convenció a William de que ella era la pieza que le faltaba. La observó con atención, y volvió a su asiento. Por ahora, la ayudaría. Le partía el alma verla en esa situación, tan vulnerable, tan frágil.

—Nadie va a perder su empleo —le aseguró con firmeza, y Zoe lo miró con incredulidad—. Esta noche se quedará en uno de mis hoteles. Debió pedirme ayuda antes de pasar por todo esto.

Zoe bajó la mirada, avergonzada. La mente le daba vueltas. Se había cansado de pedirle ayuda a su jefe directo, que siempre se la negaba. Y ahora, el dueño de todo, el hombre más poderoso de la empresa, le tendía la mano sin dudarlo.

—Gracias —musitó, tratando de esbozar una sonrisa.

—Espere a que la niña se despierte y después salga. Mi asistente le entregará la llave de la habitación. Ordenaré que les traigan el desayuno —le informó William, levantándose.

—No, no es necesario —respondió Zoe, sonrojada.

—Lo es… —William se dirigió a la puerta—. Nos veremos pronto, Zoe.

Cuando William salió, Zoe se desplomó en el sillón, liberando las lágrimas que había contenido. Lloró unos minutos, y luego dio gracias al cielo por la inesperada ayuda. Observó boquiabierta el amanecer, el sol emergiendo por el este de la ciudad, iluminando los rascacielos con una luz dorada que parecía prometerle un nuevo comienzo.

*****

William despertó en su cama, sintiendo una inusual sensación de paz. Al llegar a casa, no había podido dejar de pensar en Zoe Plumer. No podía creer que aquella mujer de cuerpo perfecto tuviera una hija, y tan preciosa. Le parecía hermosa, y su vulnerabilidad había despertado en él un sentimiento que no podía explicar. No se había sentido así desde que Elisa lo abandonó para irse con un hombre más rico.

Tomó el reloj de su mesa de noche y al ver la hora, dio un salto de la cama. Tenía reuniones y un negocio importante que atender. Se duchó pensando en lo afortunado que había sido en la vida. Había nacido en una de las familias más ricas del país, su padre le había dado su primer millón de dólares, y él lo había convertido en una fortuna inmensa. Cada hora, su corporación facturaba esa misma cantidad. Se sentía orgulloso de sus logros, pero sobre todo, se jactaba de ser un jefe justo. Y ahora descubría que uno de sus empleados llevaba meses durmiendo en un

albergue.

Se vistió con el primer traje que encontró en el armario. Necesitaba explicaciones, y las iba a conseguir. Su chofer lo esperaba, listo para llevarlo a la oficina. Alexander era más que un empleado, era su confidente.

—¿Cómo estás? —le preguntó Alexander con preocupación.

Will trató de sonreír. Alexander lo conocía desde niño, y sabía que algo le sucedía.

—Mi tío es un asno. Me dijo, y cito textual: *"No puedes ser responsable de un negocio si no tienes familia. Un hombre que no tiene familia no conoce de responsabilidades"*. —Sonrió con ironía—. Dime, Alex… ¿Se volvió loco?

Alexander, en el fondo, compartía la opinión de Charles Ward. Su mayor logro era su familia, sus hijos. Pero también estaba orgulloso de Will.

—Will, creo que tiene razón. —Lo observó por el retrovisor, y antes de que pudiera replicar, añadió—: Nadie puede estar más orgulloso de ti que yo. El pendenciero William James Ward ha construido un imperio. Te quiero como a un hijo, y pienso que es el momento de que sientes cabeza.

Will resopló, frustrado. Él también quería a Alexander como a un padre. Le había ofrecido la jubilación, pero se había negado.

—Sabes que no confío en nadie.

—Elisa no era para ti, tienes que entenderlo. Te lo he dicho muchas veces. —Estacionó el coche—. ¿Noche de póquer?

Will sonrió y le dio una palmada en el hombro a modo de despedida. Antes de cerrar la puerta, le dijo:

—Te voy a desplumar, viejo.

—Eso lo veremos —respondió Alex con una sonrisa.

*****

Zoe estaba buscando a la pequeña Leah en la guardería de la empresa cuando Minerva, la asistente del señor Ward, la llamó. Sintió un escalofrío al saber que William la solicitaba. Tomó la mano de su hija y la siguió, convencida de que la iban a despedir. Su vida parecía una tragicomedia, una sucesión de eventos desafortunados. Al llegar a la doble puerta del despacho, se detuvo.

—Leah puede quedarse conmigo —le dijo Minerva con amabilidad, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Vamos, entra. A él no le gusta esperar.

Zoe respiró hondo, armándose de valor, y tocó dos veces a la puerta. Al escuchar la voz ronca de William, alisó su pantalón y entró. Con los nervios a flor de piel, caminó hacia el escritorio y esperó a que terminara su llamada. William le sonrió y le indicó que se sentara. Zoe aprovechó la oportunidad para observarlo con detenimiento. Las fotos no le hacían justicia.

Parecía mucho más joven en persona. Su cabello negro y rizado, que llevaba largo, enmarcaba un rostro atractivo. No era tan alto como había imaginado, quizás uno setenta y cinco, pero tenía un porte elegante y un magnetismo innegable. Le recordaba a su actor favorito, Kit Harington. Llevaba un traje negro de sastre y una camisa del mismo color, abierta en los tres primeros botones.

—En media hora dejaré a la señorita Plumer y a su hija en el hotel. Espero toda su colaboración —dijo William, y colgó el teléfono. Zoe sintió una oleada de alivio. La iba a ayudar. No tendría que volver al albergue—. Todo está listo. La llevaré al hotel para que pueda instalarse temporalmente con su hija, pero antes deseo hablar con usted. —Zoe contuvo el aliento, el miedo volviendo a apoderarse de ella—. No tema. Estuve investigando. Como verá, no soy rico por ser tonto, y necesitaba saber qué está sucediendo con usted.

—Entiendo —respondió Zoe tímidamente. Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de controlar sus nervios—. Mi esposo era corredor de inversiones y lo perdió todo. Sin consultarme, hipotecó nuestra casa y volvió a invertir. Al ver que todo estaba perdido, se suicidó. Durante unos meses pensé que todo iba bien, pero el banco comenzó a cobrar las cuotas, y yo no tenía ni idea de qué me hablaban. —Bajó la mirada, la vergüenza quemándole las mejillas—. La tarde que fui al banco sentí que me moría. El daño ya estaba hecho. Me dieron veinticuatro horas para desalojar la casa. Me echaron a la calle como a un perro.

Al escucharla, Will sintió una mezcla de rabia por la cobardía del esposo de Zoe y empatía por su situación. Nunca se había sentido así, pero ahora comprendía la magnitud de la tragedia que la había golpeado. Admiraba su fortaleza, su determinación para seguir adelante a pesar de todo.

—¿Su familia o la de su esposo? —preguntó, sorprendido de que no tuviera a nadie que la ayudara.

—Soy huérfana, y su familia nunca estuvo de acuerdo con que se casara conmigo —respondió Zoe con voz queda.

William sabía que lo que estaba a punto de proponerle cambiaría la vida de Zoe para siempre. Pero a situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Y ella era la solución a su problema. A cambio, él le solucionaría la vida.

—Le tengo una propuesta que estoy seguro no va a rechazar… —dijo con seguridad, convencido de que aceptaría.

-III-

Zoe no tenía idea de qué le podía proponer aquel hombre; se quedó observándolo fijamente, tratando de escudriñar lo que se traía entre manos.

—Usted dirá, señor Ward.

William no sabía cómo decirle a aquella chica lo que estaba considerando, pero creía que era la mejor idea que se le había ocurrido en mucho tiempo.

—Verá, usted necesita de mi ayuda, pero yo también necesito de la suya —le dijo, y ella frunció el ceño, comenzando a incomodarse—. Necesito una novia para terminar el año. Sería una transacción comercial: usted y su hija luego tendrían un sitio donde vivir, y me encargaré de la educación de Leah hasta la universidad, pero fingir que somos una familia me ayudaría.

—¿Fingir ser una familia? —inquirió Zoe asombrada. De todo lo que pudo pasar por su mente, nunca se imaginó que aquello sería lo que él le diría.

—Esto es bastante embarazoso. Mi tío cree que debo tener una familia para heredar su fortuna. Pienso que el amor es una transacción comercial. Las mujeres normalmente me buscan por lo que puedo darles, y yo por lo que ellas me dan a cambio —contestó seguro, y ella abrió los ojos asombrada—. Usted solo debe fingir mientras él venga a hacerse su chequeo médico y en Navidad. Prometo que solo será hasta finales de enero, y después se irá a un piso que pondré a su nombre. Seguirá aquí, y yo me encargaré de que a Leah no le falte nada.

Zoe negó con la cabeza. No podía creer lo que su jefe era capaz de hacer por dinero. Se levantó y comenzó a caminar por la inmensidad del despacho. Si bien toda aquella locura le podía solucionar la vida, exponer a su hija a aquello era causarle un daño, ya que la pérdida física de su padre había ocasionado que tuviera micciones nocturnas, que poco a poco estaba logrando eliminar.

Will esperaba impaciente, percibiendo que ella tenía una batalla mental sobre si era correcto o no. Aprovechó la oportunidad para observarla. La verdad era que no le gustaban las rubias, pero aquella chica era preciosa, ojos grises, cabello tan largo que le llegaba casi a la parte lumbar de la espalda, su piel se notaba delicada... Recordó que sus pezones eran rosados y se removió tratando de alejar la imagen de verla desnuda sobre su cama. Ella se tropezó y su pie derecho se dobló; para su desconcierto, su tacón se rompió. Casi de un salto, él corrió a socorrerla, la sostuvo en sus brazos, y los dos percibieron que el mundo se detuvo cuando sus miradas se cruzaron.

Ella sostuvo la respiración cuando una de sus manos quitó su cabello delicadamente de su rostro. Will la incorporó un poco; estaba nervioso, y nunca se sentía así con una chica. Sonrió para tranquilizarla, se agachó y le quitó los zapatos para revisarlos. Al ver el estado en que estaban, maldijo mentalmente. Aquella chica necesitaba ayuda, y él estaba a punto de usarla para conseguir más dinero. Se sintió un asno. Al levantarse, ella ocultó su rostro llena de vergüenza.

—No hay nada de qué avergonzarse —le aseguró, y tomó su mano—. Sé que tal vez puedas pensar que me aprovecho de tu situación. Aceptes o no, te voy a ayudar con todo. —Tomó su mentón para que ella pudiera ver que estaba hablando en serio—. Te ayudaré...

Zoe pudo leer en esos ojos negros como la noche que decía la verdad. Dibujó una sonrisa en sus labios y se separó de él. Maldijo su mala suerte, porque no podía irle peor; ahora también necesitaba zapatos. Ya iría a una tienda de segunda mano a ver qué encontraba.

—¿Puedo pensarlo? —le preguntó tímida.

Aquella pregunta le pareció un sí a William. Afirmó cabeceando y le propuso llevarla al hotel. Le preguntó si tenía otro par de zapatos para ponerse, y ella respondió tímidamente que sí. Al salir, Alex lo miró con una ceja alzada; ya se encargaría de ponerlo al día. Al llegar al hotel se le ocurrió algo: le demostraría que sus intenciones eran realmente ayudarla. La acompañó hasta el *lobby* para hacer el *check-in;* todo estaba pago, y cuando le entregaron la tarjeta de la habitación, se aseguró de que tuvieran todo lo que deseaban.

—Tienen una cuenta abierta a mi nombre, pueden pedir servicio a la habitación. —Le tendió la llave—. Piensa en esto como unas vacaciones pagadas por mí.

—Gracias —murmuró tímidamente.

Para asombro de los dos, se acercó y le dio un beso a Leah, que dormía en brazos de su madre. Will se dio la vuelta preguntándose si se estaba volviendo loco, pero había algo en ellas que lo hacía desear protegerlas. Cuando estuvo dentro del auto, solo escuchó:

—Si esto es lo que estoy pensando, estás en problemas, William.

Aquellas palabras de Alex lo hicieron pensar si estaba haciendo lo correcto. Al fijarse en la ventana, se dio cuenta de que comenzaba a nevar. Sí lo era, porque madre e hija tendrían una cama caliente donde pasar la noche, y él estaba seguro de que los dos podrían ayudarse mutuamente.

*****

Leah saltaba en la cama mientras en la televisión pasaban *Mini Beat Power Rockers.* Hacía mucho tiempo que no la escuchaba tan feliz. Llamaron a la puerta. Aunque todo estaba pago, fue cuidadosa al escoger la cena, ya que no deseaba que el señor Ward pensara que se estaba aprovechando de él.

—Leah, ten cuidado, siéntate —le ordenó.

La pequeña hizo caso y se sentó a disfrutar del dibujo animado. Para su asombro, ella fue hasta la puerta y abrió; un botones entró empujando un carrito, seguido de una chica que llevaba varias cajas blancas con lazos.

—¡Plobos! —exclamó Leah emocionada.

—Yo solo pedí comida —les dijo asustada.

La chica esbozó una sonrisa amable y colocó todo en la mesa auxiliar. Para su asombro, otra traía una serie de porta trajes cerrados.

—Todo esto lo ordenó el señor Ward para usted —le informó saliendo.

Nadie le dio tiempo de reaccionar. Salieron de la habitación, y ella se acercó a las cajas. Encima había un sobre; sacó la tarjeta con manos temblorosas.

Ninguna mujer merece lo que estás pasando. Considera todo esto como parte de la ayuda que te he ofrecido. También hay unos cuantos regalos para Leah.

Will...

La caligrafía era un poco tosca, nunca la imaginó así, pero el contenido de aquellas palabras... La estaba ayudando, solo le pedía fingir unos días ser su novia. Cerró los ojos sopesando todo. Le dio la cena a su hija mientras analizaba los pros y los contras de aquella situación. Sabía que era una locura, ya que de igual manera le estaba ofreciendo su ayuda. Alrededor estaban desperdigadas las cajas que habían traído: había zapatos para las dos y ropa; además, le había comprado un hermoso unicornio a su pequeña. Suspiró cansada, se acostó junto a la niña, que no dejaba de ver la televisión.

—Hora de dormir, Leah —le dijo.

—Un ratito más, mami —le rogó la niña.

Habían pasado meses desde que no veía nada de televisión, así que asintió aceptando. La niña se acostó a su lado y le dio un beso.

—Te quiero, mami.

Aquellas tres palabras valían más que cualquier otra cosa. Exhaló cansada; había tomado una decisión, y solo le rogaba a Dios no arrepentirse.

*****

Zoe llegó a Ward Corporation con dos pensamientos en su mente. Pasó el día entre papeles y esperó a finalizar su jornada para subir. Fue al tocador y se repasó en el espejo. Llevaba un hermoso vestido de lino de color gris, unas pantimedias de color negro y unos hermosos zapatos del mismo color. Sabía que nunca podría pagarse unos de esa marca, ya que la suela roja le indicaba que eran originales y no una copia. Estaba agradecida por la ayuda y pensaba que la mejor forma de retribuir el gesto era aceptar la propuesta.

Salió decidida y chocó con su jefe. Odiaba al señor Cooper por muchas razones. Primero, era un hombre sádico con las mujeres; siempre trataba de mantenerse alejada de él. Segundo, era cruel con sus empleados y se burlaba de sus situaciones.

—Vaya, señora Plumer, ropa nueva —le comentó comiéndosela con la mirada.

—Permiso —le pidió educadamente.

—Yo podría ayudarte —le sugirió, y la tomó de la mano—. Solo tienes que ayudarme a mí.

El hombre trató de obligarla a tocarlo, pero ella se zafó de su agarre y le dio una patada en sus partes.

—Considérate despedida —la amenazó.

Ella salió corriendo y, para su suerte, al llamar el ascensor, las puertas se abrieron. Marcó la planta de la presidencia; su corazón latía apresurado.

Minerva recogía el escritorio cuando las puertas del ascensor se abrieron. Vio salir a la chica Plumer pálida; su jefe le había dado órdenes de que, si llegaba a solicitarlo, la dejara entrar. Inmediatamente se cerraron de nuevo las puertas.

—¿El señor Ward? —preguntó asustada.

—Entra, te espera —le informó.

Zoe tocó la puerta y escuchó cuando la puerta del ascensor se abría. Sin esperar a que el señor Ward la dejara pasar, giró el pomo y entró. Él estaba al teléfono, pero al verla en el estado en que venía, colgó sin disculparse.

—¿Estás bien? —le preguntó levantándose.

—Señor Ward —los interrumpió Cooper—. La señorita Plumer me ha atacado, y tenemos que despedirla.

—Eso es mentira. Usted trató de forzarme a tocar su miembro —le refutó roja de la ira—. Lo que no sabe es que soy la novia de William.

Aquello lo soltó sin pensarlo, provocando una sonrisa en el rostro del hombre y que su jefe directo palideciera.

—¿Qué sucedió? —preguntó William.

Cooper comenzó a titubear, pero Zoe estaba decidida a solucionar ese problema de una sola vez.

—El señor Cooper acosa a todas las mujeres y les hace insinuaciones sexuales, pero hace un rato trató de que lo tocara en su sexo, y le di un rodillazo.

—¡Eso es mentira! —exclamó el culpable.

—¿Está diciendo que mi prometida es una mentirosa? —le preguntó William—. Cooper, me has servido muchos años, y quiero pensar que lo que asegura Zoe es mentira, pero sé que no miente. Además, me ocultaste todo lo que sucedía con ella. Te acepto la renuncia para que puedas encontrar otro empleo, pero te recomiendo que no me pidas una recomendación.

—¿Me está despidiendo? —inquirió ofendido.

—Te estoy dando la oportunidad de salir por la puerta grande, a menos que desees salir esposado de aquí y despedido.

Zoe le susurró un “gracias”. Sin embargo, la sorprendió cuando su jefe se acercó y la abrazó. Estaba temblando y no se había dado cuenta. Se sintió segura; hacía algún tiempo no se sentía así, y suspirando, dejó que todo lo malo se fuera. Escuchó cuando la puerta se cerró de golpe y dio un brinco. William acarició su espalda y la alejó un poco. Tomó su mentón, y cuando ella lo miró, detalló que sonreía para tranquilizarla.

—Quiero mañana el nombre de todas las mujeres que acosó —le ordenó, y ella asintió—.

Asegurarte que eres mi novia, eso quiere decir... ¿qué aceptas el trato?

A ella se le iluminó el rostro, lo que causó una emoción inexplicable en el pecho del hombre que estaba frente a ella.

—Usted está dispuesto a ayudarme sin recibir nada a cambio, pero yo puedo ayudarlo, y lo haré.

—Prometo que todo lo que te he dicho es cierto. No sabes lo mucho que me ayudas aceptando, y gracias por hacerlo. Iba a ayudarlas así no lo hicieras.

—Lo sé. Por cierto, gracias por la ropa.

William la soltó y fue hasta su escritorio. Alzó un documento y se lo enseñó a Zoe.

—Esto es el acuerdo. Aquí aceptas todo lo que te he propuesto y donde me comprometo a velar por ustedes. —Se lo tendió, y ella se acercó. Lo tomó con manos temblorosas—. Conmigo nunca vas a pisar en falso.

Zoe leyó hasta que llegó a la cláusula en que no debía trabajar, que por tiempo indefinido recibiría un cheque por doscientos mil dólares mensuales.

—Esto no es lo que quiero... —murmuró asustada.

—Pero es lo que te ofrezco. Solo debemos fingir por tiempo indefinido; ninguna de mis novias será oficinista. —Le ofreció una pluma y agregó—: Al firmarlo, esta noche te mudas conmigo.

Zoe estaba decidida a ayudarlo, pero después se encargaría de cambiar esas cláusulas que le parecían excesivas. Respiró hondo, creyendo que su vida cambiaría para siempre al poner su firma. Lo hizo finalmente. Las puertas de la oficina se abrieron, y los dos se giraron.

—Estoy aquí, sobrino mío, y vengo a conocer a tu novia...

Escuchó claro cuando William maldijo, y ella sonrió para tratar de fingir. Aquel hombre tenía un gran parecido con su jefe.

-IV-

William sintió un nudo en el estómago. La repentina llegada de su tío lo tomó por sorpresa. Sabía que Charles era un hombre implacable, capaz de cualquier cosa con tal de asegurar la continuidad del legado familiar. Anoche, en una conversación telefónica, le había asegurado que estaba a punto de comprometerse con una "encantadora madre soltera", pero las palabras sonaban huecas incluso para sus propios oídos.

Los Ward eran conocidos por su ambición y su determinación. Su padre le había legado una fortuna considerable, y ahora William ansiaba heredar el imperio empresarial de su tío. La internacionalización de Ward Corporation estaba en juego, y Charles no dudaría en usar cualquier medio para asegurarse de que su sucesor estuviera a la altura.

—¿Dónde está esa hermosa chica que será mi sobrina? —preguntó Charles con una sonrisa afable que no ocultaba su mirada inquisidora.

Zoe sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. La presión de la situación la abrumaba, haciéndola dudar de su propia capacidad para mantener la farsa. William, percibiendo su nerviosismo, la tomó de la mano con una firmeza que la sorprendió. Una corriente cálida recorrió su cuerpo, confundiéndola aún más.

—Tío, te presento a Zoe Plumer —dijo William con una voz que sonaba más segura de lo que realmente se sentía—. La única mujer que me ama por lo que soy, no por mi fortuna.

Charles observó a Zoe con detenimiento. Era una mujer atractiva, sin duda, pero ¿realmente amaba a su sobrino? O ¿era solo una trepadora social dispuesta a todo por dinero? Decidió reservarse su juicio por el momento, pero se mantuvo alerta, observando cada gesto, cada palabra.

—Es un placer, Zoe —dijo Charles con una cortesía que no ocultaba su escepticismo—. Puedes llamarme Charly.

—Igualmente, Charly —respondió Zoe con una sonrisa tensa.

William, sintiendo la tensión en el ambiente, trató de tomar el control de la situación.

—Tío, nos has tomado por sorpresa. Estábamos hablando de la necesidad de que Zoe deje su trabajo en la empresa. Las políticas internas... ya sabes.

—Entiendo —dijo Charles con una mirada sagaz—. Es decir, que era tu empleada.

Zoe se removió incómoda en su asiento. La mentira se sentía como una telaraña que la envolvía cada vez más.

—Lo era —confirmó William con firmeza—. Ahora es mi novia.

Tomó la mano de Zoe y la besó con una ternura fingida que la hizo estremecer.

—Zoe es viuda —continuó—. Hemos mantenido nuestra relación en secreto para evitar los chismes, pero pronto lo haremos público, ¿verdad, cariño?

Zoe asintió, sintiendo un nudo en la garganta. La mentira se hacía cada vez más grande, más difícil de sostener.

—Así es —dijo con voz temblorosa—. En tres meses celebraremos nuestro primer aniversario.

Miró a William con una mezcla de súplica y reproche. Él le devolvió la mirada con una sonrisa tranquilizadora, pero en el fondo sentía crecer la culpa.

—William fue mi apoyo cuando más lo necesitaba —continuó Zoe, improvisando una historia que sonaba convincente incluso para ella misma—. Perdí mi casa, mi trabajo... Él me ayudó a salir adelante. Con el tiempo, me di cuenta de que era un hombre excepcional.

—Me alegra oír eso —dijo Charles con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. William me comentó que eres madre. ¿Dónde está el pequeño?

Zoe palideció. Leah no estaba preparada para formar parte de aquella farsa. William, percibiendo su angustia, intervino con rapidez.

—Tío, creo que es mejor dejar la presentación familiar para el fin de semana. Leah tiene dos años y aún se está adaptando a mí. Ya sabes, no es fácil...

—Claro, claro —asintió Charles con comprensión—. El sábado entonces. Conoceré a mi nieta y pasaremos un rato en familia. ¿Qué te parece un viaje a Nueva York?

—Pero... —balbuceó Zoe, sintiendo que la situación se le escapaba de las manos.

—Iremos, tío —confirmó William con una sonrisa forzada.

—Excelente —dijo Charles con satisfacción—. Nos vemos el sábado.

Cuando Charles se fue, Zoe se dejó caer en el sofá, agotada por la tensión. Había mentido, fingido, traicionado su propia integridad. Y lo peor de todo, había expuesto a Leah a una situación que podría causarle un gran daño.

—Zoe —dijo William con voz suave—, sé que estás asustada, pero todo saldrá bien.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No estoy segura, William —murmuró—. Leah es muy pequeña... Puede confundirse, encariñarse contigo... Y cuando todo esto termine...

—No terminará —la interrumpió William con una convicción que no sentía—. Te lo prometo. Seremos amigos, una familia...

Zoe lo miró con incredulidad. ¿Realmente lo decía en serio? O ¿era solo otra mentira para conseguir lo que quería?

—Gracias, William —dijo con voz apenas audible.

Él le sonrió con ternura y le ofreció su mano. Ella la tomó con vacilación, sintiendo de

nuevo esa extraña conexión que la atraía hacia él.

—Vamos a buscar a Leah —dijo William con decisión—. La llevaremos a mi ático. He preparado algo especial para ustedes.

—Pero... —Zoe intentó objetar, pero William la silenció con un gesto.

—Confía en mí —dijo con una mirada que la hipnotizó—. Nos conoceremos sobre la marcha.

-V-

Will jugaba con Leah, maravillado por la sensación de plenitud que lo invadía. Nunca se había sentido tan completo, tan en paz. Llevaban dos días en su casa, y Zoe parecía encajar a la perfección en aquel espacio, como si siempre hubiera pertenecido a él. Aquella aventura, que había comenzado como una farsa, ahora lo confundía, lo desafiaba. Zoe colocó el desayuno frente a él con una sonrisa que le despertó unas ganas irresistibles de besarla.

«Concéntrate, William», se reprendió a sí mismo. La única mujer que había creído amar fue Elisa, y ella lo había dejado por otro, dejándolo con una profunda herida que aún no había cicatrizado.

—Gracias —dijo, esforzándose por mantener la compostura—. Me estoy acostumbrando a esto.

Zoe se sentó a la mesa con su propio plato y comenzó a alimentar a Leah, que jugaba con la comida, distraída por las travesuras de Will.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió ella—. Estamos en tu casa, y no hago nada más que estar aquí.

Él sabía que les había cambiado la vida de un día para otro, pero no podía permitir que Zoe siguiera trabajando en la empresa, expuesta a los chismes y las miradas indiscretas. Se quedó observando, fascinado, cómo lograba que Leah comiera sin protestar. Los pocos recuerdos que tenía de su madre eran fríos y distantes. Nunca había experimentado esa clase de amor incondicional, esa ternura que la chica irradiaba.

—¿Te doy de comer? —preguntó Zoe con una sonrisa divertida, aunque la intensidad de la mirada de William la incomodaba.

—No, disculpa —respondió él, volviendo a la realidad—. Es que... eres increíble con Leah.

Un rubor inesperado subió a sus mejillas. Desvió la mirada hacia el plato, sintiéndose vulnerable.

—Esto está riquísimo —añadió, tratando de disimular su nerviosismo.

—Gracias —murmuró Zoe.

—Will, ¿podemos jugar? —preguntó Leah con su vocecita cantarina.

Zoe observó cómo William se derretía ante la petición de su hija. Le había prometido que ese día jugarían con la nieve en un lugar especial. Terminaron el desayuno, y para sorpresa de Zoe, William se despidió con un beso en la mejilla. Ella se quedó inmóvil, sintiendo el calor de sus labios en su piel, consciente de que aquella farsa se estaba complicando cada vez más.

*****

Will hablaba por teléfono, impaciente por llegar a casa. Deseaba ver la cara de Leah cuando abriera el regalo que le había comprado. Aquella niña, en tan solo dos días, se había adueñado de su corazón. Colgó la llamada con un suspiro de frustración al ver el caos que estaba causando la tormenta. Aquel fin de semana, tal vez, no podrían volar a Nueva York.

—¿Todo bien en casa? —preguntó Alex, su fiel chófer, al verlo tan inquieto.

—Sí, solo quiero llegar —respondió William, mirando la foto que le había hecho a Zoe y a Leah jugando en la alfombra del salón.

—Cuando mis hijos eran pequeños, no veía la hora de llegar a casa para jugar con ellos —comentó Alex con nostalgia.

—Alex... —lo reprendió William con una sonrisa. Sabía que se estaba dejando al descubierto.

—No pensé que dos días serían suficientes para darme cuenta de todo lo que me he perdido —confesó—. Pero ellas se irán, y yo podré visitarlas cuando quiera. Fue parte del trato.

Alex pensó que era el momento de hacerle abrir los ojos. Adoraba a William como a un hijo, y deseaba que encontrara la felicidad.

—Tienes hasta enero para conquistar a esa mujer, Will —dijo con convicción—. Sé que puedes hacerlo. Y así tendrás una familia de verdad para Navidad. Piénsalo bien, porque este tipo de oportunidades solo se presentan una vez en la vida.

—Alex...

—Todos en la empresa hablan maravillas de la señorita Plumer —continuó Alex—. Dicen que tenía la familia perfecta. Y a veces, el amor es un acto de fe, Will. Tal vez ustedes dos son lo que necesitan.

Lo miró a través del espejo retrovisor.

—A veces, tenemos que aferrarnos a lo imposible, porque la felicidad se encuentra luchando.

—Gracias, Alex —dijo William conmovido.

—Te quiero, Will —dijo Alex con sinceridad—. Y si sigo siendo tu chófer, no es por obligación, sino porque me gusta mi trabajo y cuidar de ti.

—El día que decidas irte, me dolerá —confesó William.

Alex estacionó el coche, reflexionando sobre sus propias palabras.

—Pues en enero espero poder retirarme —dijo con un suspiro—. Llevo cuarenta años manejando, y la mitad de mi vida a tu servicio. Espero que sigamos con nuestras noches de póquer, y sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Alex... —murmuró William sorprendido.

—Hijo, hay momentos para todo —dijo Alex con una sonrisa—. Y espero que en un mes te

des cuenta de que tienes frente a ti la oportunidad de ser feliz.

Se giró y le entregó una chocolatina, la misma que le daba todos los días cuando lo recogía del colegio.

—Ahora ve a hacer sonreír a esa niña y a conquistar a su madre.

Will tomó la chocolatina y bajó del coche decidido a seguir el consejo de su amigo. El trayecto en el ascensor le pareció eterno, pero cuando las puertas se abrieron y Leah salió corriendo a recibirlo con los brazos abiertos, supo que Alex tenía razón. Ellas eran todo lo que necesitaba. Zoe se asomó, vestida con unos vaqueros y un suéter blanco de punto. Le sonrió con timidez, y en ese instante, William supo que deseaba que aquella imagen se convirtiera en su realidad para siempre.

*****

Zoe no podía creer que un hombre como William Ward se tomara un día libre. Pero allí estaban, en su casa, resguardados de la tormenta de nieve que azotaba Chicago, sentados frente a la chimenea, disfrutando del calor y la compañía mutua.

—Cuéntame de ti —pidió William.

Los dos llevaban suéteres de color crema, vaqueros y estaban descalzos. Cualquiera que los viera pensaría que habían coordinado sus atuendos, pero era pura casualidad. William la miró con expectación, y Zoe sonrió con nerviosismo. No se avergonzaba de su pasado, pero él era un hombre que siempre lo había tenido todo, mientras que ella había luchado por cada pequeña victoria.

—Nunca conocí a mis padres —comenzó Zoe con voz suave—. Crecí en diferentes hogares de acogida.

William le tomó el mentón con delicadeza, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No tienes de qué avergonzarte —le aseguró con una sonrisa.

Zoe le agradeció la comprensión con una mirada.

—A los diecisiete logré emanciparme —continuó—. Trabajaba medio tiempo en un restaurante de comida rápida mientras estudiaba. Logré obtener mi licenciatura, y luego conocí a Michael. Fue todo muy bonito al principio: las primeras citas, la emoción de conocernos... Finalmente, me pidió que nos mudáramos juntos.

—¿Cuándo entraste a trabajar en mi empresa? —preguntó William con interés.

—Hace cinco años —respondió Zoe—. Empecé como pasante y me quedé. Pude hacer una maestría y seguir estudiando, pero hace tres años quedé embarazada, y decidimos casarnos. Su familia no me quería. Decían que no tenía pasado, ni padres, ni nada... que no era nadie.

La voz de Zoe se quebró al recordar el desprecio de la familia de Michael. William, conmovido por su dolor, la rodeó con sus brazos en un abrazo protector. Zoe se abandonó al consuelo de su contacto, llorando por primera vez la humillación que había soportado en silencio durante años.

—Eres alguien, Zoe —le aseguró William con ternura, apartándola un poco para secar sus lágrimas—. Eres una mujer fuerte, inteligente, una madre maravillosa. Ellos se lo pierden al no estar en sus vidas. Y yo me siento afortunado de que me permitas estar en la tuya.

Zoe lo miró con los labios entreabiertos, sorprendida por sus palabras. Un impulso repentino la llevó a besarlo. Un beso tímido al principio, que se fue intensificando a medida que la pasión crecía entre ellos. William respondió con fervor, atrapándola en un abrazo posesivo.

De pronto, Zoe se apartó asustada. Sin querer, golpeó la copa de vino, que se derramó sobre la alfombra, manchando el ambiente de un rojo intenso.

—Zoe... —la llamó William con voz ronca.

Pero ella no estaba preparada para entregar su corazón de nuevo. Huyó hacia su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se dejó caer en la cama, llorando en silencio, aterrorizada por la intensidad de sus propios sentimientos.

William apoyó la frente en la puerta, deseando consolarla, pero respetando su necesidad de espacio. Sin embargo, no podía callar lo que sentía.

—Zoe —dijo con voz suave—, reconozco el miedo en tu mirada, porque es el mismo que siento yo.

Se mordió la mano para contener las lágrimas.

—Creí amar a una mujer, pero cuando me dejó, seguí adelante como si nada. Ahora me doy cuenta de que no era amor. Sé que voy deprisa, que voy contra reloj... pero si te vas, me sentiré vacío. Sé que tienes miedo de volver a amar, y no te pido que lo hagas ahora. Solo te pido que me dejes entrar.

William se sentó en el suelo, apoyado en la puerta, y comenzó a contarle su vida. Había nacido entre lujos, sí, pero nunca había sido feliz. Su madre había muerto cuando él tenía la edad de Leah. De alguna manera, los dos eran huérfanos. Sus hermanos eran hijos del segundo matrimonio de su padre, y había crecido alejado de ellos. Fue su tío Charles quien lo crio.

Zoe se fue calmando a medida que las palabras de William traspasaban la barrera física y emocional que los separaba.

—No voy a convencerte de que a mi lado serás feliz —dijo William con sinceridad—, pero te prometo que te daré todo lo que soy. Deseo aferrarme a la idea de que el destino nos unió, porque de alguna manera, los dos necesitábamos ser salvados.

Zoe abrió la puerta. William se levantó y la abrazó con fuerza, besando su cabello. Sabía que si ella se quedaba, comenzaría a vivir de verdad.

-VI-

Will, Zoe y Leah caminaban tomados de la mano para ver el hermoso árbol de Navidad del Centro Rockefeller, sintiendo el crujir de la nieve bajo sus pies y el aroma a castañas asadas que flotaba en el aire. Cada vez que se acercaban a un charco, los dos alzaban a la niña, que reía divertida. Desde la noche de la tormenta, estaban tratando de conocerse y habían acordado que comenzarían todo como una amistad. Sin embargo, él deseaba ser más que un amigo en la vida de la chica; aquel viaje a Nueva York sería decisivo para los dos. Las luces navideñas, con sus destellos multicolores, creaban un ambiente mágico que los envolvía.

—Mami, mira… —señaló el árbol—. ¡Helmoso!

Los dos sonrieron al contemplar la majestuosidad del árbol, que se alzaba imponente ante ellos, desprendiendo un suave aroma a pino. Para ambos era algo nuevo, pues nunca habían salido de Chicago. Will se agachó y alzó a la niña en sus brazos; le daba miedo que se perdiera entre la gente, que bulliciosa y entusiasmada, se agolpaba alrededor del árbol.

—Es precioso —murmuró Zoe cuando él tomó su mano con la suya que estaba libre—. Gracias, Will. Sintió un escalofrío recorrerla al contacto con la cálida mano de William.

La sorpresa no terminaba ahí. Will la llevó a donde la esperaba su tío Charles, en el mismísimo edificio que daba nombre a aquel centro. Al entrar, los recibió una cálida atmósfera, adornada con guirnaldas y acebo, y un sutil aroma a canela que les recordaba la Navidad. Subieron como una familia, y era algo que él necesitaba.

Charles observó cuando su sobrino salió del ascensor junto a la chica y la niña. Alex lo había puesto en contexto con la situación. Primero se decepcionó al saber que William era capaz de engañarlo de aquella manera, pero después se alegró de que hubiera encontrado lo que deseaba para él. Los tres parecían una familia perfecta. Zoe miraba todo a su alrededor con timidez, pero todos fijaron su atención en ellos cuando William bajó a la pequeña y besó la coronilla de la chica.

Will deseaba transmitirle paz a Zoe, por eso le dio un beso en la coronilla y la atrajo hacia sí. La pequeña, muerta de risa, les dijo:

—¡Beshitos, beshitos!

Zoe se sonrojó ante la petición de su hija, que se había adaptado a William de una manera rápida e increíble. Will se acercó peligrosamente a sus labios, y ella se quedó observando su rostro. Sabía que le atraía aquel hombre, y cuando tímidamente se rozaron, todo su mundo se transformó. Él la besó delicadamente, prolongando aquel beso, tratando de hacer el momento eterno. El sabor a menta de los caramelos que habían compartido minutos antes aún permanecía en sus labios. Alguien se aclaró la garganta, y renuentes, se separaron.

Se escuchaba la voz de Michael Bublé cantando *Santa Claus is Coming to Town*, que se mezclaba con el murmullo de la gente y el tintineo de las campanas de los Santa Claus que

recorrían la plaza. La chica sonrió al abrir los ojos, y William lo supo: estaba perdido, se estaba enamorando tanto de la madre como de la hija. La burbuja que los envolvía se rompió cuando de nuevo se aclaró la garganta. Ambos giraron para ver de quién se trataba. Charles los observaba con una sonrisa en los labios.

—Pensé que no me habían escuchado —les comentó en tono de burla.

—Tío… —masculló William en voz baja.

—Zoe… —Charles tomó la mano de la chica y le dio un beso en modo de saludo, un gesto cortés que la hizo sentir como una princesa. Luego se agachó a la altura de Leah y sonrió—. Y tú debes ser la pequeña Leah.

—Hola —murmuró la pequeña, y se pegó a William.

El hombre le sonrió y sacó de su chaqueta una piruleta con forma de bastón de Navidad. Fue la manera perfecta de ganarse a la niña, que la tomó y le regaló la más hermosa de las sonrisas. Will y Zoe compartieron una mirada de alivio y sonrieron. Él pasó su brazo para abrazarla. Ella pensó que todo era parte del *show* que daban, pero en realidad, el hombre lo hacía de manera natural.

—Soy tu abuelo Charles, Leah, y siempre vas a contar conmigo —le aseguró Charles, y la inocencia de la niña fue tan grande que lo abrazó.

—Agüelito —le dijo.

Charles la tomó y, sin decirles nada, se la llevó para presentarla a sus amigos. William aprovechó la oportunidad para llevar a Zoe lejos de todos. La condujo a la terraza para confesarle que se había convertido en todo lo que deseaba. El viento frío les golpeaba el rostro, pero la emoción del momento los mantenía calientes. Se sorprendía de aquellos sentimientos, porque nunca se imaginó que podía llegar a sentir tanto por ella, y eso era lo que estaba sucediendo.

Pocos días juntos, pero amaba llegar a casa y encontrarla jugando con Leah o cocinando para cenar juntos. Se la imaginó haciendo lo mismo todos los días, y la idea le gustó. Podía verse formando una familia con ella. Respiró hondo, tomando valor, y la llevó lejos de todos. Salieron a una terraza donde había pocas personas. Desde ahí tenían una vista perfecta de aquella majestuosidad, porque los neoyorquinos amaban las fiestas. El espectáculo de luces y colores era impresionante, y la música navideña que llegaba desde el interior creaba una atmósfera mágica.

«¿Cómo se lo digo? Ella es…, en mi corazón lo siento…»

Pensaba Will, pero en ese instante, su mirada se cruzó con una mirada de color púrpura que conocía muy bien, y todo lo que cavilaba en ese momento se vio eclipsado por el aluvión de recuerdos que atropellaron su mente.

—¿Estás bien? —le preguntó Zoe en tono de preocupación, su voz dulce y preocupada lo trajo de vuelta a la realidad.

Will reaccionó y le sonrió, pero ella, curiosa por saber qué había perturbado a su acompañante, observó hasta encontrarse con una hermosa morena de ojos color púrpura. Sintió una punzada en el pecho al ver la familiaridad con la que la mujer lo miraba. La mujer la

detallaba de arriba abajo.

—Zoe —la llamó—, espérenme en el hotel…

Aquella petición le sentó como una patada en el estómago a la chica. Él se despidió con un gesto para dirigirse a donde estaba aquella mujer. Zoe sintió un nudo en la garganta al ver cómo la mujer le sonreía a Will y lo tocaba con confianza. Cerró los ojos y respiró hondo, decepcionada por creer que aquella relación con su jefe era sincera. Pensó que fue inocente al creer que un hombre como William Ward podría fijarse en ella. Decidida, fue a buscar a Leah, prácticamente la arrebató de los brazos de Charles, ignorando sus preguntas y la mirada extrañada de los demás, y salió de aquel lugar. El aire frío de la noche le golpeó el rostro, haciéndola estremecer.

Charles fue en busca de su sobrino para preguntarle qué había sucedido entre él y Zoe, pero al encontrarlo junto a Elisa, comprendió a la joven y se fue decepcionado.

*****

Will llevaba una hora hablando con Elisa. El ruido del local era ensordecedor, pero él apenas lo notaba. Estaba concentrado en Elisa, en sus ojos violeta, en el movimiento de sus manos, en el aroma de su perfume. Tenía muchos años sin verla, y encontrarla aquella tarde fue toda una sorpresa. Ella no dejaba de elogiar lo mucho que admiraba lo que había logrado con aquel millón de dólares que le dio su padre.

Elisa era una mujer calculadora. Sabía que William nunca la había dejado de amar, y ahora que estaba por divorciarse, era el momento perfecto para volver a su lado. Tenía el dinero suficiente para ser feliz; realmente no le importaba nada más. Tomó su mano y la entrelazó con la de él.

—William… —murmuró su nombre, con una voz suave y seductora.

Fue aquel contacto y el tono de voz que usó su exnovia lo que hizo reaccionar a William. De pronto, el bullicio del local se hizo insoportable. Sintió una oleada de calor recorrer su cuerpo, y un sabor amargo le subió a la garganta. Se dio cuenta del gran error que estaba cometiendo. No sentía nada por ella, y se acordó de las dos rubias que había enviado al hotel. Arrepentido, se levantó ante la mirada atónita de la mujer y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Gracias —le dijo.

Ella lo observaba con ojos abiertos, sin entender, pero era él quien necesitaba entender. Salió corriendo en busca de su destino. Había visto miles de tesoros, pero solo le faltaban ellas, y pensó que su tío estaba loco por proponerle aquello. Era todo menos loco. Realmente, el viejo sabía muy bien lo que él necesitaba en su vida: no eran riquezas, era amor. Corrió por las calles, sintiendo el viento frío azotar su rostro, el aroma a nieve y a ciudad, y el sonido de sus propios pasos resonando en el pavimento.

Se topó con Charles y lo abrazó con tanta fuerza que su tío no comprendió qué necesitaba aquel gesto.

—Se fueron… —le recriminó.

—Voy por ellas —le aseguró.

—Espero que no las dejes ir nunca.

Will corrió por las calles de Nueva York rogando que sus chicas estuvieran en la habitación. Entró en el Waldorf Astoria; se cruzó con varios conocidos, pero los ignoró. El trayecto en el ascensor se le hizo eterno. Sentía el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, un nudo en la garganta que le impedía respirar. Cuando las puertas por fin se abrieron, se sintió aliviado.

Abrió la puerta de la habitación, y su corazón se detuvo al encontrar las maletas de ellas en el salón. Un silencio oprimente reinaba en la habitación, solo interrumpido por el tictac del reloj y el lejano sonido de las sirenas de la ciudad.

—Zoe —la llamó.

Ella salió con los ojos rojos de llorar, y él sintió que el alma se le rompía en mil pedazos al verla así. Su rostro estaba pálido, sus ojos hinchados, y su expresión era de profunda tristeza.

Zoe se estaba enamorando de aquel hombre, y él estaba enamorado de ella. Sus miradas se cruzaron. Él dio un paso en su dirección, y ella retrocedió dos, tratando de protegerse. El aire se cargó de tensión, y el silencio se hizo aún más denso.

Arriesgado y con miedo al rechazo, William atravesó la habitación y la atrapó en sus brazos. Sostuvo su rostro entre sus manos y, sin pensarlo más, la besó. Sintió el suave tacto de su piel, el dulce sabor de sus labios, el aroma a vainilla de su perfume. Ella gimió al contacto, y él aprovechó la oportunidad para profundizar el beso. Sus corazones latían apresurados. Zoe pensó que iba a desmayarse, mientras que Will solo deseaba transmitirle todo lo que sentía por ella.

El reloj se detuvo; se olvidaron del tiempo. Mientras, por la ventana se colaba una luz que los iluminó. Él rompió el beso y se perdió en la profundidad de sus ojos grises.

—Will…

—Quiero estar contigo… —le confesó.

—Y yo contigo…

Will exhaló aliviado. Aquello era todo lo que quería, lo que su alma vacía anhelaba tener. Ellas eran todo lo que deseaba y que pensó que no podría tener.

—Zoe, quédense a mi lado —le pidió.

—Will…

—Las necesito. No seamos una familia de mentira, seamos una de verdad. —Will pegó su frente a la de ella—. Eres el amor que esperaba, solo faltabas tú…

Ella suspiró.

—Pero…

—Tienes miedo porque me viste con otra mujer, y fui un idiota al dejarte por ella. Pero me estoy enamorando de ti. Tú y Leah han encendido mi alma, y me di cuenta de que ya no tengo

ojos para nadie más, solo los tengo para ti.

Ella se separó asustada. Sabía que se estaba enamorando. Miró al pasado y comprendió que su lugar era a su lado; aquellos pocos días bastaron para enamorarse de él. Esperaba la hora de su regreso con ansias, anhelaba cocinar para él, y se dio cuenta de que las noches frente a la chimenea eran algo que deseaba para siempre. La calidez de su hogar, el aroma a pino del árbol de Navidad, la risa de Leah... todo le recordaba a Will.

—Ustedes son mi verdad, y las quiero a mi lado. Por favor, Zoe…

Ella negó, asustada de sus propios sentimientos, y corrió de vuelta a sus brazos. Escondió su rostro en su pecho y le dijo:

—Sí, Will… —Suspiró—. Me quedo contigo.

Epílogo

William estaba colocando la estrella en el árbol de Navidad, sintiendo la suave textura del cristal bajo sus dedos, bajo las indicaciones de su dulce esposa. No podía creer que habían transcurrido dos años desde aquella Navidad que él encontró lo que no sabía que buscaba. El aroma a pino del árbol recién cortado llenaba la estancia, mezclándose con el dulce olor a galletas de jengibre que Zoe estaba horneando en la cocina.

Zoe fue una serendipia para él, lo supo en el momento que la vio por primera vez, que quererla no era una opción, la chica estaba metida en su piel, lo hipnotizó desde el primer día. Bajó de la escalera y se acercó a ella para darle un beso, un beso tierno y cálido que sabía a chocolate caliente y a hogar. Leah llegaría de su último día de clases, con sus mejillas sonrojadas por el frío y su mochila llena de dibujos y regalos hechos a mano, y ellos partirían a Irlanda a visitar a Charles.

—Te amo —le aseguró, acariciando su mejilla con dulzura.

—Te amo —musitó Zoe ruborizándose.

Todavía no podía creer que estaban juntos. Él bajó para dejar un beso en su abultado vientre, sintiendo la suave piel bajo sus labios y el movimiento del bebé en su interior. Esperaban otro hijo, porque para William la pequeña Leah era suya, así no compartieran la misma carga genética.

Volver a amar no es algo fácil, más cuando han traicionado tu confianza y te han decepcionado. Muchas personas al perder a alguien que aman se sienten perdidos y se refugian en lugares y trabajos, muchas veces en vicios. A Zoe no le dio tiempo, pero conoció que era estar abajo y renacer con la ayuda de la persona correcta. El calor del amor de William la había envuelto como una manta suave, reconfortándola y dándole fuerzas para seguir adelante.

Aquella Navidad hace dos años, la primera que pasaron juntos, fue el primer encuentro en que dos cuerpos manifestaron lo que el alma sentía. Hay personas que son capaces de devolvernos la fe en el amor, demostrarnos que aquellas personas que dejaron ese mal sabor solo llegaron para enseñarnos que la vida es un ir y venir de situaciones que dejarán lecciones. El recuerdo de aquel día les llenaba el corazón de una cálida nostalgia, como el resplandor de las velas en la oscuridad.

En los altavoces comenzó a sonar *Perfect* de Ed Sheeran, la melodía envolviéndolos en una atmósfera romántica. William se acercó a su mujer y la tomó en brazos para bailar, sintiendo el suave peso de su cuerpo contra el suyo y el ritmo de la música guiando sus movimientos.

—Eres todo lo que siempre quise —le aseguró, con la voz llena de emoción.

Zoe sonrió recordando que ella tuvo miedo, sentía que iban muy deprisa, pero en cambio él solo creía que eran tonterías, porque estaba seguro que ellas eran parte de su corazón.

—Te amo —le musitó Zoe—, gracias por llegar con ese trato que terminó convirtiéndose en mi vida entera. —Se abrazó a su cuerpo—. Muchas veces despierto creyendo que todo es mentira, pero te veo a mi lado y sé que lo que tenemos es una historia sin fin, eres mi mundo.

Will tomó su rostro, sus dedos acariciando suavemente su piel, y ella calló rendida ante su mirada, profunda y sincera. Sabía que cuando él no estaba lo extrañaba, así regresara más tarde, pero para ella estar lejos era como un castigo. La puerta se abrió y Alex entró junto a Leah, con su característica sonrisa y un ligero aroma a chocolate caliente. Él la besó rápido y la soltó para abrazar a su pequeña hija.

—Papi, papi —lo llamó—. El abuelito Alex me llevó a tomar chocolate caliente.

Zoe se acercó a Alex, que en ese tiempo se había convertido en un miembro más de su familia. Había pedido la jubilación, pero pidió llevar y buscar a Leah al colegio. Sabía que solo era un modo de mantenerse cerca de Will, que era un hijo para él.

—Muy bien —le aseguró Will, con una sonrisa cómplice hacia Alex, pero la niña emitió un grito de emoción.

Se soltó de su padre y corrió al árbol. Todos la observaban sonriente, estaban esperando que llegara. Zoe se acercó a la caja que tenía un lazo y fue hasta su encuentro. Se sentó con cuidado en el piso, sintiendo la suavidad de la alfombra bajo sus manos, bajo la atenta mirada de los hombres, pero Will no podía mantenerse lejos de ella y se les unió.

—¿Para mí? —preguntó Leah, con los ojos brillando de curiosidad.

—Sí… —Sonrió su madre.

La niña abrió emocionada la caja y emitió un sonido de asombro. Dentro había cuatro bambalinas que llevaban el nombre de cada uno de ellos. Apenas había aprendido a leer el de sus padres y el propio; la que no pudo leer fue la que más curiosidad le causó.

—¿Qué dice? —preguntó.

Will la tomó, sintiendo la pequeña mano de Leah entrelazada con la suya, y los dos emprendieron la tarea de leerla. Letra por letra fueron uniendo el nombre de Alexander.

Alex contuvo al aliento, y la pareja lo miró sonriente. Su próximo hijo se llamaría como él, y era la manera que encontraron para contarle a Leah que tendría un hermanito. Aquella tarde en Chicago nevaba, los copos de nieve cayendo suavemente sobre la ventana, creando un ambiente cálido y acogedor, y los Ward compartían una tarde más en familia, con la alegría de las fiestas, con el amor sobre la mesa y con el valor de que las personas no somos un pasado, los hechos que vivimos solo nos ayudan a ser lo que somos, porque lo bueno y lo malo son lecciones que nos hacen mejores personas.

Fin

REGALO 3

El Muérdago

Regalo III

Capítulo 1

Ellen Perri se miró en el espejo y resopló, aceptando que con el uniforme del colegio privado en donde estudiaba, con su falda tableada gris y su blusa blanca almidonada, nunca podría verse como una chica normal, o eso pensaba ella. Aunque las chicas populares lo lograban, con sus perfectos rizos rubios y sus uniformes ligeramente modificados para acentuar sus figuras, ella no podía, y se frustraba por ello. Resignada a como se veía, alzó sus hombros y recogió su cabellera de color negro en una cola de caballo para bajar hasta el comedor. El olor a tocino y panqueques recién hechos la invadió, haciéndole rugir el estómago.

Su madre y padre le sonrieron al verla entrar. Se sentó frente a su pequeño hermano y el ruido de sus cucharas chocando contra los tazones de cereal llenó el comedor. Tomó en silencio una manzana verde a la que le dio un mordisco, disfrutando de su textura crujiente y su sabor ácido.

—¿Cómo van las aplicaciones para la universidad? —le preguntó su padre, con su voz grave y profunda.

Ella puso los ojos en blanco. Sus padres eran dos afamados doctores. Su madre era la ginecóloga de las celebridades, con su consultorio en Beverly Hills decorado con un gusto impecable, y su padre era el cirujano plástico de las mismas, con sus manos hábiles capaces de esculpir la belleza. Ironías de la vida, le había rogado miles de veces que le regalara unas prótesis de senos, pues en sus manos sabía que la operación sería un éxito, pero este se negaba alegando que tenía un cuerpo hermoso y de acuerdo a su edad, lo que su madre aplaudía.

El sonido del claxon la salvó. Lo menos que deseaba era contarles a sus padres que no deseaba ir a Harvard, que deseaba con todo su ser ser aceptada en Dartmouth College y estudiar Literatura Inglesa, pero ella debía seguir los pasos de sus padres. La idea de pasar años encerrada en un laboratorio, rodeada de probetas y microscopios, le producía escalofríos.

—Me voy, ya vino Alex por mí —se despidió.

Sonrió al ver a su mejor amigo en el Jeep, con su característica gorra de béisbol y una sonrisa traviesa en el rostro. Subió y él le entregó un vaso de café, caliente y aromático, sus padres pensaban que este líquido delicioso era perjudicial para su salud.

—Ey, tontica —la saludó Alex, con su voz ronca y familiar.

—Ey, perdedor —le respondió.

Alexander Quinn y Ellen se conocieron en el jardín de infancia, cuando él le pegó un moco a la hoja en la que coloreaba. La sensación viscosa y fría del moco en sus dedos la hizo gritar de asco y furia. Aquel acto significó una pelea, con tirones de pelo y patadas incluidas, pero

también la unión de dos almas gemelas. No todos en la vida tienen la suerte de conocer a su mejor amigo, que es esa otra mitad que te ama y que te respeta, que te cuida y se queda a tu lado sin importarle las imperfecciones.

Ellos eran eso. Encendieron el auto y por los altavoces sonó Tusa, el ritmo contagioso de la música llenando el coche. Estaban aprendiendo español, pues uno de sus sueños era viajar como mochileros por Suramérica. Aquel era su último año y toda la presión se centraba en cuál universidad asistirían. Por supuesto, todos esperaban que con sus calificaciones estuvieran pensando en alguna de la Ivy League. El hermano mayor de Alex, hace dos años, había sido admitido en las seis de las instituciones más importantes del país.

Cabe destacar que Connor era el atleta perfecto, el mariscal de campo y un estudiante de notas sobresalientes. Algo que Alex solo era en las calificaciones, pero Ellen sí. Muchas veces, el hermano mayor de su mejor amigo se burlaba de ellos, llamándolos Pinky y Cerebro, solo para molestarlos. Aunque no estaba permitido, ella estaba enamorada del hermano de su mejor amigo, con su cabello rubio y ondulado, sus ojos azules y su sonrisa arrogante. Pero aquel sentimiento era imposible, ya que él nunca se fijaría en la tímida chica que vio crecer.

Llegaron y se estacionaron. Las temperaturas habían bajado un poco. Ella sintió como una ráfaga de aire frío golpeó sus piernas. Maldijo por no ponerse medias pantys, pero las odiaba. La lana áspera de su falda le rozaba las piernas, haciéndola estremecer. Suspiró al ver la estructura arquitectónica, imponente y antigua, con sus ladrillos rojos y sus ventanas góticas. Solo seis meses más y estaría fuera, era lo que más quería.

—¿Estás bien? —le preguntó Alex, con preocupación en su voz.

Ellen quería confesarle que no, que con dieciséis años jamás había sido besada, que se sentía insignificante, pero prefirió sonreír y responder:

—Estupenda.

En menos de una semana sería uno de los juegos decisivos de fútbol y al día siguiente el baile de invierno. Toda una tradición en San Joseph, porque la mayoría de las chicas de último año perdían la virginidad detrás de un auto, en medio del frío y la emoción del momento, y ella seguro pasaría la noche leyendo historias de terror en un Kindle, acurrucada en su cama con una taza de chocolate caliente. Dejó los libros en su casillero. Estaba tomando su cuaderno de notas de matemáticas, cuando se estremeció al escuchar la voz que la atormentaba en sus sueños.

—Els —murmuró Connor.

Ella cerró su casillero y se quedó sin palabras. El canalla de Connor esbozó una sonrisa que le hizo temblar las piernas. Llevó su mano hasta el rostro de Ellen, que siguió el recorrido con su mirada. Puso un mechón rebelde detrás de su oreja y le guiñó el ojo.

—¿Qué haces aquí? —inquirió ella con voz segura, a pesar de que su corazón latía como si hubiera nadado ida y vuelta diez veces en la piscina.

—Tengo un juego en Berkeley y vine a ver qué tal estaba San Joseph —contestó—. ¿No te alegra verme?

«Sí…»

—No, bueno sí… —Alzó sus hombros nerviosa, sintiendo que se sonrojaba. Y sonó el timbre avisando que debía entrar, salvándola de cometer una locura—. Siempre es bueno verte, Connor Quinn.

Ellen se alejó bajo la atenta mirada de Connor. Había llegado aquella mañana, y lo mejor que se le pudo ocurrir fue ir a su antigua preparatoria para verla. Estaba enamorado como el primer día de ella. Ninguna chica podía compararse con la dulce y hermosa Ellen Perri, con su inteligencia, su humor y su bondad. Pero ella era menor que él dos años, y además era la mejor amiga de su hermanito. Sus padres eran amigos desde la universidad. Quererla era un pecado cuando a él le enseñaron a mirarla con ojos de hermano mayor. Se dio la vuelta y se fue. Debía ir a San Francisco a la práctica, porque debía demostrar que estaba preparado para ser el nuevo mariscal de campo de Harvard.

*****

Ellen estaba estudiando con Alex cuando la puerta de la casa de este se abrió y un tumulto de voces de chicos se escuchó como un barullo que irrumpió el silencio. El olor a pizza recién horneada invadió la habitación, haciéndoles agua la boca. Alan, el hermano menor de los Quinn, bajó corriendo y se lanzó a los brazos de su héroe. Connor lo recibió y lo hizo volar como Superman. Ella no pudo evitar dibujar una sonrisa en sus labios mientras mordía su lapicero.

—No, no, no… —murmuró Alex—. Ellen Marie Perri, no puedes mirar a Connor con ojitos de cordero enamorado, no puedes.

Ellen suspiró.

—Alex… —le increpó—. Solo observaba lo tierno que es con Alan.

—Sí, claro, y yo voy a ir a la luna —le contestó, poniendo los ojos en blanco, ya que su amiga ni siquiera lo miraba—. Vamos a mi habitación, estudiaremos ahí.

—¿Qué tal? Bro… —Connor saludó a Alex—. Els…

—Todo bien, hermano…

Alex puso los ojos en blanco, tomando a Ellen por la muñeca y arrastrándola hasta subir. Ella dejó que su mejor amigo hiciera lo que deseaba. Total, sabía que Connor no la veía con ojos de chico a chica, más bien era como una hermana. Entraron a la habitación, amplia y luminosa, con una enorme ventana que enmarcaba el océano Pacífico, y resopló embebiéndose de la vista perfecta del mar. Estaban en una lujosa mansión en Malibú. Leonard y Penélope habían diseñado aquella casa con la visión moderna de una casa inteligente, y los vidrios polarizados ayudaban con la energía solar.

—No entiendo por qué me celas de Connor, cuando sabes muy bien que soy como una hermana para ustedes —le reclamó Els, sentándose en su cama.

—Els…

—Alex…

Alex resopló porque él tenía conocimiento de algo que su mejor amiga no, y no pensaba decírselo.

—Ya llegará el chico —le aseguró—, pero ahora necesito que me ayudes con cálculo.

Los chicos estudiaron hasta que el atardecer se coló por el ventanal, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados. Ellen dejó los cuadernos y se tiró sobre la cama, sintiendo la suavidad de las sábanas de algodón egipcio, mirando el techo.

—¿Soy fea?

Alex sonrió. Aunque la veía como una hermana, Ellen para nada era fea. Era una hermosa morena de ojos de color verde, piel olivácea y cuerpo tonificado por ser una de las atletas más destacadas de la preparatoria. Él creía que los chicos se sentían intimidados por la seguridad y belleza de la chica, además de las habilidades deportivas.

—Ellen, no lo eres, pero…

—¿Pero?

Alex no quería decirle nada, pero sabía que era mejor que estuviera al corriente de lo que en realidad sucedía.

—No eres fea, pero Connor les prohibió a todos, desde que estaba en la prepa, que nadie se acercara a ti. Estás marcada y prohibida.

—¡¿Qué?! —chilló ella.

Capítulo 2

Ellen sintió el sabor metálico de la sangre en su boca, resultado del forcejeo con Alex. Cada golpe que le propinó resonaba con un sonido sordo en sus nudillos, mientras la rabia la inundaba como una ola caliente. Tomó sus cosas, la textura áspera de su mochila contrastaba con la suavidad del suéter que llevaba puesto. Salió de la casa, el aire fresco de la tarde chocando contra su rostro enrojecido. No podía creer que Connor, con sus ojos color cielo de verano y su sonrisa que siempre le recordaba al aroma a vainilla, estuviera enamorado de ella todos estos años. Y que Alex, su mejor amigo, con esa risa que solía sonar como campanas, le hubiera prohibido acercarse. La impotencia la carcomía, sentía un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad.

¿Quién se creía? Aquel pensamiento rondaba su mente mientras conducía, el rugido del motor del Audi mezclándose con la música vibrante que salía de la radio. Llegó a casa, la fragancia a jazmín del jardín la recibió con una dulzura que contrastaba con su amargura. Se tiró en el sofá, sintiendo el contacto suave de la tela aterciopelada contra su piel. Soltó un gran suspiro, el aire escapando de sus pulmones con un sonido quebrado. Estaba frustrada. Sabía que sus padres adoraban a los Quinn, que aquello era un ataque de celos de su mejor amigo, pero no soportaba haber sido marginada por los dos.

Toda la preparatoria se la pasó pensando que era fea y que por eso nadie se fijaba en ella, muchas veces pensaba que era un poco tosca. Practicaba *soccer*, el olor a hierba recién cortada y el impacto seco del balón contra su pie eran sensaciones familiares. Atletismo, con el sol quemando su piel y el viento silbando en sus oídos mientras corría. Y además era la nadadora estrella de la escuela, el agua fresca envolviendo su cuerpo y la sensación de ingravidez al sumergirse. Había heredado los genes deportistas de su padre y le gustaba, hace mucho tiempo la preparaban para ser medallista olímpica, por supuesto que aquello era tan solo un sueño de sus padres.

Resopló frustrada y subió a cambiarse, las escaleras de madera crujiendo bajo sus pasos. Se dio una ducha, el agua caliente relajando sus músculos tensos. Entró a su vestidor, el olor a lavanda de su perfume favorito inundando el ambiente. Observó los vestidos que le compraba su madre, con sus telas vaporosas y colores brillantes, pero ella siempre pasaba de ellos. Aquella noche estaba decidida hacer algo loco, pero pensaba darle una lección a los Quinn. Sin embargo, pensó que irse tan arreglada la haría ver desesperada.

Tomó un vaquero y un *body* tipo suéter, la mezcla de algodón y lana cálida contra su piel. Se miró en el espejo pensando que podía usar para verse un poco más guapa. Tomó unos botines con un tacón de cuña, sintiendo la firmeza del cuero y el ligero tambaleo al subirse a ellos. Puso todo su empeño para verse hermosa. Aquel plan debía dar resultado, necesitaba darles una lección a aquellos dos.

Bajó corriendo las escaleras, el golpeteo de sus pasos resonando en el pasillo. Se cruzó con

su padre que entraba extenuado de las largas consultas, con el olor a antiséptico impregnando su bata blanca.

—¿A dónde vas? —preguntó su padre, con la voz ronca por el cansancio.

—Prometo llegar antes de las diez —le aseguró ella y le dio un beso, aprovechó el momento para arrebatarle de las manos las llaves del Audi, el metal frío contra su palma.

—Els…

—Adiós, papi…

La chica se despidió y salió con un solo objetivo. Colocó el GPS, la luz azul de la pantalla iluminando su rostro. Rezó para que todo saliera como esperaba.

*****

Estacionó frente al sitio que todos amaban, era un restaurante que colocaban música variada cualquier día y además era normal que todo San Joseph estuviera allí, le había escrito a dos de sus compañeras para verse ahí. El bullicio de la gente, la música con su ritmo contagioso, y el aroma a comida creaban una atmósfera vibrante.

Ally y Ann la saludaron al verla entrar, las dos chicas se miraron asombradas ya que Ellen muy pocas veces frecuentaba el lugar sin Alex, pero también nunca se esmeraba para verse tan bien como lo hacía esa noche.

—Al fin… —murmuró Ellen—. ¿Me recuerdan por qué no manejo?

—Porque eres una miedosa —apostilló Ally… su voz aguda contrastando con el tono grave de Ann.

—Entonces, me uno al club de Els —aseguró Ann—. Viajar de Malibú al centro es una tortura.

Els sonrió en agradecimiento, sintiendo el calor de la amistad en medio de la tormenta.

—A ver, Els, las dos leímos tu mensaje y todavía no logramos entender lo que necesitas —comentó Ally—. Todo es un poco confuso y necesitamos saber lo que tu cabecita loca desea hacer.

Ellen exhaló cansada y les relató todo lo que había descubierto aquella tarde. Las chicas que eran admiradoras de Connor no podían creérselo, pero todo comenzada a cobrar sentido, el chico siempre la protegió, iba a sus competencias, era su más grande fan, todos llegaron a pensar que la cuidaba como una hermana menor, pero ahora se daban cuenta de que los chicos podían enviar señales muy confusas.

—No puedo creerlo… —musitó Ann y le dio un codazo a Ally que a su vez dirigió la mirada hacía la puerta, Els estaba mirando su móvil por lo que no percibió nada—. Es tu momento, Ellen.

Levantó la mirada e hizo una mueca, no sabía a qué se referían. Giró su rostro y allí estaba el chico que robaba sus suspiros y que entraba en sus sueños. Connor, con su cabello castaño y sus

ojos color avellana, estaba junto a varios de sus amigos. Lo siguió hasta que se sentaron, el tintineo de los vasos y el murmullo de las conversaciones creando una banda sonora de fondo. Aquel era el momento perfecto. Se quitó su cazadora de cuero y nerviosa les preguntó:

—¿Me veo bien?

—Estás preciosa —respondieron al unísono, sus voces llenas de admiración.

—Espero que lo que estés pensando, sea bueno…

—Eso espero.

Sacó su polvo y se miró en el espejo, la superficie fría reflejando su rostro. Retocó su brillo labial, sintiendo el cosquilleo en sus labios. Se enfundó en un valor que muchas veces perdía. Uno de los amigos de Connor le escribía seguido, sabía que le llamaba la atención, pero ahora sabía que no la invitaba a salir por miedo a la reacción de este.

Nunca había deseado hacerle daño a nadie, pero aquel descabellado plan de invitar a un chico que era mucho mayor y llevaba fuera de San Joseph dos años, era su única salida. Se levantó, sintiendo todas las miradas sobre ella. Realmente se había esmerado en verse bien y todos lo reconocieron, pero aquella dulce chica se vería bien con cualquier cosa.

George al fijarse que iba hacia ellos, se puso muy nervioso, ya que le había ocultado a Connor que mantenía contacto con ella.

—Hola, chicos…

Capítulo 3

Connor se tensó al escuchar la voz de su dulce Els, una voz que le recordaba a la melodía de un piano, pero se dio cuenta de que lo estaba ignorando y centrando toda su atención en George. Algo que lo enervó, sintió un calor repentino en su pecho, le echó un vistazo a su amigo. Los últimos meses se había convertido en una mujer, su figura esbelta y sus curvas delicadas eran muy hermosas. Ya no era la chiquilla de ojos verdes, ojos que brillaban como esmeraldas, que lo observaba a los lejos y él a ella, porque la amaba hasta disfrazada de tomate, el rojo intenso del disfraz contrastaba con la palidez de su piel, recordó aquel Halloween y sonrió. Una sonrisa que iluminó su rostro y dejó al descubierto sus dientes blancos y perfectos.

—George —llamó al chico con una sonrisa.

—Hola, Els —la saludó nervioso por la mirada de rabia que le dirigía su amigo, una mirada que le helaba la sangre.

—¿Puedes hablar un momento? —preguntó ella, su voz suave pero firme.

La poca paciencia de Connor se esfumó al sentirse ignorado por ella, un nudo se formó en su garganta, tomó su muñeca, sintiendo la suavidad de su piel bajo sus dedos, y le dijo de manera sarcástica:

—Hola, Ellen, aquí estoy…

La chica lo fulminó con la mirada —una mirada que lanzaba dardos—, y centró de nuevo toda su atención en George, que cerró los ojos, imaginando el tacto de sus labios, sabía que su amigo la quería, pero él también.

—Sí, vamos afuera un momento —le dijo aceptando.

Sabía que había firmado su sentencia de muerte, un escalofrío recorrió su espalda, pero comenzaba a importarle muy poco lo que pensara su amigo.

Al salir creía que todo lo que había planeado era una locura, el aire fresco de la noche le despejó la mente, no deseaba hacerle daño a Connor, tal vez darle una lección. No podía creer todo lo que había hecho.

—George, sé que lo que voy a pedirte es una locura, pero…

No logró terminar la frase cuando una mano la tomó fuerte de su muñeca (sintió la presión de sus dedos sobre su piel) y la jaló para caminar. George movió su cabeza negando y ella se chocó con la espalda de su dolor de cabeza, el impacto la dejó sin aliento.

—¡Connor! —chilló molesta.

—Camina, Ellen… —le ordenó molesto, su voz resonaba con autoridad.

Ella se detuvo y se dio cuenta de que él llevaba sus cosas, el peso de la mochila le recordaba su presencia, debía poner un alto aquello.

—¡No eres mi papá, Connor! —le gritó—. Así que suéltame y déjame en paz.

Se detuvo de golpe y no supo que responderle a la chica, tenía razón, no era su papá,

tampoco su hermano mayor y menos su novio. Aquello era una locura, estaba en la universidad y por muchas bocas que besara, saboreando diferentes labios, diferentes texturas, pieles que acariciara sintiendo la suavidad, la tersura, la calidez, nunca serían su dulce y pequeña Ellen.

—Els…

—Connor tienes que parar —le pidió—. Lo sé todo…

Agachó su cabeza y la chica aprovechó para quedar frente a él, el aroma de su perfume, una mezcla de flores y frutas, lo embriagó, tomó su mentón para que la mirara. Los ojos azules de él la observaban avergonzado, un azul profundo como el océano, sabía que había metido la pata por mucho tiempo.

—¿Qué es lo que sabes? —inquirió asustado, su voz temblaba ligeramente.

—Sé que alejas a todos, que le prohíbes que salgan conmigo y que sientes algo por mí, pero le prometiste a Alex…

—Que nunca me acercaría a ti —la interrumpió, las palabras salieron de su boca como un torrente.

—Connor… —susurró su nombre con tristeza, un susurro que se perdió en el viento.

Aquella imperiosa necesidad que se había contenido por años, tomó el control de todo y no aguantó más. Se estampó contra sus labios, sintió la suavidad de sus labios, el calor de su aliento, olvidándose de aquella promesa y tomando el control de sus sentimientos.

Ella por su parte creía que iba a morirse, nunca se había sentido mareada, el mundo giraba a su alrededor, los labios mullidos de él la besaban con maestría, un beso que la transportaba a otro mundo, cerró los ojos dejándose llevar y lo supo, aquellas mariposas parecían un millón de pterodáctilos volando en su estómago, una sensación de cosquilleo y vértigo, las piernas le fallaron. Aquello era algo nuevo, su mundo se pintó de colores vibrantes e intensos y podía escuchar las más hermosas sinfonías. Melodías que llenaban su alma.

Connor no podía creer que se estaba perdiendo de eso por tanto tiempo, cada segundo era una eternidad, sin pensarlo rompió el beso y la arrastró hasta su cuatro por cuatro, el rugido del motor resonaba en la noche, necesitaba llevársela lejos y poder seguir probando sus labios.

—Vine en el auto de papá —le avisó ella.

Se detuvo y pasó desesperado la mano libre por su cabellera, sintiendo la textura suave de su cabello. Suspiró y se giró, necesitaba que ella estuviera a su lado.

—Sígueme —le pidió con una sonrisa.

La acompañó al auto y luego subió al suyo, el olor a cuero del interior lo envolvió, manejó hasta muy cerca de sus casas. A una de las playas públicas, al estacionar, el sonido de las olas rompiendo en la orilla, sabía que había llegado el momento. No había marcha atrás, la quería desde que era un crío y había esperado mucho tiempo para tenerla, la verdad demasiado tiempo.

Ellen bajó con los nervios a mil, su corazón latía con fuerza, sabía que nunca podría recuperar su corazón si salía roto de esto. Tenía miedo, pero al mismo tiempo deseaba poder

vivir lo que tanto había soñado. Él se acercó a ella y la llevó hasta un claro, la arena fría bajo sus pies, las luces de las casas cercanas iluminaban aquel lugar, era el momento de confesarse. Se sentaron frente al mar, el sonido de las olas era una melodía relajante, aquella noche la luna estaba llena y su reflejo hacía una hermosa *mangata* sobre el agua, un camino de luz plateada que se extendía hasta el horizonte.

—Els, yo…

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó con rabia, su voz temblaba de indignación.

Ella sentía que habían perdido el tiempo y al mismo tiempo lo odiaba, pues le había arruinado vivir las experiencias normales de una chica de su edad.

—Porque no deseaba que otro te tocara, siempre te he querido —contestó seguro—. Alex cree que puedo hacerte daño, pero la verdad creo que solo tiene miedo de perderte.

—Nunca lo hará…

—Ellen, ese beso ha sido el más increíble de mi vida.

Ella resopló, un suspiro cargado de frustración.

—No puedo decir lo mismo, tú eres el primer chico que me ha besado.

Connor cerró los ojos, imaginando su rostro, sus labios, su cuerpo.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que no tengo el derecho de lo que hice, pero también era mi manera de protegerte, te quiero demasiado y nadie es bueno para ti, ni siquiera yo… —Suspiró cansado—. Els, no puedo hacerte daño y no voy a engañarte, que tu padre no va a permitirlo, ellos creen que no soy bueno para nadie, así vaya a Harvard o me graduara con honores, nadie puede ser bueno para su dulce niña.

—No lo creo así…

—Todos lo creen, por eso Alex me prohibió acercarme a ti…

—Nadie puede prohibirte acercarte a mí, lo siento, pero creo que más que hacerme un bien, los dos me han hecho un daño terrible y no se los agradezco para nada, he estado enamorada de ti desde siempre y él lo sabe por más que trate de ocultarlo, pero los decidieron por mí y eso no está bien.

—Ellen —musitó arrepentido, con un nudo en la garganta.

—Invitaré a George al baile de invierno…

Aquellas palabras resultaron ser un balde de agua fría para el chico, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, ella se levantó y se sacudió la arena.

—Debiste pensar en mí antes de hacer todo lo que hiciste. —Ella trató de no llorar—. Gracias por cumplir mi sueño de ser mi primer beso.

Salió del lugar para al auto, el sonido de sus pasos se perdía en la distancia y manejó solo unos kilómetros hasta llegar a su casa, las luces de la ciudad brillaban como estrellas, sus padres

y hermano estaban en el salón, el sonido de sus risas llegaba hasta la entrada, pero subió corriendo las escaleras, cada escalón crujía bajo su peso tratando de escapar de la planificación de las fiestas. Se lanzó en su cama, sintiendo la suavidad de las sábanas, y lloró, lágrimas calientes que corrían por sus mejillas, siempre imaginó que su primer beso sería diferente, fue perfectamente imperfecto.

Sabía que no podría escapar de Connor, porque desde que se fue a Boston —la ciudad fría y distante—, no lo podía olvidar. Se había llevado su corazón con él y se había quedado pensando en él. Odiaba las fiestas, ya que siempre las celebraban junto a los Quinn. El bullicio, la música, las risas, todo le recordaba a él.

La familia por elección y no de sangre, pero eso eran ellos para sus padres. Escuchó a Taylor Swift, las notas melancólicas de la guitarra hasta quedarse dormida, el sueño la envolvió como un manto cálido, solo tenía un pensamiento en su cabeza:

No dejaría que los hermanos Quinn decidieran por ella nunca más.

Capítulo 4

Ellen lloró toda la noche, sintiendo las lágrimas calientes deslizarse por sus mejillas, el sabor salado en sus labios, y al despertar se encontraba fatal, lo demostraba su rostro hinchado y enrojecido y estaba hecha trizas. Enterarse que el chico que siempre amó también lo hacía, pero el miedo lo detenía le dolía como una punzada en el pecho y estaba pensando que nada podía salir peor.

Él fue su primer beso, que aún sentía en sus labios, suave y cálido. Y todas esas sensaciones que imaginó, el cosquilleo en el estómago, el vértigo, la explosión de colores, fueron las mismas que sintió, pero aquello era todo menos real, sabía que Connor volvería a Boston, la ciudad fría y distante, como un eco en su memoria y que nada sería igual. Hizo lo que pudo y se arregló para ir a clases. El claxon de su mejor amigo sonó, un sonido estridente que la sacó de sus pensamientos, pero ella salió y le demostró lo molesta que estaba con él al subir a su propio auto, el portazo resonó como un trueno.

Alex no podía creer que su mejor amiga estuviera haciendo eso y que sobre todo pasara de él de esa manera. Respiró profundo, aspirando el aire fresco de la mañana, y la siguió de cerca, sabía que estaba enamorada de su hermano y que este poseía sentimientos por ella, pero la verdad era que no quería perderla si todo salía mal entre ellos, porque sabía que su hermano mayor era inestable, que no era lo que su amiga necesitaba. Estacionaron, el chirrido de los neumáticos al frenar y ella bajó tirando la puerta, otro portazo, otro trueno, no podía creer que no se hablaban.

—Els —la llamó su voz sonaba apagada, llena de preocupación y ella se hizo que no escuchó.

Ann y Ally observaron todo boquiabiertas, no podía creerlo ya que ellos parecían estar pegados con cola como dos imanes inseparables y que estuvieran de esa manera las sorprendían. Ellen se acercó a ellas, sus pasos resonaban en el pasillo y con la mirada les pidió que no hicieran ninguna pregunta, que necesitaba un momento para poder comprender tanto a su mejor amigo como al chico que quería.

Ellen llevaba una hora nadando, sintiendo el agua fresca acariciar su piel, el ritmo de sus brazadas, el sonido de su respiración, estaba concentrada en el ritmo que llevaba, como sus brazos eran acariciados por el agua en cada brazada. Al llegar a la meta, jadeando, con el corazón latiendo con fuerza, lo vio y supo que no podría escaparse. Alex la miraba con ojitos del gatito de Sherk, suplicantes, llenos de arrepentimiento y ella a esos fanales azules, de un color profundo que la hipnotizaba, muy pocas veces le podía negar algo.

Salió de la piscina, el agua goteaba de su cuerpo, dejando un charco a sus pies y él la tapó con la toalla, la textura suave y esponjosa la reconfortó, aunque todo estaba climatizado su cuerpo tembló.

—Hola —murmuró bajito Alex, su voz era un susurro.

—Hola…

Exhaló cansado, el aire salió de sus pulmones con un silbido y él sonrió triste.

—Ellen, yo…

—Nunca debiste pedirle eso a Connor.

—Pero…

—No hay peros, Alex, eres mi mejor amigo y te amo más que a nada en este mundo, pero no tienes derecho a decidir sobre mí, no puedes hacerme eso y tampoco Connor, decidir si puedo salir con alguien es mi derecho y no el de ustedes, me fastidiaron mi adolescencia.

—Lo siento… —Su voz se quebró.

—Sé que lo sientes, por eso estoy conversando contigo y estoy tratando de averiguar qué es lo que ocurre, pero no puedo aceptar que algo así pueda suceder de nuevo.

Se acercaron y se sentaron en las gradas, el frío metal bajo sus piernas, el ventanal les daba una vista de centro del instituto. Era uno de los más prestigiosos del país y tenían alumnos destacados.

—Creo que, si todo sale mal con él, puedo perderte.

Al decir esas palabras en alto se creyó estúpido, pero ella era capaz de entenderlo. Desde hace más de un año, él era novio de Liza, lo que los había llevado a pasar tiempo separados, pero lo entendía y no podía negar que se sentía celosa muchas veces. Los dos suspiraron, el sonido se fundió en el aire y se miraron, esbozaron una sonrisa triste.

—Él me besó —confesó triste—, el recuerdo del beso la hizo estremecer, todo lo que imaginé sucedió y nunca mi mundo se pintó tan lindo como anoche, los colores vibrantes aún danzaban en su memoria, pero al mismo tiempo me dio mucha rabia.

—Els…

—Me siento furiosa con él por ser un cobarde y no demostrarme lo que siente, me siento furiosa contigo por cuidarme y al mismo tiempo hacerme daño, no sabes la cantidad de sentimientos que poseo en este momento.

—No sé cómo lograr que me perdones —murmuró arrepentido.

—Siempre voy a perdonarte, pero en realidad estoy molesta conmigo misma por creer que era fea y que nadie podría mirarme.

—Connor desea hablar contigo, me lo pidió y le aseguré que intentaría convencerte.

—No, la verdad es que pensaba salir con George para molestarlo y demostrarle que si puedo salir con quién yo desee, pero en realidad me parece una idiotez y que debo concentrarme en las competencias y ya.

—Ellen…

—No deseo escuchar nada más, te pido que no vuelvas a meterte en mi vida amorosa. Mírate, llevas un año con Liza. —Su nombre resonó en el aire como una melodía dulce—. Nunca me he inmiscuido, aunque muchas veces me he sentido relegada, pero es tu novia y por más que yo sea tu amiga, lo entiendo.

—He sido un idiota.

—Uno muy grande y espero que de ahora en adelante lo veas, que no siempre voy hacer lo que quieras.

Alex exhaló cansado.

—Tengo que ir por Liza, pero prometo verte esta noche.

—Vale, daré unas brazadas más. —El agua la esperaba, con su abrazo fresco y liberador—. Y me iré a casa.

Alex tomó la mano de su mejor amiga, sintió la calidez de su piel, la suavidad de su tacto, y con su rostro le dijo lo arrepentido que estaba por todo lo que hizo. Se despidieron, un adiós silencioso, cargado de emociones y ella se lanzó al agua. El sonido del chapuzón rompió el silencio, esperando que todo fluyera, dejando ir todos sus sentimientos, para centrarse en sus objetivos.

Capítulo 5

Connor había vuelto a Boston. El viento frío de la ciudad le azotaba el rostro, el bullicio de la gente le aturdía los oídos. Había ganado el juego de fútbol. El griterío de la multitud aún resonaba en sus oídos, la adrenalina aún corría por sus venas. Era el nuevo mariscal de campo de una de las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos. Estaba enfocado en sus estudios, con los libros de texto abiertos sobre su escritorio, el olor a tinta y papel impregnando el ambiente. Pero por las noches no dejaba de recordar el beso entre él y Ellen. Un beso que le quemaba los labios, un beso que le hacía revivir el sabor dulce de su boca, el aroma a vainilla de su piel.

Dejó de salir. Las fiestas, la música atronadora, las risas vacías, todo le parecía insípido. Contaba los días para regresar a Los Ángeles, anhelaba el sol de California, el olor a mar, la cercanía de Ellen. Necesitaba de verdad explicarle sus sentimientos. Observó las fotos que tenía de ella: su sonrisa radiante, sus ojos verdes brillantes, su cabello castaño ondeando al viento. Y la última que le había enviado su hermano, una foto donde Ellen alzaba la medalla de oro, con el agua de la piscina aun goteando sobre su cuerpo, una sonrisa victoriosa iluminando su rostro. Había ganado el torneo que la llevaría a la competencia estadal de natación y estaba preparándose para los nacionales. No podía sentirse más orgulloso de ella, de verdad creía que era perfecta y lo demostraba con cada logro.

Cerró sus ojos, imaginando el rostro de Ellen, su voz suave, su risa contagiosa, y se quedó dormido, arrullado por el silencio de la noche. Quedaban dos días y podría volar a casa a ver a su dulce Ellen.

*****

Había llegado el día más intenso en la vida estudiantil de Ellen, el día que había esperado con ansias, el día que marcaría su futuro. Además, ese sería su pase directo para cualquier universidad, sabía que de ello dependía todo. Las eliminatorias estadales de natación.

Nadaba desde que tenía dos meses de edad. El agua era su segundo hogar, el cloro su perfume, el chapoteo su música. Sus padres creían que eso fortalecería el sistema inmunológico de la chica y la ayudaría a tener una vida feliz. Habían decidido solo tener un hijo, no tenían tiempo para más, pero aquel pequeño iba a ser amado y cuidado, pero las vidas les cambió cuando Edward, con sus risas traviesas, sus ojos azules llenos de curiosidad, llegó hace seis años como un regalo de Navidad.

Juntos observaban como su pequeña, con su bañador azul, su gorro de natación, sus gafas empañadas, estaba luchando por su sueño. Ahí estaba en la carrera de su vida, los cuatrocientos metros en estilo libre. El agua cristalina de la piscina, las gradas llenas de gente, el murmullo de la multitud la rodeaban. Estaba compitiendo con las mejores chicas de toda California. Se escuchó el pito de salida, un sonido agudo que la hizo saltar al agua. Fue la última en emerger, sintiendo el agua fría envolver su cuerpo, el impulso de sus brazadas, la velocidad que la

impulsaba hacia adelante, pero había logrado la distancia considerable para ser una de las primeras.

Connor, escondido entre la multitud, con el corazón latiéndole con fuerza, estaba ahí para mirarla cumplir sus sueños. Sonreía, con una sonrisa llena de orgullo y admiración, cuando en la última vuelta, con un último esfuerzo, con la respiración agitada, con los músculos ardiendo, la chica remató hasta convertirse en la ganadora. El griterío de la multitud la envolvió, el flash de las cámaras la cegó, la medalla de oro brillaba en su pecho. Estaba de racha pues en el estilo mariposa también había obtenido la medalla de oro. Otra victoria, otra medalla, otro sueño cumplido. Eso la estaba catapultando a las nacionales, lo que significaba que estaba a un paso más cerca de su gran sueño: clasificar a las olimpiadas.

Connor estaba feliz, porque ella era su primer pensamiento al despertar, su imagen aparecía en su mente como un rayo de sol, y el último al irse a dormir, su recuerdo lo arrullaba como una canción de cuna. Pero aquella chica era la única que podía robarle el sueño. Suspiró, sintiendo un vacío en el pecho. Nunca pensó sentirse tan solo a pesar que tenía compañía, porque Ellen no era su novia, solo era su amiga, por eso muchas veces se sentía frustrado. La vio subir al podio, con la cabeza en alto, con la mirada llena de felicidad, y sonrió.

—Ellen es única —murmuró Alex.

—Lo es, por eso necesito que mantengas en silencio esto…

—Debería saber que estás aquí. —Alex no estaba de acuerdo con la decisión de su hermano.

—Ella no desea saber de mí…

—Ellen te ama desde que tiene doce años y por más que quiso ocultármelo, siempre lo supe. Eres el príncipe azul que siempre soñó.

—De príncipe no tengo nada…

—Mira… —Alex señaló el momento exacto en el cual un nadador, alto, musculoso, con una sonrisa encantadora, se acercó a Ellen.

En ese preciso instante, Connor se llenó de celos, un fuego que le quemaba por dentro, y pensó que lo mismo debía sentir ella cuando lo veía con otra chica. La verdad se sentía como la peor persona de este mundo.

—Vamos —le ordenó a Alex.

—¿Quién será? —indagó curioso su hermano.

—Ya tú me dirás, creo que en algún momento iba a perderla y creo que llegó el mío.

Alex se detuvo detrás de su hermano, nunca había sido una persona tan pesimista y aquella actitud lo sorprendía realmente.

—Connor tengo una vida conociéndote y algo que no eres es un perdedor. Ellen te ama, pero los tres cometimos errores, así que es el momento de enfrentar lo que hicimos y que las cosas salgan bien.

—¿Crees lo que estás diciendo?

—¿Cuál parte?

—¿Qué ella me ama? —inquirió con esperanza.

—Te ama y lo sé…

Connor nunca había bajado la guardia, pero ahora que demostraba sus sentimientos le estaba tocando perder. Creyó que fue ingenuo al creer que, al contarle la verdad de todo, ella correría a sus brazos. Ellen era la única chica que era inmune a sus encantos.

*****

Ellen estaba disfrutando del último día de clases antes de las vacaciones de invierno. El ambiente festivo la contagiaba, las luces de Navidad brillaban en los pasillos, villancicos sonaban en los altavoces. Sus padres darían el fin de semana su acostumbrada fiesta de Navidad: la casa llena de gente, el olor a pino y canela, la música navideña inundando cada rincón. Estaba súper emocionada, se había enfocado a conseguir sus objetivos y ganó la competencia interestatal. La medalla de oro colgaba de su cuello, un recordatorio de su triunfo. Aquel festejo sus padres lo usarían de excusa para presumir lo orgullosos que se encontraban de ella. La verdad es que estaba al mismo tiempo nerviosa, sabía que Connor estaría, su imagen la perseguía, su recuerdo la hacía suspirar, y que era inevitable verlo.

No había ido al juego, tampoco invitó a George al baile del invierno. Sin embargo, había conocido a un chico en la competencia, un chico alto, de ojos azules, con una sonrisa tímida, y lo había invitado a ser su pareja mañana. Se estaba arriesgando a vivir, su mejor amigo seguiría siendo su mejor amigo, pasara lo que pasara siempre iba a quererlo, por eso lo perdonó y entendió su punto, sabía que tenía razón: si las cosas no resultaban con Connor y ella, todo sería diferente en su casa.

Perdió su mirada en la ventana y al fijarse en el estacionamiento, el asfalto gris, los coches aparcados en fila, toda su tranquilidad se esfumó. Ahí estaba él parado, con su chaqueta de cuero, sus vaqueros desgastados, su cabello castaño alborotado por el viento, mirando el lugar como si nunca se hubiera ido. Muchas veces se preguntaba como lo lograba, ser guapo, ser todo lo que ella siempre había deseado y al mismo tiempo sentirlo tan inalcanzable.

Levantó su mano, sintiendo el temblor en sus dedos, y la profesora la observó.

—Señorita Perri…

—¿Puedo ir al baño? —preguntó, su voz temblaba ligeramente.

—Sí.

Le firmó el pase, el bolígrafo raspando el papel, y ella lo tomó. Alex la observó extrañado, pero siguió copiando la clase. Sin pensarlo salió, el pasillo estaba vacío, el silencio la envolvía, y se acercó decidida a hablar con él.

—Connor —lo llamó, su voz sonó más fuerte de lo que esperaba.

Él dibujó una sonrisa, una sonrisa que iluminó su rostro, una sonrisa que le robó el aliento,

que le hizo temblar las piernas y al mismo tiempo provocó que todas esas mariposas volaran haciendo estragos en su estómago.

—Ellen…

Se acercó a recibirla, sintiendo el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume, y observó su reloj. Sabía que la chica podría meterse en problemas por su culpa.

—¿Qué haces aquí? —inquirió ella.

—Vine por ti.

La tomó de la cintura, sintiendo la suavidad de su piel bajo sus dedos, y la besó en los labios. Un beso dulce, un beso tímido, un beso que la hizo cerrar los ojos y perderse en el momento. Un beso dulce de esos que das tímidamente, pero que se alargan si la pasión se desata.

—Vuelve a clase…

—Connor…

—Vuelve a clases que aquí estaré…

Hizo lo que le pidió, sus pasos resonaban en el pasillo, su corazón latía con fuerza, y estuvo la última media hora desconcentrada. La voz del profesor le llegaba como un murmullo lejano. Al sonar el timbre, un sonido agudo que la liberó de su encierro, salió corriendo. Ni siquiera esperó a Alex. Ya todos estaban alrededor de él, las voces se mezclaban, las preguntas la aturdían, preguntándole sobre Harvard, pero al verla se abrió paso buscándola, para irse y subirse en el auto. El olor a cuero del interior, la música suave de la radio, la cercanía de Connor la envolvían. Ellen temblaba, aunque no tenía frío, estaba nerviosa. No sabía qué era lo que le sucedía cada vez que estaba cerca de él.

—¿Lista?

—No —confesó.

—No tengas miedo, solo necesito que me escuches y explicarte todo.

—Connor…

—Por favor, Ellen, si después de hoy no deseas saber nada más de mí, lo entiendo, pero necesito que me escuches.

Su corazón saltó al reconocer el camino. Iban a su lugar favorito de toda la ciudad. El camino sinuoso que conducía a la cima de la montaña, las luces de la ciudad brillando a lo lejos. Además, era uno de los más hermosos. El observatorio Griffin, el edificio imponente, las cúpulas plateadas, el telescopio apuntando al cielo estrellado. Siempre había soñado con tener una escena tipo *La La Land,* bailar bajo las estrellas, con la ciudad a sus pies, con Connor a su lado. Al estacionar, el silencio de la noche los envolvió. Bajaron en silencio y caminaron hasta el mirador, la brisa fresca les acariciaba el rostro, el cielo estrellado se extendía sobre sus cabezas. Los dos se sentaron, el banco de madera frío bajo sus cuerpos, con miedo a decir algo que los separara.

Ella suspiró.

—Els…

—Connor…

Sonrieron cuando los dos se hablaron al mismo tiempo. Él acercó su mano, sintió la calidez de su piel, la suavidad de su tacto, y acarició su mejilla.

—Eres preciosa…

Ella creyó que toda la sangre se le fue a la cabeza, su rostro ardía, su corazón latía con fuerza, cuando le musitó esas dos palabras.

—Te escucho —le dijo.

—Els, yo… —Respiró hondo, nervioso—. No sabes lo mucho que me importas, te quiero, Ellen. —Ella escondió su mirada—. Soy mayor que tú, te llevo dos años y siempre me han dicho que no debería ni mirarte.

—No entiendo la razón.

Connor delineó una sonrisa triste en su rostro.

—Sería incómodo para todos, si nosotros tenemos algo y llegara a salir mal.

—¿Por qué tiene que salir mal?

—No lo sé, pero lo único de lo que estoy seguro es que, por más que quiera sacarte de mi mente, no puedo. Y te aseguro que no soy un santo, pero me gustas mucho y no tengo la culpa de enamorarme de la mejor amiga de mi hermanito. Suena tan cliché, pero es lo que estoy viviendo.

—Yo también estoy enamorada de ti, pero no puedo seguir queriéndote y que no suceda nada, no es sano, la verdad es que no lo es.

—Els…

—Connor, lo siento…

—Solo te pido me des una oportunidad —le rogó con voz desesperada.

Ellen soltó un suspiro. No podía hacerle eso a Oliver, necesitaba hacer las cosas bien por una vez en su vida y sabía que todo lo que estaba haciendo estaba mal.

—Lo siento, pero no puedo.

—Els…

—Amigo, creo que es lo mejor para todos, así no tenemos miedo de lo que pueda suceder más adelante. Si después nuestros caminos vuelven a juntarse y deseas lo mismo, sigues pensando que me quieres y yo igual, creo que podemos intentarlo.

Connor cabeceó negando.

—No puedo aceptarlo…

—Llévame a casa —le pidió ella tratando de acabar con aquella tortura.

Connor aceptó por ese instante. El camino de vuelta se hizo eterno, el silencio en el coche era insoportable. Se estaba negando a resignarse, tenía quince días para ganarse su confianza y demostrarle que ya no tenía miedo a nada de lo que pudiera suceder.

Capítulo 6

La familia Perri se caracterizaba por dar las mejores fiestas de Navidad de todo el estado. La música resonaba por toda la casa, una mezcla de villancicos clásicos y melodías modernas. El aroma a pino, canela y jengibre flotaba en el aire, creando una atmósfera cálida y acogedora. Además, los doctores contaban con una agenda muy grande, eran exitosos, todos deseaban ser sus pacientes.

Sin embargo, la fiesta de Navidad era una de las más esperadas por todos. Todos los años la decoradora de la doctora Perri lograba captar lo que ella quería transmitir en los temas y la decoración de la casa. Aquel año todo era en colores blanco y dorado, las luces centelleaban como pequeñas estrellas, los adornos brillaban con un resplandor mágico, hasta el pino artificial, con sus ramas nevadas y sus adornos delicados, resplandecía con elegancia.

Siempre combinaba lo más vanguardista con elementos tradicionales, tales como el muérdago. Sus hojas verdes y sus bayas blancas colgaban del techo, como un símbolo de amor y buena fortuna. Daniel y Eloise iniciaron su relación bajo aquella tradición. Habían ido a una fiesta en una fraternidad cuando uno de sus amigos los juntó para que se dieran el beso, un beso tímido, un beso inocente, un beso que selló su destino. Aquel selló el amor entre los dos y nació su pequeña familia. Eloise creía que esos momentos eran los que más apreciabas en las fiestas.

Ellen estaba tomándoles unas fotos junto a sus padres bajo la rama de muérdago. Parecían dos adolescentes enamorados, sus risas llenaban la habitación, sus miradas brillaban con complicidad, y sonrió, no podía creerlo, aquello parecía mentira. El timbre sonó, un sonido agudo que anunció la llegada de los invitados, y todos los integrantes de la familia Quinn entraron. El sonido de sus voces, sus risas, sus pasos llenaron la casa de alegría.

Penelope y Leonard eran amigos de ellos, habían ido a la misma universidad y se conocieron en una reunión exalumnos. Nunca se imaginaron que su pequeño Alex podría convertirse en el cómplice de la hija de sus amigos. Desde que los niños mostraron su amistad, una amistad que nació en el jardín de infancia, entre juegos y risas, la de ellos se fortaleció un poco más y siempre hacían actividades en conjunto.

La chica se le olvidó como era respirar cuando lo vio entrar. Connor llevaba un traje como el código de vestimenta lo pedía. Una americana blanca, impoluta, con un corte perfecto, una camisa de color negro de seda, suave al tacto, y el pantalón del mismo color. Sus zapatos de charol brillaban con la luz. Llevaba todo su cabello peinado hacia atrás, resaltando sus facciones perfectas, sus ojos azules intensos. Cualquiera pensaría que era un chico de una agencia de modelos, perfecto y hermoso. Y se dio cuenta de que estaba enamorada de él, su corazón latía con fuerza, sus mejillas ardían, nunca vería con los mismos ojos a otra persona.

Se abrazaron y se saludaron. Cuando llegó el turno de hacerlo con él, le dio un abrazo que le removió el piso. Sintió el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume, la fuerza de sus brazos. Alex la esperaba al final y le sonrió.

—¿Todo bien? —le preguntó preocupado.

—Todo…

Primero cenarían con ellos en el comedor, con la mesa impecablemente decorada, la vajilla de porcelana, las copas de cristal, antes de que los demás invitados llegaran, era casi que una tradición. Pasaban la Nochebuena juntos y después de terminar la fiesta, iban a la casa de los Quinn a abrir los regalos.

Connor no dejaba de mirarla, porque la verdad era que Ellen con el paso del tiempo fue dejando atrás al patito feo hasta convertirse en un hermoso cisne. Su vestido rojo resaltaba su figura esbelta, sus ojos verdes brillaban con intensidad, su sonrisa iluminaba la habitación. Y estaba claro que la chica podría encontrar a cualquier otro chico que no tuviera miedo de perderla y sobre todo que luchara por ella. Había resuelto que debía conquistarla esa noche, para así matar dos pájaros de un solo tiro: conseguirla a ella y hablar con su padre de que estaba enamorado de su pequeña princesa. No sabía que más le daba temor hacer, pero estaba seguro que Ellen Marie Perri, no se la pondría fácil, porque era el dolor lo que hablaba cuando intentaba acercarse a ella.

*****

Ellen estaba disfrutando de la noche junto a Oliver, bailando al ritmo de la música, riendo con sus amigos, sintiendo la felicidad burbujear en su interior. Sus padres estaban maravillados con el chico. De verdad se sentía a gusto a su lado, pero sintió que iba a morirse cuando la llamaron para tomarse una foto con la familia Quinn. Le sonrió a su acompañante y se disculpó:

—Lo siento debo ir…

—No te preocupes. —Le dio un beso en la mejilla en forma de despedida.

Connor estaba molesto, no soportaba mirarla con otro, se sentía como un idiota, había sido un tonto. Se acercó a Eloise con el corazón latiéndole con fuerza, con la esperanza brillando en sus ojos, y le pidió que la foto fuera tomada bajo el muérdago. Estaba decido. Ella se quedó mirándolo con una sonrisa cómplice y él con sus ojos le confesó todo.

—Está bien…

—Gracias, Eloise… —La besó en la mejilla en forma de agradecimiento.

Si aquello no funcionaba, no sabía que más podría hacer. Pensó que nada le dio miedo en su vida, solo perderla a ella y ahí estaba tratando de luchar por lo que más deseaba en el mundo.

—Vamos al muérdago —pidió Eloise—, vamos…

La chica aceptó. La madre había entendido y soñaba que su hija se uniera a uno de los chicos de sus grandes amigos. Hace mucho tiempo se dio cuenta de que su hija sentía algo por Connor, pero los dos tenían demasiado miedo de expresar sus sentimientos. Siempre los dirigía, para que la foto saliera perfecta, por eso hizo lo que necesitaba, los fue colocando estratégicamente hasta que los dos quedaron justo debajo del arreglo. Le guiñó el ojo al chico, que tomó la indirecta y subió su mirada.

—Els… —la llamó.

—*Ajam*…

—Mira… —Le señaló que estaban justo debajo del muérdago, con sus hojas verdes y sus bayas blancas, un símbolo de amor y destino, y que era el momento perfecto.

—Connor, no puedo…

—Una tradición es una tradición —aseguró jugándose todas las armas que tenía.

—Mis padres y Oliver… —Trató ella de detenerlo.

Él tenía una sola misión: recuperar a la chica de sus sueños. Decidido la tomó por la cintura para pegarla de su cuerpo, sintió la suavidad de su piel, el calor que emanaba de ella, acarició su rostro con delicadeza, con ternura, y la besó. Un beso que la tomó por sorpresa, un beso que la hizo olvidar todo a su alrededor. Escuchó como todos se sorprendían por lo que estaba pasando. Al principio sintió como luchaba contra sus propios sentimientos, pero sabía que era una batalla perdida. Finalmente se rindió en sus brazos, lo asió de las solapas de su traje, sintiendo la textura suave de la tela, y lo atrajo hacia su cuerpo. Su mundo se pintó de colores, colores vibrantes, colores intensos, estaba cerca de encontrarse con el amor de su vida.

Ellen se olvidó de lo que podrían pensar sus padres, su mejor amigo y todos aquellos que pensaban que amar a Connor era una locura. No se imaginaba que su propia madre propició aquel pequeño encuentro. Su cuerpo temblaba de la emoción, sentía que su corazón iba a estallar. Sentía que su vida entera había estado loca por no luchar por lo que deseaba. Al romper la conexión, él pegó su frente a la de ella, sintiendo su respiración, su aroma, su cercanía. A pesar de que llevaba tacones, parecía pequeña a su lado.

—Te amo, Ellen… —murmuró contra sus labios.

—Te amo, Connor —musitó al borde de las lágrimas.

Escuchó aplausos y cuando giraron sus rostros encontraron a Eloise que los observaba feliz. Lo que no sabían todavía ellos y que les faltaba comprender, que para ser felices hay que dejar atrás los miedos, tratar de olvidar los que dirán y simplemente luchar por lo que quieres.

Capítulo 7

Ellen se acercó a Oliver, que la esperaba con una sonrisa triste en los labios, una sonrisa que no alcanzaba a iluminar sus ojos, cansados y enrojecidos. Por un momento se sintió la peor persona de este mundo, un nudo frío se formó en su garganta, pero en el corazón nadie manda y había luchado por muchos años con sus sentimientos. Realmente el chico le caía bien, su risa suave, su mirada amable, se sentía a gusto con su compañía, pero siempre iba a existir el fantasma de Connor, con su sonrisa traviesa, sus ojos azules intensos, su aroma a madera y especias.

Creía que por más que intentara enamorarse de otro, construir una relación y tratar de ser felices, con paseos bajo la luz de la luna, el suave murmullo del mar de fondo, cenas románticas a la luz de las velas, con el aroma de la comida y las risas compartidas, o en un día de campo, con el canto de los pájaros y el sol acariciando su piel, siempre iba a salir aquella pregunta: ¿Y si hubiera? Ella estaba segura de que los "hubiera" no existen, ya que sus padres le habían enseñado a luchar por todo lo que deseaban, por eso no deseaba pasar la página, aunque le dijo eso a Connor en el observatorio, con el viento frío acariciando sus rostros, las estrellas brillando sobre sus cabezas, y el aroma a tierra mojada, sabía que nunca podría hacerlo.

—Oliver…

—No tienes que disculparte, seguiste tu corazón.

—Es que yo…

—Siempre fuiste sincera, me dijiste que había alguien y nunca me imaginé que tanto podías sentir por él, pero puedo darme cuenta de que es amor verdadero… Su voz se quebró, un atisbo de tristeza empañó su mirada.

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla, sintiendo la calidez de su piel, agradecía que de verdad había sido sincera con el chico, pero al mismo tiempo agradecía que el corazón de este era tan noble que era capaz de disculparla.

—Lo siento —se disculpó—, espero seguir siendo amigos.

—Lo seremos, siempre podrás contar conmigo. —La abrazó muy fuerte, transmitiéndole su apoyo, su comprensión, y al separarse salió del lugar, sus pasos resonando en el silencio de la noche.

Unos brazos la envolvieron, sintió el calor familiar, el aroma a madera y especias que tanto amaba, y al darse vuelta se topó con el pecho de Connor, sintió el latido de su corazón, fuerte y constante. Subió su mirada y sonrió al encontrar que sus ojos brillaban, como dos estrellas en la noche, se imaginaba que los de ella hacían chiribitas.

—¿Todo bien? —inquirió él con voz preocupada.

—Todo…

—Ellen, esta noche solo deseo disfrutar que te tengo, pero también necesito hablar contigo, porque me iré de nuevo y siempre estaré volviendo, nunca te dejaré escapar, deseo que seas libre, pero al mismo tiempo, deseo que seas mía…

—Connor…

—Nunca voy a truncar tus sueños, quiero verte brillar, alcanzar tus metas, volar alto, pero encantaría estar en cada uno de ellos, acompañándote, apoyándote, celebrando tus victorias.

La chica lo miró embelesada por sus palabras, palabras que acariciaban su alma, era cierto, debían pensar en el futuro, tenía planes por delante. Ella deseaba ir a una universidad completamente distinta a la de él, pero la distancia no importaba, su amor era más fuerte. Su alegría no se vería opacada por lo que iba a depararles el futuro, sabía que sucediera lo que sucediera, podrían afrontar cualquier obstáculo estando juntos. Se acercó y lo besó, un beso lleno de promesas, un beso que sellaba su destino, deseaba recuperar todo el tiempo perdido, aunque al mismo tiempo pensó que les quedaba una vida por delante, que tenía tiempo de sobra para poder ser felices.

*****

Se escuchaba *Silent Night* cantada por Meghan Trainor, la melodía dulce y suave llenaba la habitación, con el crepitar del fuego de la chimenea de fondo, las llamas danzaban creando sombras en las paredes, el calor del fuego los envolvía, creando una atmósfera cálida e íntima. Ellen estaba sentada en el piso abrazada a Connor, sintiendo la calidez de su cuerpo, el aroma a madera y especias que emanaba de él, no sabía cuántas veces había soñado algo así.

—¿En qué piensas? —preguntó Connor al mismo tiempo que enredaba en sus dedos un mechón de cabello de ella, sintiendo la suavidad sedosa bajo sus dedos.

—Pienso en este momento, parece mentira y creo que estoy soñando, que me voy a despertar y tú me seguirás alejando.

Connor soltó el mechón al mismo tiempo que negaba con su cabeza, en ese preciso momento cambió la canción y *My Kind of Present* comenzó a sonar. El ritmo alegre y festivo los invitaba a bailar. Se levantó de un saltó y comenzó a bailar con ella, sus cuerpos se movían al compás de la música, sus risas llenaban la habitación.

—La canción lo dice, eres todo lo que deseo y me has dado el mejor regalo de Navidad, ni te imaginas lo feliz que soy porque tú estás finalmente conmigo. Eres todo lo que quise, por eso te comenté que debíamos hablar.

—Connor…

—No soy el príncipe azul, creo más bien, soy el príncipe de la película de La princesa y el sapo, porque de verdad creía que era feliz y al irme a Boston me di cuenta de que había perdido todo por miedo a luchar por ti.

—Yo también tuve la culpa…

El chico le robó un beso, un beso rápido, un beso dulce, y al separarse sonrió. Ellen creyó que nunca había visto a alguien tan perfecto como él, se le hacían unos hoyuelos que le daban un aire travieso e irresistible que la hacían perder la cabeza cada vez que sonreía.

—No, creí que los hombres éramos lo que debíamos dar el primer paso y la verdad pensé que podía hacerlo, pero resultaba que tenía mucho miedo. Por dos años fui un cobarde y cuando más te necesité, no estabas.

—Connor… —Ellen se alzó en las puntas de sus pies, acercándose a él, con la mirada llena de amor, y le dio un beso. Un beso lento, un beso profundo, un beso que transmitía todo su amor.

Deseaba transmitirle todo su amor con ese pequeño beso, porque su único deseo era encontrar una persona que la amara y la cuidara. Este año, sin pensarlo, se imaginó miles de veces con él, en la playa, bajo el sol, compartiendo un helado, sintiendo la arena bajo sus pies y el sonido de las olas; en la montaña rusa, gritando de emoción, con el viento en su cabello y la adrenalina recorriendo su cuerpo; en el cine, tomados de la mano, compartiendo palomitas y susurrando secretos. Pero era su más grande y culposo deseo, ya que era el hermano mayor de su mejor amigo y también era su amigo. Al romper la conexión, los dos se dieron cuenta de que estaban de nuevo bajo el muérdago, sus hojas verdes y sus bayas blancas, un símbolo de su amor.

Connor pegó su frente a la de ella, sintiendo su respiración, su aroma, su cercanía, y cerró sus ojos.

—Te amo, Ellen…

—Te amo, Connor…

El primer amor siempre es el que vamos a recordar y ellos acordaron que pasara lo que pasara, siempre se iban a querer. Simplemente sabía que tenían mucho por enfrentar, que la vida nunca era lo que esperaban, que muchas veces los miedos eran los que los alejaban y ahí estaban ellos consolidando su amor en la época más linda del año, rodeados de luces, música y alegría, con el aroma a pino y canela inundando la casa, porque todos los sueños siempre pueden hacerse realidad en Navidad.

Ellos bailaron toda la noche, al ritmo de la música navideña, con el corazón lleno de alegría, pero sintieron que de verdad que su amor era el mejor regalo cuando Meghan cantó *Have Yourself a Merry Little Christmas.* La melodía suave y emotiva los envolvió, creando un momento mágico e inolvidable.

Epílogo

Dos años después

—Connor James Quinn —lo llamó el rector, su voz resonó con solemnidad en el auditorio lleno de gente.

Ellen y todos estallaron en aplausos, un sonido atronador que llenó el espacio, mezclado con silbidos y vítores. Connor se estaba graduando de una de las universidades más prestigiosas del país. Después de un año duro, ya que se había lesionado jugando el dolor punzante en su rodilla aún le recordaba aquel mal trago y su última temporada, después de cuatro años destacando y por poco fue fichado para la NLF, el sueño frustrado, la decepción, la incertidumbre, lo había apoyado con palabras de aliento, con abrazos cálidos, con su presencia constante ya que tomó la decisión de mudarse a Cambridge y estudiar con él en Harvard. Los edificios antiguos, la atmósfera académica, el frío invierno de Massachusetts.

Connor la buscó entre la multitud, un mar de rostros expectantes, al verla sonrió orgulloso, una sonrisa que iluminó su rostro, una sonrisa llena de gratitud, ya que sin su apoyo no hubiese logrado graduarse. Estaba feliz, trabajaría en Boston pues a ella le faltaban dos años para graduarse. El miedo de estar juntos se disipó, muchas veces debemos dejar eso atrás para vivir.

Aquel sueño de convertirse en abogado, se estaba materializando el diploma en sus manos, el peso del papel, la tinta fresca, y haría las pasantías en el más prestigioso despacho. Junto a Ellen creía que podría lograr todo, al tener el diploma en sus manos recordó todo lo que sucedió esos últimos meses los momentos de angustia, las noches de estudio, las lágrimas de frustración, y como ella lo ayudó a superar todo.

Sus padres fueron los primeros que lo abrazaron, sintió el calor de sus cuerpos, el aroma familiar a perfume y a café, al separarse de ellos abrió sus brazos con un gesto de inmensa felicidad y ella se lanzó a ellos. Sintió el impacto de su cuerpo, el aroma a vainilla y flores, la suavidad de su cabello.

—Te amo, Els —murmuró en su oído—, gracias, por tanto.

—Te amo…

Alex, que siempre bromeaba con ellos, con su risa contagiosa, sus ocurrencias inesperadas, había viajado desde Nueva York, la ciudad que nunca duerme, con su ritmo frenético, sus luces brillantes, solo para la graduación de su hermano mayor. Sacó unas ramas de muérdago con sus hojas verdes y sus bayas blancas, un símbolo de amor y buena fortuna y se subió en una silla, con un gesto teatral, llamando la atención de todos. Los dos habían preparado aquella sorpresa. Todos alrededor se quedaron mirando la escena, con curiosidad, con asombro, pues estaban en otoño las hojas caían de los árboles, el viento frío soplaba, y faltaban algunos meses para Navidad.

Connor se hincó frente a Ellen con el corazón latiéndole con fuerza, la mirada llena de amor, y sacó una cajita, de terciopelo rojo, pequeña y delicada. La chica no podía creerlo cuando lo hizo su respiración se aceleró, sus manos temblaron, y sostuvo la respiración. Eso hizo que él dibujara las más hermosas de las sonrisas que iluminaba su rostro y que le transmitía seguridad.

—Ellen, eres mi primer y único amor, algunos no tienen mi suerte, yo te encontré hace mucho tiempo, por ti soy capaz de superar las más grandes pruebas, porque a tu lado me siento completo, cada día que transcurre pienso que soy el hombre más afortunado, me diste la oportunidad de ser tu novio aquella Navidad con la nieve cayendo, las luces de colores, el aroma a pino y canela, después de darte un beso en el muérdago. —Abrió la cajita, dejando al descubierto un anillo de diamantes, brillante y hermoso.—. Hoy, debajo de otro te pido que te cases conmigo y me des la oportunidad de envejecer junto a ti. ¿Te quieres casar conmigo?

La chica no aguantaba la emoción, por su rostro se precipitaban las lágrimas de emoción y felicidad, lágrimas que brillaban como diamantes, lo que menos esperaba de ese día era que el chico de sus sueños iba a pedirle matrimonio.

—Sí, sí quiero casarme contigo.

Y como en aquella Navidad en que tenían miedo a luchar por su cariño, se besaron bajo un muérdago, un beso que sellaba su compromiso, un beso que prometía una vida juntos, pero esta vez para unir sus vidas para siempre.

Ellen y Connor disfrutaban de las fiestas decembrinas, las luces de colores, los villancicos, el aroma a galletas recién horneadas, para ellos era el tiempo de unión, armonía y adoraban volar a Los Ángeles el sol cálido, el cielo azul, el olor a mar, para pasar tiempo en familia. La amistad entre Alex y Ellen en vez de debilitarse, se afianzó, entendieron que la amistad es un vínculo inquebrantable, que siempre estarían unidos. A su vez los dos hermanos entendieron que no debían tener celos, ya que su amor por la chica era completamente distinto.

Alexander estaba feliz al ver que dos de las personas que más amaban estaban consagrando de alguna manera su amor. Sonrió con sinceridad, con alegría, con el corazón lleno de buenos deseos. Esperaba encontrar a alguien, ya que no tenía la misma suerte que ellos.

El primer amor puede ser para siempre, solo si ese amor madura a medida que vamos creciendo como personas.

Fin…

REGALO 4
Una segunda
OPORTUNIDAD

Regalo IV

Capítulo I

La vida a veces puede sorprenderte haciéndote caer y a ti te toca levantarte. No puedo creerlo, estoy sin empleo y la persona que era mi novio ha decidido largarse también. Son esos momentos los que te golpean, pero al mismo tiempo te hacen más fuerte.

Ya que estoy de regreso en la casa de mis padres, voy a aprovechar esta segunda oportunidad y hacer las cosas bien. Antes de irme dejé un corazón roto y el mío se mudó conmigo a Nueva York.

Vivimos ciclos que suelen repetirse y eso suele suceder cuando dejamos cabos sueltos. Pensé por mucho tiempo que no iba a volver nunca más a la granja; sin embargo, me tocó levantar el teléfono y tragarme el orgullo para pedir ayuda. Muchas veces me sorprendo con la capacidad que poseen todos los padres de olvidar los agravios, y aquello de que "el buen hijo siempre vuelve a casa" pues parece que es cierto.

Me gradué con honores como abogada en la Universidad de Harvard, trabajé como litigante en uno de los bufetes más importantes de la Gran Manzana y cuando creí que me iban a ascender como socia junior, resultó que me entregaban mi carta de despido. Pego la frente al volante de mi auto, el frío metal me hiela la piel. No deseo estar aquí y menos levantarme a las cuatro de la mañana a ordeñar vacas, sintiendo el olor a estiércol y el calor húmedo del aliento de los animales. Juré que no lo volvería a hacer.

«No, no, no puede ser tan mala mi suerte».

Maldigo mentalmente y respiro hondo, el aire gélido me quema los pulmones. Bueno Diana, te toca sacar a la abogada valiente, la chica decidida y la persona que cree que puede lograrlo todo.

«No creo poder enfrentar a mis padres y a él, sobre todo a él».

Justamente una Navidad, hace cinco años, les grité que nunca necesitaría de ellos, que no me importaba la granja y que mucho menos me veía casada con un hombre que solo aspiraba a ser un vaquero de segunda. Fui cruel, pero lo más triste es que lo fui con mis padres, que no tenían la culpa de nada de lo que sucedió entre él y yo.

Tocan el vidrio y me sobresalto, giro mi rostro pensando en qué excusa voy a inventar. Sé que llevo al menos veinte minutos aquí sentada desde que llegué. Me encuentro con el rostro de mi padre, me observa con una sonrisa dibujada en los labios. ¡Por Dios, es un santo! Él entendió que aquellas palabras llevaban un trasfondo, pero los herí. Exhalo resignada y abro la puerta. Al poner los pies en la tierra, siento el crujir de la nieve bajo mis botas, creo que no podré, quiero salir huyendo… pero una Simpson no huye.

—Pensé que no bajarías nunca —me dice en modo de broma mi padre—. ¡Bienvenida a casa, Diana!

Me levanto y salgo del auto, mi padre me envuelve en sus brazos y, como cuando era tan solo una niña, percibo el aroma familiar de su abrigo de lana y tabaco, pienso que todo va a salir bien, que nada de lo que pueda suceder va a dañarme.

—Papá, gracias por darme la oportunidad de volver.

Rompe la conexión y me sonríe. Muchas veces desearía devolver el tiempo y no haber nunca aseverado que volver no era una opción para mí.

—Vamos, tu madre está impaciente por verte, tanto que me pidió que viniera a ver si estaba todo bien.

¿Acaso algo va bien?

Me detengo cuando alzo mi mirada y él está ahí.

El hombre que me rompió el corazón y después quiso enmendar todo, él mismo que hizo que me desterrara de mi propia casa.

—¿Qué hace aquí? —inquiero molesta, mi voz tiembla ligeramente.

—Diana… —Su voz, grave y profunda, me estremece.

—Papá, fue lo único que les pedí.

—Hija, es la persona que nos ha ayudado desde que te fuiste.

—Y la persona por la cual nunca quise volver.

Sin pronunciar otra palabra, dejo todo y salgo corriendo a la caballeriza. Busco mi silla y ensillo a uno de los caballos, el olor a cuero y heno me llena las fosas nasales. Escucho el eco de los pasos.

—Diana…

Su voz, su maldita voz todavía tiene el mismo efecto en mí. Subo y salgo cabalgando, sintiendo el viento helado en mi rostro y el ritmo acompasado del galope del caballo.

Los recuerdos me golpean, las lágrimas salen solas y recuerdo esa víspera de Nochebuena que me rompieron el corazón.

—¡Diana!

Mi nombre salió de sus labios como un bramido. Cayó sobre mi cuerpo y lo abracé, su piel caliente contrastaba con el frío de la noche, era la segunda vez que estábamos juntos desde que volví a casa.

Owen odiaba visitarme en la ciudad, pero siempre pensé que en algún momento cambiaría de opinión, que se iría conmigo sin importar nada más que nuestro amor.

—Owen… —lo llamé pues su peso comenzaba a cortarme la respiración.

Se movió, odiaba hacer el amor entre la paja y cerca de los animales, pero con él dejaba de importarme, solo existía el deseo.

—Quiero que te quedes —me pidió con voz ronca.

—Owen…

Era la misma conversación cada vez que volvía. No podía creerlo, dejaba todo en Manhattan por estar con él; sin embargo, nunca podía retribuirme de la misma manera.

Mi padre lo soportaba, porque realmente estaba enamorada, pero nuestra relación era una locura. Me hizo suya a los dieciséis años, Owen tenía veintidós.

—Diana, te esperé a que estudiaras, esperé que cumplieras la meta de trabajar, pero ahora necesito que me cumplas o si no buscaré a otra.

Aquellas palabras me golpearon, apenas tenía veinticuatro años, estaba de interna en un bufete. Mi sueño era salvar vidas y parecía que él no podía entenderlo.

Me levanté para vestirme, las lágrimas me quemaban en la comisura de los ojos. Buscarse a otra mujer cuando me tenía a mí…

—Diana, necesito que lo entiendas.

Me di la vuelta abrochándome la camisa, perdí la paciencia.

—Yo detesto esta maldita granja, no voy a quedarme en este pueblo y darte cinco hijos.

—¡No voy a mudarme a la ciudad! —gritó—. Si te vas, todo va a terminar.

La seguridad con la que pronunció sus palabras me hizo saber que no había marcha atrás.

—Vale, tú ganas —sonreí triste—. Todo terminó.

Salí del granero y encontré su caballo, no lo pensé cuando me subí a él, pero el animal relinchó y lo último que escuché fue mi nombre.

Me detengo en la cerca, la madera áspera roza mi piel. No puedo creerlo, después de todo lo que sucedió y todo lo que perdí, todavía mis padres lo quieran y él está aquí.

Capítulo II

Owen Wilson

Diana sale cabalgando, la crin rojiza de su caballo ondeando al viento como una llamarada, y mis recuerdos viajan al pasado. La veo caer de Bala, su cuerpo suspendido en el aire por una fracción de segundos, antes de estrellarse contra el suelo. El polvo se levanta, ocultándola de mi vista, y un escalofrío me recorre la espalda. Todavía no puedo creer que la vida nos golpeara de esa manera, que un simple tropiezo de un caballo pudiera destrozar nuestro mundo en mil pedazos.

Lo había intentado todo para estar a su lado. Pasé quince días en Manhattan, sofocado por el ruido ensordecedor de la ciudad, agobiado por la multitud que llenaba las calles, aturdido por las luces que nunca se apagaban. Pero soy un hombre de campo, mis pulmones necesitan el aire puro del amanecer, mis manos el tacto áspero de la tierra, mis oídos el canto de los pájaros al alba. Soy el capataz de su padre y nada más, un burro testarudo enamorado de la señorita de la casa, un hombre rudo e incapaz de expresarle mis verdaderos sentimientos.

Mi chica de cabello rojo, indomable como los mejores pura sangre, con esos ojos azules que pueden ser dos malditos glaciales que te asesinan con una mirada. Ojos que ahora me evitan, que reflejan la decepción y el rencor que siente hacia mí.

—Tienes que tener paciencia con ella, no vuelve porque lo desea, son las circunstancias las que la trajeron de vuelta. —La voz suave de Annie, como un bálsamo sobre mi alma herida, me hace cerrar los ojos.

Ella es un verdadero ángel, un rayo de luz en medio de la tormenta. Soy lo que soy gracias a los Simpson. Mis padres eran grandes amigos de ellos y fallecieron en un accidente cuando yo era apenas un niño. Cuando llegué a la granja, Diana tenía diez años y yo catorce. Tomó mi mano, pequeña y cálida, y no la soltó hasta hace cinco años, cuando mis propias palabras la alejaron de mí.

—Solo necesito su perdón… —murmuro, con la voz ronca por la emoción contenida.

Siento la caricia de Annie en mi brazo, un gesto de consuelo y apoyo.

—Lo hará, además estamos en una época de olvidar, de renacer, de dar segundas oportunidades. —Sus palabras me llenan de una tenue esperanza.

Exhalo cansado y me pongo el sombrero. Quisiera quedarme, buscar a Diana, mirarla a los ojos y rogarle que me perdone. Pero lo mejor es dejarla en paz, darle tiempo para que sane las heridas del pasado.

—Voy a casa, Annie.

—No vayas a cometer una locura. —Su tono es un ruego, una súplica que me llega al alma.

Sabe que luego de que Diana se fuera, enloquecí. El dolor de su partida, mi corazón roto por tantas razones, tantas culpas, me llevaron a ahogar mis penas en alcohol y peleas.

—No te preocupes, no lo haré —le aseguro, con la firme convicción de que esta vez será diferente.

Salgo y subo a mi *pick-up*, el motor ruge como una bestia salvaje, un reflejo de la tormenta que aún llevo dentro. Siempre me ha costado manifestar mis sentimientos, perder a mis padres me hizo una persona dura, cerrada, incapaz de mostrar mi vulnerabilidad. Y me arrepiento, me arrepiento de no haberle dicho a Diana lo mucho que la amaba, de no haber luchado por ella, de haberla dejado ir sin más.

Diana es la mujer más importante de mi vida, la única que ha logrado tocar mi alma. Sé que lo nuestro nunca volverá a ser igual, que el tiempo y la distancia han dejado su huella. Pero solo necesito su perdón, necesito liberarme del peso de la culpa que me atormenta, para poder continuar con mi vida.

«Continuar con mi vida», me repito en la mente mientras recorro la propiedad, los campos verdes extendiéndose hasta el horizonte, el cielo azul salpicado de nubes blancas. Un paisaje que antes me llenaba de paz, ahora me produce una profunda melancolía.

*****

El gallo canta, su agudo llamado rompiendo el silencio del amanecer, y ya estoy arreando las reses para que pasteen. La vida en una granja comienza antes de que salga el sol y termina muchas veces después de que se oculta. Es una vida dura, exigente, pero también gratificante. Una vida que me ha enseñado el valor del trabajo, la importancia de la perseverancia, el significado de la lealtad.

A lo lejos veo venir a Tyler Simpson, su figura recortándose contra el cielo anaranjado. Me imagino que, a diferencia de Annie, desea que me aleje de su hija, que no remueva el pasado, que no perturbe la tranquilidad que Diana ha venido a buscar.

Me concentro y lanzo el lazo a la res guía, la cuerda silbando en el aire. La ato y trato de que baje el paso hasta que las demás nos alcancen.

—Owen… —Tyler me saluda tocando su sombrero, su rostro curtido por el sol mostrando una expresión seria.

—No quiero escucharte… —le advierto, con la voz tensa, preparado para defender mi derecho a estar cerca de Diana, aunque sea a la distancia.

Pone los ojos en blanco, con un gesto de resignación. También puedo ser terco como una mula y resulta que, cuando quiero, lo logro.

—Necesito que prepares dos de las reses y las sacrifiques, hagan una comida y le des a los jornaleros. —Su tono es autoritario, pero hay un brillo de complicidad en sus ojos.

—¿Qué celebras? —inquiero frunciendo el ceño, sin entender a qué viene esa orden.

—Diana ha vuelto y será la nueva administradora de la granja. —Sus palabras me caen

como un balde de agua fría.

Si ella es la nueva jefa, quiere decir que va a descubrir la verdad, que va a saber que la granja no está a nombre de Tyler, sino a nombre mío. Que todo lo que he hecho, todas las horas de trabajo, todos los sacrificios, han sido por ella, para asegurar su futuro.

—¡Tyler! —lo llamo, con la voz llena de reproche. Él sonríe, el muy cabrón sabe todo lo que estoy pensando.

—¿Ahora sí deseas hablar? —pregunta divertido, disfrutando de mi desconcierto.

—No voy a aceptarlo, así que puedes seguir siendo tú el administrador —le espeto con la terquedad que me caracteriza.

Ensancha su sonrisa, complacido con mi reacción. Lo entiendo todo, Annie y él jugarán a cupido, intentarán acercarnos de nuevo. Pero conozco a Diana mejor que nadie y ella no va a perdonarme, no después de lo que le hice.

—Están jugando con fuego y si ella se entera de todo, no va a perdonarlos —le advierto, con la preocupación genuina por las consecuencias de sus actos.

—Aceptaré las consecuencias —responde con serenidad, convencido de que está haciendo lo correcto.

Da vuelta a su caballo y se gira hacia mí.

—Un hombre de treinta y cuatro años debería asumir todas las cosas buenas que ha hecho por la mujer que ama y esa mujer debería darse cuenta de que hay errores mínimos, que el orgullo puede destrozarnos. —Sus palabras están llenas de sabiduría y experiencia, se clavan en mi corazón.

Se vuelve y azuza a su caballo, lo veo alejarse mientras me quedo pensando en sus palabras. ¿Quiero que Diana descubra la verdad? Me gustaría que se diera cuenta de que todo lo que hago, hice o haré, lo hice por ella…

No estoy seguro de nada. Aquella noche que cometí el error de presionarla, lo perdimos todo. Todas las noches me pregunto: ¿Y si no hubiera dicho eso? Tal vez estaríamos en Manhattan, quizá aquí, viviendo felices. Sé que en el fondo ella amaba este lugar, pero yo arruiné todo para ella, sin pensar, cegado por el deseo de tenerla solo para mí.

Diana, con su regreso, remueve fantasmas del pasado que pensé haber exorcizado. Fantasmas de un amor perdido, de oportunidades desperdiciadas, de errores que aún me atormentan. Pero también despierta una nueva esperanza, una posibilidad de redención, una segunda oportunidad para demostrarle que mi amor por ella es más fuerte que el orgullo y el rencor.

Capítulo III

El aroma a pino recién cortado y a canela inunda la casa, despertando en mí una nostalgia inesperada. Mi madre, con la energía que la caracteriza, está sacando de las cajas todos los adornos de Navidad. La granja, en esta época, se transforma en una auténtica Villa de Santa Claus, con luces centelleantes, guirnaldas de colores y el espíritu festivo flotando en el aire. Hacía cinco años que no pasaba una Navidad aquí. Inventé mil excusas para no hacerlo, evadiendo el encuentro con el pasado, con los recuerdos agridulces que esta época del año trae consigo. Y aquí estoy, con veinticuatro años y una montaña rusa de emociones en mi interior. Siento como si tuviera de nuevo la ilusión de una niña, mezclada con la incertidumbre y el dolor que aún persisten en mi corazón.

—Mamá —la llamo, mientras ella desempolva con cariño una corona navideña, sus dedos delicados acariciando cada detalle.

—No vamos a ir a ninguna parte, Diana —responde con firmeza, conociendo mis intenciones antes de que las exprese.

—¡Pero mamá! —protesto, con la impaciencia propia de la juventud.

—No hay peros —me interrumpe, cansada de mi arrebato infantil.

Sigue con su tarea, ajena a la tormenta que se está gestando en mi interior. No paro de pensar en cómo pedirles el dinero para mi bufete. Tengo el suficiente en el banco, pero necesito más para poder fundar uno junto a Madison en Boston, para empezar de nuevo, lejos de las sombras del pasado.

—Diana, necesitas escuchar a Owen… —Lo que me pide mi mamá me traen de vuelta a la realidad, a la granja, a la inevitable confrontación con mis sentimientos.

Chasqueo la lengua contra mi paladar con fastidio. Lo menos que deseo es escucharlo, revivir el dolor, la rabia, la decepción.

—Ya lo superé, me importa un pepino si él no —respondo con brusquedad, tratando de convencerme a mí misma de que mis palabras son ciertas.

Mi mamá me observa con una mezcla de ternura y reproche, sus ojos expresando más de lo que sus palabras podrían decir.

—Ninguno de los dos lo han superado, por aquí las cosas siguen siendo igual. —Su voz se quiebra levemente, y un nudo se me forma en la garganta—. Así que esta noche, Owen vendrá a cenar.

—¿Tienes que estar bromeando? —inquiero molesta—. Lo único que les pedí es que lo alejaran de mí, ¡su hija soy yo!

—Owen es tan importante para nosotros como tú, fue él quien se quedó durante este tiempo, levantar el teléfono una vez por semana para saber cómo estábamos, no es lo mismo que estar día a día. —Sus palabras cargadas de verdad, me golpean como un látigo.

Y por primera vez, mi madre me recrimina. Nunca lo había hecho, siempre había sido comprensiva, protectora. Y tiene razón. No regresé, ni siquiera intenté que ellos fueran a verme. Mi dolor me cegó, me encerré en mi propia burbuja de resentimiento, molesta con el mundo, con la vida, conmigo misma.

Mi móvil suena, sacándome de mis pensamientos. Me quedo asombrada al leer el nombre de West en la pantalla. Mi exnovio, el mismo que terminó conmigo porque soy "*un obstáculo"* para su carrera, el hijo de uno de los socios del bufete que me despidió sin miramientos.

—Tengo que contestar —le aviso a mi madre, con un nudo de aprensión en el estómago.

Salgo al porche y contesto. A lo lejos, observo a Owen traer con mi padre el pino, el árbol que será el centro de nuestra celebración navideña. El cielo está negro a pesar de que son las cuatro de la tarde, las nubes grises amenazando con una tormenta de nieve.

—West… —digo con voz temblorosa, preparada para lo peor.

—Seré directo, si tratas de abrir un bufete, vamos a hundirte —me advierte con frialdad, y una sonrisa amarga se dibuja en mis labios.

—Creo que tú y tu padre tienen miedo de que les robe algún cliente, pero puedes estar seguro de que no lo haré —respondo con sarcasmo.

—Lo que me preocupa es que abras la boca, Diana. Y recuerda que calladita te ves más bonita —amenaza, pero no por ello menos intimidante, me hiela la sangre.

No puedo creer que saliera con alguien tan bajo y déspota. Mi mundo se vino abajo luego de descubrir que mi suegro era un abogado corrupto, que recibía información privilegiada y la vendía a los competidores de sus clientes. Y West, cómplice de sus fechorías, ahora me amenaza para que guarde silencio.

—No tengo deseos de crear problemas, ya lograron despedirme, pero no van a lograr asustarme —respondo con firmeza, aunque por dentro me siento vulnerable, expuesta.

West suelta una carcajada que me detiene el corazón.

—Y si llegas a abrir la boca, vas a arrepentirte toda tu vida —dice con una crueldad que me hace temblar.

Cuelgo la llamada, con el corazón latiéndome con fuerza. Mi padre llega junto a Owen y unos hombres, cargando el pesado pino. Pasan a mi lado, sin percatarse de mi estado de ánimo. Me quedo mirando la nada, sintiendo el peso de las amenazas, la incertidumbre del futuro.

Vine aquí a esperar que las aguas se calmaran, a lamer mis heridas, a encontrar un poco de paz. Pero no voy a permitir que me amedrenten con amenazas vacías. Ellos no saben que antes de que me despidieran, yo guardé toda la información. No la usé en el bufete, porque no valía la pena. Él seguiría siendo un socio y se iría a retiro, pero quedaría West, para continuar con el

legado de corrupción.

Escucho los pasos de los trabajadores que se alejan.

—Señorita… —dicen al unísono al pasar por mi lado, con respeto y amabilidad.

Suspiro resignada. Tendré que cenar con Owen. Me doy vuelta para entrar de nuevo a la casa y me topo frente a frente con él.

Sigue siendo el hombre guapo del cual me enamoré. Parece mucho más alto, aunque sé que mide un metro noventa. Su piel está tostada por el sol, marcada por las largas jornadas de trabajo en el campo. Sus ojos verdes brillan con intensidad, y su cabello negro, siempre escondido bajo el típico sombrero de vaquero blanco, ahora está al descubierto.

Se lo quita y sonríe, esa sonrisa que le forma dos hoyuelos que me volvían loca, que aún despiertan en mí una mezcla de ternura y dolor.

—Diana… —pronuncia mi nombre con esperanza, con un deje de tristeza que me parte el alma.

—Owen… —respondo con voz débil, sin saber qué más decir.

Son muchos recuerdos, muchos momentos, un montón de ilusiones rotas. Se me forma una opresión en el pecho y doy un paso atrás, decidida a huir de nuevo.

—No te preocupes, me voy yo —dice con resignación, interpretando mi gesto.

Abro los ojos y me quedo mirándolo. Adornar el árbol de Navidad es una de las actividades familiares favoritas de él. La melodía de *Santa is Coming to Town* comienza a sonar, llenando el ambiente de nostalgia. Él baja la mirada a sus botas, ocultando su decepción.

—Quédate… —Mi voz sale en un hilo, apenas audible. No puedo ser tan egoísta, no puedo ser la mala de su historia. Él se merece ser feliz, aunque no sea conmigo.

—¿Estás segura? —pregunta con esperanza, sus ojos brillando con una luz renovada.

Alzo mis hombros, incapaz de responder con palabras. Entro a la casa de nuevo, buscando refugio en la calidez del hogar. Mi madre está colocando tres tazas de chocolate caliente, pero al darse cuenta de que falta una, sonríe y sale en busca de ella.

Comienzo a ver los adornos, muchos de ellos han adornado los árboles de Navidades pasadas. Me fijo en un caballo tallado en madera, un regalo de Owen. Recuerdo el día, la hora, el momento exacto en el que me lo dio. Subo la mirada y me encuentro con la suya.

—Hija, trae esos adornos —me pide mi madre, contenta de vernos juntos.

Hago lo que me pide, sintiendo la presencia de Owen detrás de mí. No tengo que adivinar quién es, su aroma es único. Owen huele a hogar, a ganado, al suavizante de su ropa. Cierro los ojos y recuerdo las veces que añoraba ese olor, que me sentía segura y protegida entre sus brazos.

Me excuso y salgo al porche, necesitando un poco de aire fresco. Sonrío al ver que ha comenzado a nevar. A pesar de todos los malos recuerdos, me quedan los buenos. Hay

rompimientos que se convierten en duelos, porque ese es el precio que pagamos por amar. Y yo amé a Owen con cada fibra de mi ser.

Nunca amaré a nadie como lo amé a él.

—Diana —me llama, y yo me tenso, preparada para enfrentar el pasado.

—No puedo escucharte, no ahora, y no sé cuándo podré hacerlo —respondo con sinceridad, con el corazón en la mano.

—Por favor… —me ruega, su voz llena de dolor y arrepentimiento—. Inténtalo, porque lo hemos vivido.

Sus palabras están cargadas de un significado profundo, resonaron en mi interior como un eco del pasado.

Me quedé paralizada, observando la nieve caer sobre su cabello oscuro, cada copo un recordatorio de los inviernos que compartimos, de las promesas que hicimos bajo el cielo estrellado, de los sueños que tejimos juntos.

"*Inténtalo, porque lo hemos vivido*". Una frase simple, pero que encerraba la esencia de nuestra historia, de un amor que nació en la adolescencia, que creció entre los campos de la granja, que se fortaleció con cada risa compartida, con cada beso robado, con cada caricia.

Un amor que, a pesar de los errores, de las diferencias, de la distancia, nunca se apagó del todo. Un amor que ahora, frente a la adversidad, frente al dolor del pasado, se nos presentaba como una segunda oportunidad.

Capítulo IV

Owen

La nieve cae como un manto de perdón sobre la granja, ablandando los contornos del paisaje y apaciguando el torbellino de mis emociones. La miro a los ojos, esos pozos azules que siempre me han cautivado, ahora nublados por el dolor y la recriminación.

—Por favor… —le suplico, con la voz quebrada por la emoción—. Inténtalo, porque lo hemos vivido.

Es la primera vez en años que me atrevo a expresar mis sentimientos, a desnudar mi alma ante ella. Diana se me queda mirando, y las lágrimas que brotan de sus ojos son como dagas que se clavan en mi corazón.

—Habla —me pide con voz ronca, un hilo de voz que apenas se escucha en medio del silencio de la noche.

—Aquel día no debí presionarte, no debí pedirte que te casaras conmigo después del accidente —confieso, con el peso de la culpa oprimiéndome el pecho—. Fui un egoísta, solo pensaba en mí, en mi necesidad de tenerte a mi lado.

Diana empuña las manos, y por un momento temo que vaya a explotar, que la rabia contenida durante años se desborde como un torrente.

—No, no debiste —murmura con rabia, y su voz resuena en la quietud de la noche como un trueno lejano.

—No hay un día en que me arrepienta de lo que hice, por eso te pido perdón —digo con sinceridad, con la esperanza de que mis palabras puedan aliviar su dolor.

Diana clava su mirada en la mía, y en sus ojos veo un atisbo de comprensión, de perdón.

—Es culpa de los dos lo que sucedió —dice con tristeza—. Y la Navidad nunca será la misma.

Doy un paso en su dirección, impulsado por la necesidad de consolarla, de abrazarla, de sentirla cerca. Ella se aleja, pero soy más rápido y la atrapo entre mis brazos. Se resiste al principio, mas luego se deja llevar, y comienza a llorar desconsoladamente.

Inexplicablemente, todo el amor que había mantenido en pausa durante cinco años revive con una fuerza inusitada, como un fuego que se aviva en mi interior, calentando mi alma. De fondo, una canción navideña suena en la radio, creando una atmósfera melancólica y esperanzadora.

—Te amo, cachorra... —susurro al oído, y percibo cómo su cuerpo se tensa. Me separo un poco y tomo su rostro entre mis manos, acariciando sus mejillas con delicadeza—. Pueden pasar

los años, pero nunca dejaré de quererte. Fuiste mi mejor amiga, mi confidente, la única mujer a la que he amado.

—Owen… —su voz es un ruego, un lamento que me desgarra el alma.

Se suelta de mi agarre y entra de nuevo a la casa, dejándome solo con mis pensamientos, con el eco de sus palabras resonando en mi mente. Aquella noche, había perdido todo lo que siempre había soñado. Y ahora, solo me quedaba la esperanza de que algún día pudiera perdonarme.

Salgo de la casa, con el corazón hecho pedazos. Quedarme allí, en ese lugar lleno de recuerdos, sería un suicidio. Necesito alejarme, respirar, encontrar la manera de seguir adelante sin ella.

*****

La oscuridad de la madrugada envolvía la granja en un silencio profundo, solo roto por el suave crepitar del fuego en la chimenea. A las cuatro de la mañana, el aroma del café recién hecho llenaba la cocina, mientras yo, con la taza humeante entre las manos, intentaba ahuyentar los fantasmas del pasado. De pronto, un suave golpe en la puerta me sacó de mi ensimismamiento. Con el corazón latiéndome con fuerza, me dirigí hacia la entrada, sin imaginar lo que me esperaba al otro lado.

Abrí la puerta y me quedé sin aliento. Ante mí, una cascada de cabello rojo fuego, un torbellino de pasión contenida. Sus labios, carnosos y tentadores, se lanzaron hambrientos sobre los míos, en un beso que despertó cada célula de mi cuerpo. La atraje hacia mí, cerrando la puerta con un golpe sordo, y la apreté contra la madera, fundiendo nuestros cuerpos en un abrazo ardiente.

Sus labios eran el néctar que mi alma sedienta anhelaba, un bálsamo que curaba las heridas del pasado. Mis manos, guiadas por un deseo irrefrenable, se deslizaron bajo su suéter, recorriendo su espalda con caricias suaves y posesivas. Diana se arqueó ligeramente cuando mis dedos rozaron su cintura, un gemido ahogado escapando de sus labios. El deseo, dormido durante años, se despertó con una fuerza brutal, inundando mis sentidos.

No podía creer que ella estuviera allí, en mis brazos, entregándose a mí con esa pasión desenfrenada. Rompí el beso, temeroso de que se arrepintiera, de que la magia del momento se desvaneciera. Apoyé mi frente en la suya, nuestras respiraciones entremezclándose en el aire frío de la noche. Cerré los ojos, negando con la cabeza, incrédulo ante la realidad de ese instante.—¿Qué estás haciendo? —le pregunto lleno de miedo.

Admito que esto es lo que más deseo, pero con Diana toda la vida he deseado todo o nada.

—Hazme tuya… —me ruega.

—Diana… —la llamo y exhalo todo el aire que contuve esperando su respuesta—. ¿Y tu novio abogado?

—Ya no está, por favor… ¿Qué esperas?

La urgencia del deseo se apodera de mí. La beso con una intensidad que nos deja sin aliento, y sin pronunciar palabra, la tomo de la mano y la guío hacia la penumbra de mi

habitación. En la intimidad de ese espacio, nuestros cuerpos se buscan con avidez, las manos explorando con una mezcla de familiaridad y descubrimiento. Sus dedos trazan caminos de fuego sobre mi piel, mientras los míos recorren la suave curva de su espalda, reavivando la memoria de un placer compartido.

Conozco cada milímetro de su piel, como un mapa grabado a fuego en mi memoria. Recuerdo cada peca salpicando su espalda, cada lunar secreto, como el que se esconde sobre su pezón izquierdo, una marca que siempre me fascinó. Mis labios recorren su piel con una devoción reverente, depositando besos suaves como plumas. Desciendo por su espalda, trazando una línea de fuego hasta la delicada curva de sus nalgas. Mi lengua se aventura en la humedad prohibida, saboreando su esencia con una delicadeza que la hace gemir de placer.

La ayudo a inclinarse, ofreciéndome su belleza como un regalo. Mis labios se encuentran con su centro, un banquete de sabores que he anhelado durante años. La devoro con una pasión contenida, explorando cada pliegue, cada rincón, con una lengua que conoce el camino hacia su placer

.Jadea cuando mis dedos la penetran, sus piernas tiemblan por el placer mientras azoto sin piedad su jugoso coño y su ano.

—¡Oh, por Dios! —exclama y no tiene que decirme que está cerca del orgasmo.

Su cuerpo aún me recuerda, no puede olvidar que fui el primero, que todavía me pertenece. Explota gimiendo mi nombre y yo tengo planes para ella, muchísimos y no me importará quedarme todo el día en la cama cumpliendo cada uno de ellos.

La giro y la acuesto delicadamente en la cama, subo y me posiciono encima de ella, nuestros labios se buscan y necesito escuchar de nuevo que me da su permiso para hacerlo.

—¿Estás segura? —le pregunto mientras posiciono mi pene en la entrada de su sexo.

—Nunca he estado más segura —contesta.

Y no necesito más, me entierro en ella de una sola estocada. Gime, jadeo y entierro mi cabeza en el hueco de su cuello, no me muevo y ella busca la manera de hacerlo.

—Esto es el maldito cielo —susurro en su oído y muerdo el lóbulo de su oreja.

—Muévete —me pide—. Necesito sentirte.

«Yo también». Murmuro en mi mente tratando de alargar el momento.

Sin embargo, lo hago y comienzo con penetraciones lentas y la beso, enrosca sus piernas alrededor de mi cadera y sus uñas se clavan en mi espalda.

Estar con ella es encontrar de nuevo la plenitud, sentir que estoy vivo. Rompo el beso y bajo dejando un reguero por su cuello y pecho, atrapo uno de sus pezones y le doy un pequeño pellizco.

Arquea su espalda y arremeto contra ella con mayor fuerza, de su boca sale una cacofonía de gemidos y palabras inentendibles. Sigo haciéndola mía hasta que los espasmos de su cuerpo me avisan que está cerca de correrse de nuevo.

—Córrete —le ordeno—. Hazlo Diana, no te resistas.

Y su mente y su cuerpo me obedecen. Se corre y la beso para ahogar sus gritos. Nos doy vuelta y ella queda encima de mí, sabe lo que deseo y me cabalga como la perfecta amazona, juego con sus pechos, acaricio su abdomen.

Nuestras miradas se cruzan y ahí está, los años de amor contenido, ella podrá mentirle a su corazón, pero a mí no…

—Eres perfecta —le digo mientras mi pulgar se cuela entre nosotros para acariciar su clítoris.

—Cristo, sí, sí —gime.

Me encanta escucharla blasfemar mientras le hago el amor. La tomo de las caderas y penetro con fuerza. Mis gemidos y los suyos traspasan las paredes de mi hogar.

Ella explota en un orgasmo gritando mi nombre, su coño exprime mi polla hasta que me corro gritando el de ella. Cae sobre mi pecho, cierro los ojos sin poder creerlo.

—Te amo, Owen… —murmura cuando nuestros latidos se van ralentizando.

El maldito sonido del despertador me hace abrir los ojos y maldigo mi suerte.

Un suspiro se escapa de mis labios al abrir los ojos, la tenue luz del amanecer filtrándose por la ventana. El recuerdo del sueño, vívido y tangible, se aferra a mi mente, negándose a disiparse. Diana, su risa, su aroma, la calidez de su piel, todo tan real, tan cercano, que por un instante me engaño a mí mismo. Cierro los ojos con fuerza, aferrándome a la imagen de su rostro, a la sensación de sus labios sobre los míos, a la promesa de un amor que solo existe en el reino de los sueños.

Me tapo los ojos con el antebrazo, negando la realidad, deseando con cada fibra de mi ser que ella estuviera allí, a mi lado. Que la noche no hubiera sido un espejismo, que sus caricias, sus besos, sus palabras de amor, no fueran producto de mi imaginación.

Una punzada de dolor me recorre el cuerpo al recordar su ausencia, un vacío que ninguna otra mujer ha logrado llenar. Me levanto de la cama, con el cuerpo aún vibrante por el recuerdo del sueño, con una erección que delata la intensidad de mi deseo. Me doy una ducha fría, intentando aplacar el fuego que me consume, pero la imagen de Diana persiste, grabada a fuego en mi memoria.

Ella es la única mujer capaz de despertar en mí esa pasión, esa mezcla de ternura y deseo, de complicidad y entrega. He estado con otras mujeres, he buscado en vano llenar el vacío que dejó su partida, pero ninguna ha logrado siquiera acercarse a la intensidad de lo que vivimos juntos. Estoy jodido, irremediablemente jodido sin ella.

Capítulo V

El crujir de las páginas del libro de contabilidad corta el silencio de la oficina, un contrapunto al ritmo acelerado de mi corazón. Cada número, cada anotación, cada registro meticuloso, despierta en mí una mezcla de curiosidad y aprensión. Soy abogada mercantil, y si algo he aprendido en estos cinco años es a leer entre líneas, a descifrar los secretos que se esconden tras las cifras. Mis dedos recorren las hojas amarillentas, buscando respuestas en el laberinto de tinta y papel.

De pronto, un descubrimiento inesperado me paraliza. Transferencias que no comprendo, movimientos bancarios que desafían toda lógica. Retrocedo en el tiempo, hojeando página tras página, con la creciente sensación de que estoy a punto de desenterrar algo doloroso. Llego al año de mi graduación, un periodo en el que mis padres enfrentaron serias dificultades financieras. Un escalofrío me recorre la espalda al recordar aquellos días de incertidumbre, las preocupaciones que mis padres ocultaron bajo una máscara de serenidad. La memoria de sus rostros, marcados por la angustia, me llena de una punzante culpa.

¡No puedo creerlo! Mi mundo se desmorona. Busco con desesperación la hipoteca que los habría salvado del desastre, pero no encuentro rastro de ella. En cambio, un ingreso de más de dos millones de dólares, seguido de una serie de pagos que saldan todas las deudas, me deja atónita. ¿De dónde ha salido ese dinero? ¿Quién los ha ayudado en secreto? Las preguntas martillean en mi mente, y una intuición, como un susurro en la oscuridad, comienza a tomar forma.

Con la autorización de mi padre, y armada con la cuenta bancaria misteriosa, me dirijo al pueblo en busca de respuestas. La culpa me carcome, la certeza de que esa deuda es consecuencia de mis estudios, de mi ambición por escapar de la granja. Recuerdo mis palabras arrogantes, mi rechazo a la vida sencilla que ellos amaban, y el dolor me atraviesa como un cuchillo. Tengo que pagarles, tengo que redimirme de alguna manera.

*****

El pequeño pueblo me recibe con su habitual dosis de curiosidad y chismes. Todos, sin excepción, me preguntan las razones de mi regreso, con esa mezcla de interés genuino y morbo disfrazado de amabilidad. Suspiro con resignación, sabiendo que mis evasivas no harán más que alimentar las especulaciones. Cada mirada, cada sonrisa, cada pregunta, me recuerda el pasado que intenté dejar atrás, el amor que abandoné, las heridas que aún no han cicatrizado.

Entro al banco con la esperanza de encontrar respuestas. El señor Jensen, el gerente, es un viejo amigo de la familia, un hombre confiable que conoce nuestros asuntos mejor que nadie. Esquivo a la señora Potter, cuya sonrisa amable presagia un interrogatorio inminente, y me dirijo al área de gerencia. Mientras espero, reviso las redes sociales en un intento vano de distraerme. Una foto de West con Sarah, la mujer que él juraba que nunca sería su novia, me provoca una punzada de decepción y una amarga sensación de pérdida. No puedo creer que haya

desperdiciado dos años de mi vida con un hombre tan falso.

—Diana, es un gusto verte… —La voz del señor Jensen me saca de mi ensimismamiento.

—Señor Jensen, el gusto es mío —respondo con una sonrisa forzada, que no llega a mis ojos. Él es una de las pocas personas en este pueblo que realmente aprecio, un vínculo con un pasado que ahora me parece lejano e irreal.

—Pasa y veamos en qué puedo ayudarte —dice con amabilidad, sin sospechar la tormenta que se avecina.

Entramos en su oficina y me siento frente a él, con el corazón latiendo con fuerza. Stephen saca un archivo con el nombre de mi padre, y una oleada de angustia me invade.

—Entiendo que tienes unas dudas con la cuenta de la granja, y Tyler me ha avisado que tienes su autorización —dice con una mirada comprensiva.

—Voy a pasar un tiempo por aquí, y pensé en ayudar —respondo, mostrándole los movimientos bancarios, con la esperanza de que él pueda arrojar luz sobre el misterio—. Hace cinco años, se hizo un ingreso de casi dos millones de dólares en la cuenta de la granja, y desde entonces hay transferencias a otra cuenta.

El señor Jensen frunce el ceño y se recuesta en su silla. Algo en su expresión me confirma que lo que está a punto de decirme no me va a gustar. Un silencio tenso llena la habitación, cargado de presagios.

—Diana, creo que debes hablar con tus padres —dice con cautela, como si temiera mi reacción.

Exhalo con cansancio, sabiendo que esa no es la respuesta que busco. Pienso en inventar una excusa, pero la culpa y la necesidad de saber me obligan a ser honesta.

—Stephen, tú conoces a mi padre mejor que nadie. Si no me dijo que algo sucedía con la granja, no me lo dirá ahora. Pero tengo el dinero suficiente para pagar cualquier deuda, y necesito saber qué pasó.

Parece dudarlo por un segundo, consciente de la amistad que lo une a mi padre. Finalmente, con un suspiro resignado, me revela la verdad.

—Aquella Navidad, tus padres iban a perder la granja por la hipoteca. La pidieron para pagar tu matrícula en Harvard —dice con tristeza, y sus palabras me atraviesan como un puñal —. Los padres de Owen le dejaron una herencia, y él la usó para pagar la hipoteca. También compró una parte de la granja para ayudarlos.

Su confesión me golpea con la fuerza de un maremoto. No puedo creer que después de todas las palabras crueles que le dije, después del rencor que albergaba durante años, Owen haya sido quien salvara a mi familia de la ruina. La vergüenza y la gratitud me inundan, mezcladas con un dolor profundo por el amor que desperdicié, por las oportunidades perdidas. Me levanto de golpe, y mi bolso de diseñador cae al suelo con un ruido sordo, un eco de mi propia caída.

«Dios, fui una maldita egoísta», pienso con amargura, mientras las lágrimas amenazan con

desbordarse.

—Tus padres no querían que supieras nada —dice Stephen con tristeza—. Tú sabes por qué.

—Owen... y nuestra historia... —murmuro, con la voz ahogada por la emoción.

—Deberías hablar con ellos —aconseja con dulzura—. Sabes que Tyler es tan obstinado como tú, pero tienen un buen corazón.

Asiento, luchando por mantener la compostura, y salgo de la oficina sin despedirme. Al llegar al coche, una pick-up negra se detiene a mi lado. Reconozco el sombrero blanco que solo una persona en el pueblo usa. Cierro los ojos, activando los seguros del coche, presa de una oleada de emociones contradictorias: amor, dolor, culpa, gratitud, añoranza.

—Diana —me llama Owen con incertidumbre, y su voz, cargada de emoción, me atraviesa como una descarga eléctrica.

Respiro hondo y le sonrío, con la máscara de serenidad que he perfeccionado durante años. Pero la sonrisa no llega a mis ojos, que reflejan la tormenta que se agita en mi interior.

—Voy de regreso a casa —digo con voz temblorosa, evitando su mirada.

—¿Nueva York? —pregunta con temor, y en su voz percibo el eco de mi propio miedo, el terror a perderla de nuevo.

—Casa... —respondo con evasivas, sin saber cómo enfrentarlo, cómo explicarle el torbellino de emociones que me abruma.

Arranco el coche, con la mente llena de reproches y dudas. El amor, ese sentimiento que puede destruirte y sanarte al mismo tiempo, ahora es un laberinto sin salida en mi corazón. Detengo el coche a mitad de camino, abrumada por el peso del pasado. Las lágrimas que he contenido durante tanto tiempo finalmente se desbordan, liberando el dolor, la culpa, la añoranza. Nunca podré perdonarle a Owen la pérdida de nuestro bebé, aquel accidente que fue consecuencia de mis propias acciones, impulsadas por la rabia y el dolor. Pero ahora, con la verdad revelada, con la comprensión de su sacrificio, un nuevo dolor se suma al antiguo: el dolor de haberlo juzgado injustamente, de haberlo alejado de mi vida, de haber desperdiciado la oportunidad de un amor verdadero.

Capítulo VI

Llego a casa y subo corriendo a mi habitación, con el corazón latiendo como un tambor. Rebusco en el armario, apartando prendas y recuerdos olvidados, hasta encontrar la caja de galletas donde guardo mis tesoros más preciados.

La abro con manos temblorosas, sintiendo una punzada de nostalgia. La última vez que la abrí fue aquella madrugada fría y desolada, después de volver del hospital, con el alma rota y el cuerpo vacío. Aquí dentro se encuentra todo lo que fuimos y nunca seremos, los vestigios de un amor que creí eterno, los recuerdos que son el precio que pagamos por amar.

Dicen que donde hubo fuego, cenizas quedan. Pero ¿qué queda cuando el fuego ha sido tan intenso que ha dejado solo destrucción a su paso? ¿Cómo pude ser tan egoísta, tan ciega, tan cruel? Las lágrimas brotan de mis ojos, calientes y amargas, mientras la culpa me carcome. Estoy segura de que ya no hay nada que pueda hacer, que el daño es irreparable.

Owen y yo fuimos amigos, amantes, cómplices, confidentes. Compartimos risas, sueños, lágrimas, y un amor que creí indestructible. Reviso las fotos, las notas, las flores secas, cada tontería que guardé con tanto cariño: el primer empaque de chocolatina que compartimos, un boleto de cine, una pluma que me regaló en mi cumpleaños. Una vida entera condensada en una caja, un testimonio de lo que perdimos.

—Hija, la cena está lista. —La voz de mi madre me sobresalta. Abre la puerta y me encuentra con la ecografía en la mano, la imagen borrosa de un sueño que nunca se cumplió—. Diana…

—¿Por qué me lo ocultaron? —pregunto con la voz quebrada, sin poder contener el llanto —. Hubiera estado con ustedes, hubiera dejado la ciudad, hubiera regresado para ayudarlos.

Mi madre entra y se sienta frente a mí, con una mirada llena de compasión. No puedo levantar la vista del papel, avergonzada, destrozada.

—Pequeña… —dice con ternura, tomando mi mentón y obligándome a mirarla—. Lo hicimos para protegerte. No la estabas pasando bien, y no queríamos que te preocuparas por nosotros.

—Fui tan injusta esa noche… Los culpé de todo —confieso, con el arrepentimiento quemándome la garganta.

Ella sonríe con tristeza.

—Hablaba el dolor en tu corazón, no tú, pequeña. —Me abraza con fuerza, y su calor me reconforta—. Sé que nunca olvidarás ese pequeño pedacito de ustedes, pero Owen nunca ha dejado de amarte. Y mucho menos de ayudarnos. Todo lo que hace, lo hace por ti.

—¿En qué me equivoqué? —sollozo—. ¿Cómo su amor pudo resistir tanto tiempo?

—Creo que Owen siempre intuyó que no volverías —dice con sabiduría—. Estuvo a punto de ir a buscarte. Los dos se perdieron, y sé que intentaron sentir lo mismo con otras personas. Pero cuando encuentras a la persona que amas, nadie puede reemplazarla. —Se separa un poco y me sonríe, secando mis lágrimas con delicadeza—. ¿Lo amas?

Su pregunta me toma por sorpresa. ¿Puedo amar a alguien después de tanto tiempo, después de tanto dolor? La duda me invade, y no sé qué responder.

*****

Llevo tres horas sentada en el porche, con la mirada perdida en el horizonte. Espero a que Owen regrese, con el corazón latiendo con fuerza, una mezcla de esperanza y temor. No puedo creer que aquello que me faltaba, la pieza que completaba mi rompecabezas, fuera él. ¿Cómo olvidar que con él aprendí lo que es el amor, que con él toqué el cielo?

No sé si pueda volver con él, si el dolor del pasado nos permitirá reconstruir lo que perdimos. Pero recuerdo todo lo que vivimos, la intensidad de nuestro amor, la complicidad que nos unía. Y perderlo fue un dolor que nunca ha menguado, una herida que aún sangra.

La *pick-up* aparece a lo lejos, y una sonrisa tímida se dibuja en mis labios. Recuerdo las veces que lo esperaba cuando estudiaba en la universidad, los fines de semana que venía solo para verme, para compartir unas horas a mi lado. Suspiro, con el corazón lleno de añoranza. Mi corazón estuvo desilusionado durante tanto tiempo, mis sentimientos un torbellino de confusión y dolor. Nunca me perdonaré lo ciega que fui, lo cruel que fui con él, con mis padres, conmigo misma. Muchas veces las personas nos piden perdón de maneras que no logramos entender, y yo, en mi orgullo, me negué a escuchar.

Owen estaciona frente a la casa, y respiro hondo, preparándome para el encuentro. Ha nevado durante todo el día, pero en este momento la nieve cae con más intensidad, como aquella Nochebuena que marcó nuestras vidas para siempre.

Baja de la camioneta, y sonrío al ver que no lleva el sombrero puesto. Su cabello negro, ligeramente salpicado de nieve, enmarca un rostro que aún me resulta irresistible.

—¿Qué haces ahí? —pregunta con preocupación—. Vas a resfriarte.

Niego con la cabeza, ocultando mi mirada. Me estoy ahogando en un mar de dudas, de miedos, de anhelos.

—¿Por qué? —pregunto con voz temblorosa, sin saber a qué me refiero exactamente. ¿Por qué me ayudó? ¿Por qué sigue amándome? ¿Por qué no puedo olvidarlo?

—Diana… —Mi nombre sale de sus labios como un susurro, cargado de ternura y preocupación. Me conoce mejor que nadie, sabe que detrás de mi aparente fortaleza se esconde un alma vulnerable, herida.

Respiro hondo y exhalo lentamente, tratando de controlar las emociones que me desbordan.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por ellos —murmuro con sinceridad—. A veces me pregunto… ¿Cómo no voy a compararte con cualquier otro hombre?

Lo miro a los ojos, buscando respuestas, buscando una señal que me guíe.

—A veces desearía que entendieras que lo hice por ti —responde con sinceridad—. Espero que te sirva de algo saber que yo también te comparo con todas. Porque siempre pienso en ti, porque siempre has sido la única persona que he amado. Pero desde que te fuiste, solo me queda

comparar, y darme cuenta de que nadie se acerca a ti.

Trago saliva, con un nudo en la garganta, y me seco las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Busco en sus ojos alguna señal de mentira, pero solo encuentro honestidad, un amor que ha resistido el paso del tiempo y la distancia.

—¿Alguna vez te has arrepentido de algo? —pregunto con la voz rota por la emoción.

—Mi peor error fue perderte —responde sin dudar—. Así que me arrepiento de lo que te pedí aquella noche, de haberte presionado, de no haberte luchado como debía.

Cierro los ojos, y las palabras que no me atreví a pronunciar resuenan en mi mente: "Yo me arrepiento de todo lo que dije la noche después". Saco de mi bolsillo el cheque, el intento vano de saldar una deuda que va mucho más allá del dinero.

Me levanto de la escalera y me acerco a él, extendiendo el cheque con manos temblorosas. Owen retrocede, rechazándolo con un gesto de dolor.

—Solo te estoy pagando el monto de la hipoteca —le aseguro—. Sigues siendo dueño de la parte que te vendió mi padre.

—No quiero tu dinero —espeta con rabia—. No puedo creer que pienses que no aprecio a Annie y a Tyler. Me acogieron cuando me quedé solo, y tu padre no me mató cuando me enamoré de ti.

Sonrío con tristeza, comprendiendo su orgullo herido.

—Estoy segura de que los aprecias —digo con suavidad—. Por eso quiero devolverte el dinero.

—¿Nada es suficiente para que vuelvas conmigo? —pregunta con desesperación—. Ese día no solo perdí a nuestro hijo, también te perdí a ti.

Escondo la mirada, avergonzada, con el corazón desgarrado.

—Deberías cerrar todas las puertas que dejaste abiertas —digo con voz baja—, porque no voy a volver contigo. No entiendes que no me he perdonado haberme subido a ese caballo, sabiendo que el único que lo dominaba eras tú.

—Diana, lo que sucedió no fue tu culpa, ni tampoco mía —dice con ternura—. Tal vez las palabras que dijimos nos hirieron, pero dale un respiro a mi pobre conciencia. No me castigues más por un accidente que no pude evitar.

Me acerco a él, y cuando intenta tocarme, retrocedo instintivamente. Pero él es más rápido, y me envuelve en un abrazo cálido y protector. Las lágrimas brotan de nuevo, liberando años de dolor, de culpa, de añoranza. Fueron tantas noches creyendo que podía olvidarlo, que podía seguir adelante sin él. Pero Owen fue todo para mí, mi primer amor, mi amigo, mi confidente, mi amante. Le di mi corazón, y él lo rompió en mil pedazos.

—¿Hubo alguien? —pregunto finalmente, con la necesidad de saber, de cerrar ese capítulo del pasado para poder avanzar.

Capítulo VII

Owen

¿Hubo alguien? —pregunta con voz rota, y su vulnerabilidad me desarma.

No puedo creer que estemos aquí, enfrentando los fantasmas del pasado, preguntándonos si nos hemos engañado. Cierro los ojos por un instante, sintiendo el peso de sus palabras, y la certeza de mi amor por ella me invade con una fuerza renovada. La adoro, la amo con la misma intensidad que hace años, quizás incluso con más fuerza.

—Si lo preguntas por lo que te dije aquella noche… —respondo con sinceridad, tomando aire para abrir mi corazón—. La respuesta es no. Solo te amé, y te amo a ti.

Un silencio tenso nos envuelve, cargado de emociones no dichas. Recuerdo nuestras últimas semanas juntos, una vorágine de pasión y peleas, de amor y resentimiento.

—Nosotros… últimamente durábamos una noche amándonos y dos días peleando por esa maldita ciudad —confieso con dolor.

Escucho un sollozo ahogado, y Diana esconde su rostro en mi pecho. Su cuerpo tiembla ligeramente, y la necesidad de consolarla, de protegerla, me inunda.

—Yo pensé que… —murmura con voz entrecortada.

—Imaginé que algún día lo preguntarías —digo con suavidad, acariciando su cabello—. Pero mientras estuvimos juntos, fui fiel a ti.

Ella se tensa al escuchar mi respuesta, y un nuevo silencio se instala entre nosotros. El tiempo parece detenerse, y la añoranza me consume. Deseo besarla, abrazarla, perderme en su mirada, pero necesito saber si aún hay esperanza para nosotros.

Faltan cinco días para el aniversario de la muerte de nuestro bebé, una fecha que ambos llevamos grabada a fuego en el alma. La separo con delicadeza y sostengo su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme.

—Mírame —le pido con firmeza, con la necesidad de conectar con ella, de ver en sus ojos un reflejo de lo que siento—. Te amo, y te extraño. Me muero por tenerte en mis brazos, y me dolió saber que no eras para mí. Solo ve dentro de mí, Diana, y observa mi dolor. Me duele mucho estar sin ti.

—Owen… —mi nombre sale de sus labios como una súplica, y una chispa de esperanza se enciende en mi interior.

Tomo su mano y la ayudo a subir a mi camioneta. No se resiste, y ese gesto me llena de optimismo. La miro por un instante, contemplando su belleza, su fragilidad, su fuerza. Parece un ángel, un ser etéreo que ha llegado para iluminar mi vida. Arranco el motor antes de que pueda

arrepentirse, y la música inunda la cabina, una canción que habla de amor, de deseo, de entrega. Tomo su mano, y ella entrelaza sus dedos con los míos. Rezo en silencio para que pueda dejar atrás el dolor, para que vea lo mucho que la amo, lo mucho que la necesito.

Su amor es como una granada, capaz de devastarlo todo a su paso, y no quiero ser el hombre que lo pierde todo de nuevo.

—Tiraste de mí hasta que me rompí —dice con tristeza, apagando la música. Su voz, cargada de dolor, me desgarra—. El dolor que dejaste fue como un terremoto, Owen. No sé si quiero estar de nuevo a tu lado.

—No voy a correr detrás de ti —le advierto con firmeza, cansado de perseguir un amor que parece inalcanzable.

Diana chasquea la lengua con molestia.

—Tú decidiste dejarme —dice con reproche—. No puedes pretender que olvide todo. —Suspira, y su mirada se pierde en la distancia—. En algún momento nos convertimos en rivales, y dejamos de ser amantes. No voy a mentirte, eres el amor de mi vida. Pero ya me hundí una vez, traté de olvidarte, y no puedo negar que sigo amándote. Que sigo resistiéndome a volver aquí. Imagino que conoces las circunstancias que me trajeron de vuelta.

—Amarnos y no estar juntos es un final absurdo —digo con tristeza, estacionando frente a la casa que construí para nosotros, un sueño que compartimos y que ahora se alza como un monumento a nuestro amor perdido—. Si esto es una despedida, hagámoslo como se debe.

Ella me mira con confusión, con los ojos llenos de preguntas.

—¿Cómo? —pregunta con voz trémula.

—Ya el pasado pasó —digo con resignación—. Todos los momentos hermosos quedarán en nuestra memoria. Si este es un adiós, déjame hacerte el amor por última vez. Y mañana… mañana comenzamos de cero, siendo amigos.

—¿Te has vuelto loco? —pregunta con incredulidad.

Exhalo con cansancio, sintiendo el peso de la situación.

—No podemos comenzar de nuevo —digo con firmeza—, porque no hemos tenido un final. —Me acerco a ella con lentitud, sujetando su nuca con delicadeza—. Déjame decirte con mi cuerpo lo que no puedo con palabras. Sé que en el fondo también lo deseas.

Rozo mis labios con los suyos, y un gemido escapa de su garganta. Me separo y bajo de la camioneta, caminando hacia la casa. La escucho seguirme, y una mezcla de esperanza y temor me invade. Me estoy jugando la última carta, esta noche puedo perderla o recuperarla para siempre.

Llega a mi lado, y tomo su mano. Entramos en la casa, en nuestro hogar, porque todo lo que hay aquí es para ella. Diana respira hondo al reconocer la casa que una vez dibujó en un papel, la casa de nuestros sueños. La espero, con el corazón en la mano, porque la amo con cada fibra de mi ser.

—¿Sabías que te amo como el primer día? —le pregunto, atrayéndola hacia mí y rodeando su cintura con mis brazos—. Te esperaré por siempre, Diana.

No la dejo responder, sé que tiene tanto miedo como yo. Quiero que sienta que nunca encontraré a nadie como ella, que nuestro amor es único, irrepetible. La llevo hasta el sofá y la recuesto con suavidad, contemplando su belleza, la fragilidad que se esconde tras su fortaleza. Sus ojos están llenos de lágrimas, y mi corazón se encoge de dolor.

—Estamos rotos —susurra con tristeza—. Lo teníamos todo, y lo perdimos.

Me inclino sobre ella y lamo sus mejillas, secando sus lágrimas con mis labios.

—Déjame arreglarlo —le ruego con desesperación—. Solo nuestro amor puede sanarnos.

Esta vez es ella quien me besa, con una pasión que me consume. Nos fundimos en un abrazo ardiente, despojándonos de la ropa con manos temblorosas, mientras nuestros cuerpos se buscan con avidez.

Su piel se eriza bajo mis caricias, y la mía arde en llamas.

—Quédate —le pido entre besos, con la voz llena de súplica—. Quédate conmigo.

La beso con la esperanza de que recuerde cuánto la amo, con la certeza de que en sus ojos veo el mismo amor que siento yo. Y en ese beso, en la entrega de nuestros cuerpos, en la fusión de nuestras almas, encontramos la reconciliación, la promesa de un nuevo comienzo, la esperanza de un amor que renace de las cenizas.

La penetro alargando el tiempo y tratando que ella encuentre las razones para quedarse. Nunca pensé que esto volvería a suceder, por un momento le dejo hablar al fantasma de la soledad y ahogo la pena en sus labios.

Sus jadeos me alientan y se detiene el segundero de nuestro final.

—Mírame —le ordeno, mi voz un susurro ronco que se pierde en la intensidad del momento, mientras me entierro profundamente en ella, buscando una conexión que vaya más allá del placer físico—. Mírame, Diana.

Pero ella mantiene los ojos cerrados, resistiéndose a la entrega total, a la vulnerabilidad que implica mirarme a los ojos. Siento su lucha interna, la batalla entre el deseo y el miedo, entre el amor y el dolor.

—No puedo —solloza, y sus lágrimas me queman como ácido.

Muerdo su labio inferior con suavidad, instándola a abrirse, a dejarse llevar por la pasión que nos consume. Finalmente, sus párpados se abren, y sus ojos, azules como el cielo de un día de verano, me miran con una mezcla de amor, tristeza y añoranza.

—Dime adiós —le pido, con la voz quebrada por la emoción. Mis labios recorren su cuello, depositando besos húmedos y apasionados, descendiendo hasta la suave curva de sus pechos—. Si no lo haces, si no puedes… recuérdame.

Las lágrimas brotan de mis ojos, mezclándose con las suyas. Es una despedida, un adiós que

nos desgarra el alma, pero al mismo tiempo, una celebración del amor que compartimos, un último acto de entrega y pasión. Deseo que el tiempo se detenga, que esta noche dure para siempre, que nuestras pieles se fundan en una sola.

Diana comienza a moverse, correspondiendo a mis embestidas con una intensidad que me sorprende. Sus manos se aferran a mi espalda, sus uñas arañando mi piel en un gesto de desesperación y placer. Muerdo sus pezones, y ella arquea la espalda, ofreciéndomelos con una generosidad que me conmueve. Su cuerpo tiembla entre mis brazos, y un gemido gutural escapa de sus labios.

Dejo de besarla por un instante, con la necesidad de escuchar sus palabras, de aferrarme a una promesa que quizás nunca se cumpla.

—Prométeme que vas a buscarme si te arrepientes de dejarme… —le suplico con la voz llena de angustia.

—Owen… —gime mi nombre, y su cuerpo se estremece en un orgasmo que nos sacude a ambos.

—Te amo… —susurro con fervor, mientras me corro dentro de ella, depositando mi semilla, mi esencia, mi amor.

Caigo sobre su cuerpo, agotado pero satisfecho, con la esperanza de que este no sea un sueño, que la realidad no me despierte de este momento de felicidad. No quiero imaginar mi vida sin ella, sin su risa, sin su mirada, sin su amor.

—Te amo —musita con voz rota, y sus palabras son un bálsamo para mi alma herida.

Sé que no debería insistir, que quizás ella esté mejor sin mí. Pero mi corazón se rebela, me grita que este no es el final, que nuestro amor merece una segunda oportunidad. Y así, hago el amor con ella hasta que el cansancio nos vence, hasta que la pasión da paso a una tierna intimidad. La hago mía en cada rincón de la casa, en el sofá, en la cama, en la alfombra frente a la chimenea. No dejo de mirarla, temiendo que cada instante sea el último, que la magia se rompa y tenga que despedirme de ella para siempre.

—Eres celestial —murmuro, acariciando su rostro con adoración.

—Tengo que irme —dice con tristeza, y su voz me rompe el corazón.

—¿Vas a renunciar a quererme? —pregunto con desesperación, aferrándome a una última esperanza.

Diana no responde. Se viste con lentitud, cada movimiento un puñal en mi alma. La observo en silencio, con el corazón desgarrado.

—Diana… —la llamo con un hilo de voz.

—No puedo más, Owen —dice con tristeza—. Esto era un adiós…

Asiento con resignación, aceptando su decisión, aunque mi alma grite en protesta.

—Fuimos magia —dice con nostalgia—. Y algún día te darás cuenta de que lo perdimos

todo por tercos.

Exhala con tristeza y se da la vuelta, saliendo de la casa con paso firme. Nos perdimos, nos alejamos, y ahora es el momento de dejarla ir, de aceptar que nuestro camino se bifurca. Es hora de que siga mi vida sin ella, de arrancarme este amor que me consume, de encontrar la forma de sanar las heridas y seguir adelante.

Capítulo VIII

Salgo de la casa de Owen con el cuerpo temblando, el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Camino sin rumbo durante casi una hora, tratando de encontrarme a mí misma en medio del caos de mis emociones. La nieve cae con suavidad, cubriendo el paisaje con un manto blanco y silencioso, pero en mi interior, una tormenta se desata.

Me fui de la granja con el sueño de ser mejor persona, de salvar vidas inocentes. Muchos creen que los abogados no tienen alma, y tal vez tengan razón. Pero yo, en mi ingenuidad, creía que podía hacer la diferencia, que podía usar mis conocimientos para ayudar a otros. Ahora, después de todo lo que he vivido, me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

Amaba este lugar, con sus campos verdes, sus cielos estrellados, su ritmo tranquilo. Pero las bondades de la ciudad me sedujeron, me cegaron, y fui perdiendo ese cariño especial por la vida sencilla de la granja. Llego a casa y me topo con la corona de Navidad en la puerta, un recordatorio de la época que más odio desde hace cinco años.

Escucho el rugido de un motor y me giro para ver quién es. Owen sale de la propiedad a toda velocidad, dejando tras de sí una estela de polvo y decepción. Suspiro, con la certeza de que tal vez sea lo mejor para los dos. No estamos listos para enfrentarnos al pasado, a las heridas que aún no han cicatrizado.

¡Dios, anoche! Por un momento, creí en aquella frase: *"Se puede morir de amor"*. Owen me hizo el amor con una lentitud que me torturó, bebió de mis lágrimas, y expusimos nuestros corazones con una vulnerabilidad que me aterra. Pero la magia del momento se desvaneció con el amanecer, y ahora solo queda el dolor, la incertidumbre, el miedo.

Me siento frente al árbol de Navidad, y mi mente viaja al instante en que mi amor se convirtió en un cadáver.

El árbol estaba en el mismo lugar, pero mi espíritu, mi corazón, se habían quedado en el hospital, con el legrado uterino que me habían practicado.

Un aborto…

La palabra resuena en mi mente como un trueno, despertando el dolor que he intentado enterrar durante años. El maldito caballo me tumbó cuando trataba de huir de Owen, de sus exigencias, de su amor asfixiante. Estaba cansada, agotada, y aunque lo amaba con locura, no podía seguir así.

Por su culpa, por mi culpa, habíamos perdido a nuestro bebé. La radio sonaba de fondo, una canción navideña que me desgarraba el alma.

—¡Apaguen eso! —grité, con la voz rota por la angustia, las lágrimas a punto de

desbordarse.

Escuché el sonido de un motor. Mis padres estaban esperando que algo así sucediera, que la tensión acumulada durante meses explotara de alguna manera. Arremetí contra el árbol de Navidad, descargando toda la rabia, el dolor, la frustración. Mi madre ahogó un grito cuando los adornos cayeron al suelo, algunos rompiéndose en mil pedazos. Estaba fuera de mí, cegada por la desesperación.

Unos brazos me sujetaron con fuerza, y cerré los ojos, dejándome llevar por la oscuridad. En la noche en que todos esperan la llegada del Rey de Reyes, yo lo había perdido todo.

—Suéltame —sollocé, con la voz ahogada por el llanto.

—Basta, Diana —me pidió Owen, y su voz sonaba rota, llena de dolor.

Me soltó cuando dejé de forcejear. Me giré y lo miré con todo el desprecio que sentía en ese momento. Le di una bofetada que resonó en el silencio de la habitación.

—Te odio —dije con rabia, con las lágrimas corriendo por mi rostro—. Odio este maldito lugar.

—¡Hija! —musitó mi madre, con la voz llena de preocupación.

La miré y negué con la cabeza, decepcionada de mí misma, de la vida, del destino.

—Traté de arreglar esta situación, y miren cómo terminó todo —dije con amargura—. Perdí a mi bebé. Vine a pasar la Navidad con ustedes, pensaba anunciar mi embarazo… esperaba que él… —señalé a Owen con el dedo tembloroso— se fuera a la ciudad conmigo.

—Perdóname, Diana —rogó Owen, con la voz llena de arrepentimiento.

Me reí con sarcasmo, con la certeza de que nuestra historia había llegado a su fin.

—¿Perdonarte? —pregunté con incredulidad—. Me has roto el alma, Owen. No pensé que eso fuera posible. —Lo miré con rabia—. Mi vida se acabó. No te quiero cerca de mí nunca más. Te odio, y maldigo el día en que mis padres decidieron hacerse cargo de ti.

—¡Basta, Diana! —ordenó mi padre, con la voz llena de autoridad.

Lo miré y negué con la cabeza, sintiendo que la decepción me ahogaba.

—Nada de basta —dije con rebeldía—. No puedo parar, porque él abrió un hueco en mi alma, me clavó un cuchillo y luego me mató.

—Hija, sé lo que sientes —intervino mi madre con dulzura—, pero trata de calmarte.

—No debí presionarte, pero odio la ciudad, y tú no querías regresar —se excusó Owen—. Si hubiera sabido que estabas embarazada, no te habría dejado subir a ese caballo.

Negué con la cabeza, sintiendo que la desesperanza me invadía.

—Espero que sean felices los tres en su maldita granja —dije con amargura—. Porque ustedes van a perder a una hija. Y tú… —suspiré— tú y yo no vamos a vernos nunca más.

Salí corriendo, con el corazón destrozado, empaqué mis cosas y me fui de la granja, pensando que no volvería jamás.

—Diana… —La voz de mi padre me saca de mis recuerdos, de la espiral de dolor y recriminaciones.

Levanto la vista y lo miro con tristeza. Hoy se cumplen cinco años del accidente, cinco años desde que mi vida se partió en dos. Mi corazón sigue roto, las heridas aún sangran.

—Tienes que dejar ir todo, Diana —me dice con preocupación—. Te estás haciendo daño. No puedes seguir culpando a Owen. Te toca ser valiente y aceptar que no era el momento. Que tal vez tengas la oportunidad de ver lo que hace cinco años no quisiste.

—Me lastimó… —murmuro con dolor.

—Y te aseguro que de todas las cosas que ha hecho Owen en su vida, lo que menos quiso fue lastimarte —dice con convicción.

—Yo lo amo —sollozo—, pero no sé si pueda perdonarlo.

Mi padre se acerca y se sienta a mi lado. Me abraza con fuerza, y me refugio en su calor, buscando consuelo en su amor incondicional.

—Ninguno es perfecto —dice con ternura—. Pero creo que es hora de que aceptes que Owen te ama más que a nada en el mundo. Deja el orgullo de lado y mira todo lo que ha hecho por ti. La razón por la que nos ayudó… fuiste tú.

—Papá… —digo con la voz ahogada por la emoción.

—Llora, Diana —dice con suavidad—. Saca todo eso que llevas dentro. Y luego busca a Owen. Porque todos merecemos una segunda oportunidad, y más en Navidad.

Sus palabras me llegan al alma, como un bálsamo que calma mis heridas. Me aferro a su abrazo, dejando que las lágrimas fluyan libremente, liberando el dolor, la culpa, el resentimiento. Y en medio de la tristeza, una pequeña llama de esperanza comienza a arder en mi corazón. Quizás mi padre tenga razón. Quizás sea hora de perdonar, de olvidar, de darme una segunda oportunidad, a mí misma y al amor que aún siento por Owen.

Capítulo IX

Todos tenemos demonios que nos alejan de las personas que amamos. Volver aquí ha despertado todos los horrores que creí haber olvidado, los fantasmas que me persiguen desde aquella Navidad. Mi corazón se congeló en aquel invierno, y no he vuelto a ser la misma.

Me siento afuera, en el porche, a esperar el regreso de Owen. Les he pedido perdón a mis padres, pero necesito pedírselo a él, necesito liberarme de esta culpa que me carcome. En todas las historias de amor siempre hay un malo, pero todo depende del punto de vista, de la versión que se cuente. Y yo necesito contarle mi versión, necesito que él entienda mi dolor.

—No vendrá esta noche —me anuncia mi madre con tristeza, sentándose a mi lado y tomando mi mano.

—¿Está en su casa? —pregunto con un hilo de voz.

—No lo sé. La Nochebuena se va a un lugar que solo él conoce. Le respetamos su momento —responde con comprensión.

Suspiro, sintiendo la angustia crecer en mi pecho.

—Mamá, esa noche le iba a contar que estaba embarazada —confieso con dificultad—. Pero él me puso entre la espada y la pared…

—Los dos olvidaron que debían aferrarse el uno al otro —dice mi madre con sabiduría—. Tú pedías mucho de él, y viceversa. Los dos se aman, pero tienen muchas heridas que sanar.

—Realmente lo quieres… —murmuro, sorprendida por la intensidad de sus palabras.

—Es parte de la familia —responde con cariño—. Y estoy segura de que es el único que puede cuidarte.

Cierro los ojos, conmovida por sus palabras. Sin decir nada más, me levanto y busco las llaves del todoterreno de mi padre. Salgo corriendo, con la determinación de encontrar a Owen, de hablar con él, de pedirle perdón. Solo hay un lugar donde puede estar, y rezo mentalmente para que así sea.

*****

Estaciono junto a la *pick-up* de Owen, en el viejo granero que tantas veces fue testigo de nuestro amor. Me bajo del coche y me quedo paralizada por un instante, abrumada por los recuerdos.

Nunca me imaginé la vida sin él. Por un momento, sueño con nuestro bebé junto a nosotros, en la casa que él construyó, esperando la llegada de Santa Claus. Una familia feliz, un futuro que

nos arrebataron. Me ajusto el anorak, sintiendo el frío de la nieve en mi rostro.

«No hay marcha atrás. Lo hecho, hecho está. Y debo intentarlo», me digo con determinación.

Camino hacia el granero, con el corazón latiendo con fuerza. ¿Cómo puedo amarlo tanto después de todo lo que pasó? Lo encuentro acostado en el suelo, con el sombrero cubriéndole el rostro, una botella de whisky en la mano. Me acerco con temor, con la culpa carcomiéndome el alma. Mucho de lo que soy se lo debo a él, y fui ciega durante demasiado tiempo.

Intento ser silenciosa, pero mis pasos me delatan. Owen se levanta con brusquedad, con la mirada nublada por el alcohol.

—Lárgate —me ordena con voz pastosa.

—Owen… —digo con súplica.

Niega con la cabeza, como si librara una batalla interna.

—Escondo que me mata haberlos perdido —murmura con dolor—. Ojalá dejaras de ver que la única víctima eres tú…

Cierro los ojos, sabiendo que ambos perdimos, que ambos sufrimos. Pensé que mi carrera era todo, me olvidé de que sin amor no soy nada. Y ahora, las palabras crueles que le dije me persiguen, como puñales clavados en mi corazón.

Doy un paso hacia él, y Owen se levanta de un salto, con el cuerpo tambaleante. Le toma unos segundos recuperar el equilibrio.

—¡Vete! —grita con desesperación—. Eres la culpable de que esté así. Nada de lo que hago sirve para recuperarte, para sacarme de este maldito hoyo…

—Owen, perdóname —le ruego con lágrimas en los ojos—. Por todas las cosas que hice, que dije… ¿Puedes perdonarme?

Sacude la cabeza, negando con rabia, y suelta una carcajada amarga. Sé que está borracho, pero también sé que mis palabras le llegan al alma.

—Santa Claus me hizo el milagro —dice con sarcasmo—. La misma noche que te perdí, ahora te trae de vuelta.

—Owen, vamos a casa, por favor… —le suplico.

—No —grita con dolor—. Parece mentira que te veo de nuevo, y mi mundo se paraliza, como el primer día que llegué a esta maldita granja. Te deshiciste de mí, no te importó que también fuera mi hijo… ¡Era mi hijo, Diana! Y a ti se te olvidó que el mundo no gira a tu alrededor.

Cierro los ojos, conteniendo las lágrimas. Sus palabras me duelen, pero sé que tiene razón.

—Mi madre te espera, es Nochebuena. Vamos a casa, y olvídate de eso por esta noche. Mañana, cuando estés sobrio, podremos hablar —digo con suavidad.

—Nochebuena… mis polainas… me importa una mierda la Navidad —grita con rabia—. Porque mi corazón se congeló ese maldito diciembre en que te fuiste. —Suelta una carcajada llena de dolor—. No quiero verte, vete. —Me señala la puerta con un gesto brusco—. Estoy cansado, estoy luchando por algo que no tiene sentido. Eres una maldita que solo ve su dolor.

Sus palabras me hieren, pero no digo nada. Tiene derecho a insultarme, a descargar su dolor.

—Vamos a casa, Owen… —repito con firmeza.

Camina hacia mí con paso vacilante y pone sus manos en mis hombros. Sonríe con tristeza, y tengo que levantar la mirada para encontrar sus ojos. Me quedo sin palabras al verlo. Parece capaz de iniciar una guerra, pero al mismo tiempo, veo en él al hombre del que me enamoré, al hombre que siempre he amado.

—Yo te quiero más que a nada en el mundo —dice con voz ronca—, pero tú no lo ves. Y me has hecho mucho daño.

Me besa con pasión, y su beso sabe a whisky y a tabaco. Le correspondo con la misma intensidad, deseando que sienta cuánto lo amo. Se separa de mí con brusquedad, y sus ojos brillan con rencor.

—Te ibas a quedar conmigo toda la vida —me reprocha—, pero ahora estoy solo, y no lo ves. Me dejaste, y eres una mentirosa, porque siempre me trago tus palabras.

—Owen… —sollozo su nombre, con el corazón destrozado.

—Toma mi mano y vámonos a casa —le pido con súplica.

—No —responde con terquedad—. Porque yo te quiero en la casa que construí, con la esperanza de que algún día volverías a mí.

Sonrío con ternura, conmovida por su amor, por su persistencia.

—Volvamos a casa —digo con dulzura—. Te prometo que mañana, cuando despiertes, me lo agradecerás.

Parece pensarlo por un momento, y luego comienza a caminar hacia la salida del granero. Cierro los ojos con gratitud, aliviada de que haya aceptado. Se sube en el asiento del copiloto de su *pick-up*, y lo sigo con la esperanza de que mañana podamos enfrentar cualquier cosa juntos.

Enciendo el motor, y la radio comienza a sonar. Villancicos llenan la cabina, creando una atmósfera mágica, llena de paz y esperanza. Está nevando, y la granja duerme, esperando la llegada del Mesías. Owen se queda dormido, y conduzco con cuidado hasta su casa. Las canciones navideñas me recuerdan el verdadero significado de estas fiestas: amar, perdonar, volver a casa, estar con las personas que amamos.

Siempre pensé que las películas de Navidad eran pura fantasía, pero ahora, en este momento, siento que la magia es real. Nuestros corazones se abren, las heridas comienzan a sanar, y el amor renace con más fuerza que nunca.

Llegamos a la casa, y lo ayudo a bajar de la camioneta. Se despierta por un instante, confuso, y me ayuda a llevarlo a la cama. Me acuesto a su lado, sintiendo una profunda paz.

Estoy en mi hogar, en Navidad, con el hombre que amo. El dolor, la culpa, el resentimiento, se desvanecen en la calidez de su presencia.

A veces pienso que es verdad eso de que perder un hijo puede fortalecer o terminar una relación. Nosotros perdimos a nuestro bebé, y perdimos el rumbo. Pero ahora, después de la tormenta, tenemos la oportunidad de subir una nueva montaña, de amarnos como debimos hacerlo desde un principio. Y esta vez, no la voy a dejar escapar.

Capítulo X

Me remuevo en la cama y siento el calor de un cuerpo cálido a mi lado. Abro los ojos y me sorprende una oleada de ternura. No puedo creer que Diana esté ahí, acurrucada entre mis brazos. La envuelvo con más fuerza, aferrándome a la ilusión del momento, aunque sé que es efímero. Cuando despierte, ella se habrá ido, y este instante de felicidad se desvanecerá como un sueño.

Anoche fue mi día gris, y su maldita despedida solo lo empeoró. La amo con toda mi alma, pero a veces la odio con la misma intensidad. Fue verla de nuevo y sentir que todo ese amor que siempre he sentido por ella se congelaba. No puedo creer que no sea capaz de ver cuánto la amo, cuánto la necesito.

La abrazo como si el mundo fuera a acabarse, porque no puedo vivir sin ella, y al mismo tiempo, tengo miedo de que algún día termine de irse. Muchas veces sabemos cuándo las cosas están destinadas a ser, y cuándo no. Pero nos aferramos a esos amores imposibles, con la esperanza de que el destino nos dé una segunda oportunidad.

—Owen… —murmura mi nombre con voz somnolienta, y una sonrisa se dibuja en mis labios. He soñado tantas veces con amanecer a su lado…

—Aquí estoy —le susurro con ternura.

Como un adicto que ha vuelto a probar la droga, recorro con la mirada su cuerpo perfecto. Ella es la mujer más hermosa del universo, al menos para mí. Porque cuando amamos, no vemos las imperfecciones, amamos aquello que es perfectamente imperfecto para nosotros.

Diana abre los ojos, y yo me quedo en silencio, cerrando los míos con temor. Espero que se levante y vuelva a huir, que la realidad me golpee con su crudeza. Pero en lugar de eso, siento su mano acariciando mi mejilla, sus labios rozando los míos con dulzura.

—Abre los ojos, por favor —me pide con voz suave, y su petición es una caricia para mi alma.

Exhalo el aire que no sabía que estaba conteniendo, y lentamente abro los ojos. Ella me sonríe, y mi mundo se ilumina como un árbol de Navidad.

—Te amo —afirma con convicción, sujetando mis mejillas con delicadeza. Creo que estoy soñando.

Ella está ahí, entre mis brazos, diciéndome que me ama. Su cabello rojo se desparrama sobre la almohada, sus pecas adornan el puente de su nariz, y su sonrisa hace brillar sus ojos azules.

—¿Esto es real? —pregunto con incredulidad, con miedo a que la felicidad se desvanezca.

—Lo es —me asegura con una sonrisa radiante—. Perdóname, amor mío, por condenarte a cinco años de dolor. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. No me di cuenta de que los dos

habíamos perdido a nuestro pequeño.

Cierro los ojos y la beso con pasión, con la necesidad de borrar el dolor, de aferrarme a este presente que me regala la vida. Hoy, en la mañana de Navidad, tengo el mejor regalo que podría desear: la tengo a ella.

Estoy de vuelta en casa, porque sus brazos son mi hogar. Diana se separa de mí y me sonríe con esa picardía que me vuelve loco. Cada día me enamoro más de ella, de su fuerza, de su vulnerabilidad, de su capacidad de amar.

—Owen, sé todo lo que has hecho por mis padres y por mí —dice con emoción—. Solo puedo decirte que fui una tonta. Mi orgullo y mi dolor no me dejaron ver que estar contigo es lo único que necesito para ser feliz.

—Te amo, Diana —le digo con sinceridad—. Y nunca voy a reprocharte nada. Pero por más feliz que me haga este reencuentro, necesito que me prometas que no te irás, que te quedarás aquí, en nuestro hogar.

Ella sonríe con ternura.

—Busqué durante mucho tiempo algo que tenía en casa —dice con convicción—. Y no pienso volver a la ciudad. Mi lugar está a tu lado. ¡Feliz Navidad!

Juego con mi nariz y la suya, y ella suelta una risita que suena como las campanillas del trineo de Santa Claus.

—¡Feliz Navidad, mi amor! —le digo con el corazón rebosante de alegría.

*****

Annie y Tyler no dejan de observarnos mientras cenamos con ellos. La radio suena de fondo, villancicos que llenan la casa de una atmósfera festiva. Creo que aún no pueden creer que estemos juntos. Cuando les dimos la noticia, saltaron de felicidad, pero también sé que, como todos, creen que en algún momento explotaremos.

Pero nosotros sabemos que, de alguna forma, siempre terminaríamos juntos. A veces buscamos el cariño en otras pieles, hacemos el amor con otras personas, pero nunca es lo mismo. Cuando encuentras a esa persona que te llena en todos los sentidos, las segundas oportunidades pueden tener un final feliz, si te lo propones.

Mis padres me enseñaron que la Navidad es la época de la reconciliación, de dar sin esperar nada a cambio, de amar a los que menos tienen, de estar con la familia. Tomo mi copa y la alzo, y todos guardan silencio. Me aclaro la garganta y hablo con el corazón en la mano:

—Pensé que este momento nunca llegaría —digo con emoción—, pero creo que solo debíamos buscar en nuestros corazones y perdonarnos, pasar página y olvidar. —Alzo mi copa —. Hace quince años llegué a esta granja, sin nada más que un montón de dolor por perder a mis padres. Todos me abrieron las puertas de sus corazones, y tú… —miro a Diana con ternura— me devolviste las ganas de vivir. No sabía que amar significara tanto, pero contigo estoy dispuesto a todo.

—Owen… —dice con la voz entrecortada por la emoción.

Me levanto y aparto la silla. No quiero esperar más, el tiempo es ahora. Dejo mi copa en la mesa y me arrodillo frente a ella. Annie contiene la respiración, y mi pelirroja me observa con incredulidad.

—Diana, no necesito esperar cinco años más para conocernos —digo con el corazón latiendo con fuerza—. Tú eres la persona que mejor me conoce, sabes lo bueno y lo malo que hay en mi corazón. Lo único que deseo en esta Navidad, y en todas las Navidades que están por venir, eres tú. —Saco una cajita de terciopelo y la abro, revelando un anillo de compromiso—. ¿Te quieres casar conmigo?

—¡Oh, Dios mío! —exclama emocionada, tapándose el rostro con las manos.

Diana retira las manos de su rostro, y sus ojos azules brillan con felicidad. Pensé que nunca volvería a ver esa luz en su mirada.

—Sí, Owen —dice con voz temblorosa.

Se lanza a mis brazos, y escucho los sollozos de sus padres. La música de fondo crea una atmósfera mágica, y en ese instante, sé que mi verdadero cuento de Navidad ha comenzado. Soy el hombre más feliz del mundo, porque la tengo a mi lado, y porque sé que esta vez, nuestro amor será para siempre.

Epílogo

Dos años después...

Las notas alegres de *Jingle Bells* llenan la sala, mezclándose con las risas de nuestros gemelos, Conrad y Connor, que gatean con entusiasmo alrededor del árbol de Navidad. No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo, cómo esos pequeños que hace apenas unos meses eran bebés indefensos, ahora exploran el mundo con una energía inagotable. Mis padres, con los ojos brillantes de felicidad, disfrutan de cada una de sus travesuras, de sus caritas llenas de asombro, de sus primeros pasos tambaleantes. Owen, mi esposo, mi amor, se sienta junto a ellos, abriendo uno de los regalos con una sonrisa que ilumina su rostro.

Tomo fotografías sin cesar, queriendo inmortalizar cada instante de esta felicidad que creí imposible. Mi vida es ahora lo que nunca imaginé, un remanso de paz y amor que siempre tuve al alcance de la mano, pero que no supe ver. Ya no voy a los juzgados, no tuve la necesidad de denunciar a mi exjefe. La justicia llegó en el momento justo, y ahora él enfrenta las consecuencias de sus actos.

Mis padres, con su amor por la música, han puesto el álbum navideño de Frank Sinatra, como cada mañana de Navidad. Verlos jugar con nuestros bebés, con esa ternura que solo los abuelos pueden tener, es un regalo para el alma. Cuando quedé embarazada, no imaginé que serían dos. Fue una sorpresa que nos llenó de alegría, una bendición inesperada que cambió nuestras vidas para siempre.

Owen me abraza por la espalda, sus manos rodeando mi vientre abultado. Muy pronto, Emma llegará a nuestras vidas, completando nuestra felicidad.

—¡Feliz Navidad, mi amor! —murmura al oído, y su voz me estremece.

—Amor… —susurro, tomando la pequeña bolsita que tiene en sus manos. La abro con curiosidad, y al ver su contenido, contengo la respiración. Es una bola de nieve, delicada y hermosa. Dentro, una pareja se besa bajo el muérdago. La chica es pelirroja, igual que yo, y él es Owen, con su inseparable sombrero de vaquero—. ¡Es preciosa! —digo con emoción.

—Siempre contigo podré superar los obstáculos —dice con ternura, apoyando su mentón en mi hombro—. Eres todo lo que siempre he deseado, y lo tengo todo. No puedo pedir más.

Sonrío, con el corazón rebosante de amor.

—En ti puedo encontrar la magia —respondo con sinceridad—. Contigo descubrí que puedo contar contigo en cada tristeza, en cada rabia, en cada alegría. —Él sonríe, y sus ojos brillan con amor—. Ámame, Owen, que cada día voy a amarte más. Voy a cuidarte todos los días, y no necesito nada más que tú.

Me besa con pasión, un beso que me roba el aliento, que me transporta a un mundo donde solo existimos nosotros. Creo que nadie está preparado para tanto amor, para tanta felicidad. Nos imaginamos tantas veces este momento, y cuando llega, el miedo nos paraliza, nos hace dudar, nos aleja. Pero esta vez, no vamos a dejar que el miedo nos venza.

Para mí, la Navidad significa los recuerdos más tristes y más felices de mi vida. También aprendí que es la época de la redención, de las segundas oportunidades. Si el verbo de Dios se hizo hombre en un pequeño pesebre, si el Rey de Reyes nació con la humildad de un pastor, nosotros también podemos bajar la guardia, perdonar, amar.

No necesito nada más, porque lo tengo todo. Tengo a mi familia, a mi esposo, a mis hijos. Tengo el final perfecto para mi historia. Porque no todas las historias terminan como cuentos de hadas, pero hay muchas que tienen finales felices. Y esta, sin duda, es una de ellas.

Fin

REGALO 5

LA PRIMERA NAVIDAD

de Alba

Regalo V

¡Sumérgete en la magia de la Navidad con "La Noche Más Linda"! Si te cautivó la historia de Alejandra y Andrea, este relato te encantará. Revive la pasión que conquistó tu corazón hace siete años, en una nueva aventura llena de ternura.

Acompaña a Alejandra, Andrea y su pequeña Alba en su primera Navidad juntos, mientras disfrutan de las luces y el encanto de Milán. Descubre cómo su amor se fortalece en medio de la alegría festiva.

¿Aún no conoces la historia de Alejandra y Andrea? ¡No esperes más! Adéntrate en su mundo y déjate llevar por la magia de "La Noche Más Linda".

-1-

Alejandra

La casa de Milán siempre me ha parecido un castillo, con sus techos altos, sus amplios salones y sus jardines interminables. Andrea se niega a venderla, y yo he dejado de insistir. Realmente guardo hermosos recuerdos de este lugar. Aquí fue nuestra primera noche juntos, nuestra boda, y también aquí celebramos su remisión. Cada rincón de esta casa guarda un fragmento de nuestra historia de amor, un testimonio de la felicidad que hemos construido juntos.

Nuestra pequeña Alba corretea por el suelo de mármol en su coche eléctrico, mientras Andrea la persigue con una sonrisa en el rostro. Trato de organizar nuestra primera Navidad juntos, pero me resulta difícil concentrarme con la energía desbordante de nuestra hija. No puedo creer que hayan pasado ya ocho meses desde su nacimiento. Camina con soltura, y es un pequeño terremoto que llena cada espacio de esta casa con su alegría. Andrea, por supuesto, se comporta como un niño más, disfrutando de cada momento con Alba.

—Andrea, ten cuidado con Alba —le grito, levantándome del suelo con un poco de dificultad.

En ese preciso instante, escucho la risa de mi niña y los pasos de su padre. Alba se aferra a la barba de Andrea y tira de ella con sus manitas, provocando una carcajada en él. Dibujo una sonrisa en mis labios, sintiendo una profunda gratitud por la felicidad que me rodea. Tengo todo lo que siempre quise: una familia, un hogar, un amor que me llena el alma.

Andrea se acerca y me besa con ternura.

—Eres una aguafiestas —me dice en tono de broma, pero sus ojos brillan con amor.

Alba se lanza a mis brazos, y la cargo con cariño. Andrea me atrae hacia él, y sus ojos brillan con una intensidad que me hace dudar de la realidad. Después de conocer el infierno y el purgatorio, ahora vivimos en el paraíso del amor.

—Un día de estos tendrás un susto con ella —le advierto con una sonrisa, sabiendo que está usando su irresistible mirada como arma—. Te amo.

—Te amo —responde él, depositando un beso en mis labios.

Suspiro, recordando el camino que nos trajo hasta aquí. Nunca pensé que conocería al amor de mi vida, y mucho menos que sería Andrea Pacci. Pero aquí estamos, dos años después, juntos y felices.

—Te dije que debías contratar a alguien para decorar la casa —me reclama con una sonrisa.

Pongo los ojos en blanco. Aún no me acostumbro a ser rica, a tener tanto dinero.

Malgastarlo me produce cierta incomodidad, y Andrea y yo a menudo discutimos por esas cosas. Él me recuerda que la vida es un suspiro, y yo insisto en que la vida es la suma de pequeños detalles, como hacer que la primera Navidad de nuestra pequeña sea especial.

—¿Listo? —le pregunto con entusiasmo, señalando las cajas con los adornos navideños.

—La verdad es que no, pero ya que insistes… —responde con resignación fingida.

Dejo a Alba en el corral con sus juguetes, y ella se resiste por un momento, llorando con fuerza. Es digna hija de su padre, le gusta que se cumpla su voluntad. Finalmente, toma su conejito de peluche y se calma, pero la lucha interna de Andrea por no ir a consolarla es evidente. No soporta escucharla llorar.

Emprendo la tarea de abrir las cajas con los adornos que he comprado para el árbol. Andrea me ayuda con un poco de fastidio, pero al ir sacando cada adorno, su curiosidad aumenta. La servidumbre nos observa con interés. Ayer, cuando colocaron el pino de dos metros de alto y las luces, todos me preguntaron cuándo llegaría la decoradora. Su sorpresa fue mayúscula al escuchar que lo haría yo misma.

—Sostenme la escalera —le pido a Andrea.

—Ale, esto me parece mala idea… —dice con preocupación.

—Andrea… —lo reprendo con una mirada.

—No sé, Ale… —murmura, mirando la escalera con desconfianza—. Son dos metros, y no me parece seguro.

—No voy a pagar por algo que puedo hacer yo… —respondo con determinación.

Lo ignoro y comienzo a subir la escalera. Mi meta es terminar antes del anochecer. He mirado miles de revistas, he consultado con Marta, mi mejor amiga, y no pienso cambiar mi plan solo porque ahora soy millonaria. Andrea me va pasando los adornos, y poco a poco, el árbol va tomando forma.

—Enciende las luces —le pido cuando termino de colocar el último adorno.

Me fijo en Alba, que duerme plácidamente en su corral. Andrea enciende las luces, y un "¡Oh!" de asombro escapa de sus labios. Me esfuerzo por dar lo mejor de mí, y al llegar al final, busco una caja especial y se la entrego. Andrea la abre y encuentra la nota que escribí anoche:

"Esta es la primera Navidad de muchas juntos como familia. Esta estrella siempre brillará, porque ella nos muestra el camino a casa.

Te amo, Andrea. Tuya por siempre… Ale."

—Alejandra… —murmura emocionado, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es tuyo el momento —le digo, señalando la cúspide del árbol.

La estrella, hecha con diminutos cristales de *Swarovski*, brilla con intensidad al contacto con las luces. Andrea la coloca con cuidado, y baja de la escalera con una sonrisa radiante. Me toma de las caderas y me atrae hacia él.

—Gracias por insistir —dice con ternura, acercando sus labios a los míos.

Sostengo la respiración, como siempre que me besa. Sé que el destino lo puso en mi camino para enseñarme a amar, para mostrarme la felicidad que creía inalcanzable. Creo que nunca existirá un amor más grande que el nuestro. No encuentro las palabras para decirle lo mucho que lo amo, que mi vida no tiene sentido sin él. Por eso, trato de demostrárselo cada día.

Cuando por fin me besa, confirmo que lo que siento es amor verdadero. Solo pienso en él, hablo de él, respiro por él. Nunca me arrepentiré de aquella noche en que con un beso sellamos nuestro destino. Andrea y Alba son lo más importante en mi vida, y soy inmensamente feliz de tenerlos conmigo.

Sus labios me poseen, haciéndome saber que le pertenezco. Rompemos el beso cuando Alba comienza a llorar, y sonrío al mirarlo. Andrea cierra los ojos por un instante, y dice con emoción:

—Gracias por darme razones para vivir. Eres, y serás, lo más bonito de mi vida.

—Andrea… —digo con la voz llena de amor.

—Siempre te dije que tu amor es mi guía —me asegura, besando mis labios con ternura—. Te amo, Alejandra.

Caminamos hacia el corral y tomamos a Alba en brazos. Andrea logra calmarla, y juntos le mostramos el árbol de Navidad. Los tres colocamos bajo el árbol una pequeña ciudad de juguete, con un tren que la recorre.

—Esto es lo que soñaba cuando le pedí que luchara por nosotras —digo conmovida.

Andrea me besa con amor, y nuestra hija nos separa con una sonrisa traviesa. Lo tengo a él, tengo a nuestra hija, y no necesito nada más. Esta Navidad, rodeada del calor de mi familia, siento que la felicidad es completa, que la vida me ha dado una segunda oportunidad, y que esta vez, la voy a aprovechar al máximo.

-2-

Andrea

Te amo —susurro, cayendo a su lado en la cama, agotado pero feliz.

Alejandra es todo para mí. Nunca imaginé que mi vida podría ser así de plena, así de dichosa. Todo cambió aquella noche en que la conocí. Huía de las excentricidades del mundo en el que nací, buscando refugio en la oscuridad de un bar. Y allí estaba ella, radiante, llena de vida. Como la primera vez que me fijé en ella, cayó entre mis brazos, y fue perfecto. Regresé a Milán pensando que tal vez se habría ido, pero la encontré de nuevo, esperándome.

Ella luchó por nuestro amor, contra viento y marea. Casi la pierdo mientras yo luchaba la batalla más dura de mi vida, contra un enemigo invisible que amenazaba con arrebatarme todo. Pero Alejandra nunca se rindió, siempre estuvo a mi lado, dándome fuerza, amor, esperanza.

—Andrea —me llama con dulzura, dándome una pequeña palmada en el pecho.

—Sí… —respondo con voz somnolienta.

—Estás perdido de nuevo en tus pensamientos —me reclama con una sonrisa.

Giro el rostro y la miro. No puedo creer que la mujer más hermosa del universo se haya fijado en mí.

—Lo siento —me disculpo, y una sonrisa se dibuja en mis labios.

Alejandra me regala una de esas sonrisas que me enamoran un poco más de ella. ¿Acaso es posible enamorarse más?

—Deja de cuestionar tu felicidad —me reprende con cariño.

—Ale… —digo con ternura, atrayéndola hacia mí.

Ella aprovecha la oportunidad y se sube sobre mí, con una picardía que me encanta. Pongo las manos en sus caderas, admirando cada parte de su cuerpo: su piel morena, sus pechos, su abdomen con pequeñas estrías, todas sus curvas. Ella es perfecta para mí, la mujer más hermosa que mis ojos han visto.

—Deja de comerme con la mirada —me ordena con una risita.

—No puedo… —confieso con sinceridad.

—¿Qué te atormenta? —me pregunta con una sonrisa.

—Te amo —le aseguro, mirándola a los ojos.

—Lo sé, Andrea —responde con dulzura—. Y yo te amo a ti. —Sonríe y exhala con un suspiro—. Deja de pensar en el pasado y disfruta del presente.

Acaricia mi tatuaje, un recordatorio de la batalla que superamos juntos, y se acuesta sobre mi pecho, escuchando los latidos de mi corazón.

—Contigo, el futuro es fácil —dice con convicción—. Solo tengo que luchar para ser feliz.

—Ya es el momento de serlo —susurro—. Deseo pasar el resto de mi vida contigo.

Cierro los ojos por un instante, con miedo al futuro, a la incertidumbre que siempre nos acecha. Pero la calidez de Alejandra, su amor incondicional, me dan la fuerza que necesito.

—Y yo contigo —respondo con firmeza.

Alejandra se duerme sobre mi pecho, y entiendo que lo nuestro se dio de forma natural, como si el destino nos hubiera unido. Hay personas que están destinadas a encontrarse, y mi mujer viajó miles de kilómetros para encontrarme.

Despierto solo en la cama, y busco a Alejandra por toda la casa. El invierno ha llegado a Milán, y la nieve cae con suavidad sobre la ciudad. Finalmente, la encuentro junto a Alba, frente al árbol de Navidad. Mi hija juega con el tren de juguete, mientras Alejandra la observa con ternura.

Mi esposa detiene el tren, y Alba intenta hacerlo andar de nuevo, con una impaciencia que me hace sonreír. Me quedo mirándolas un buen rato, contemplando la escena con una mezcla de amor y nostalgia. Mi pequeña hija se ríe con tanta alegría que mi corazón se llena de felicidad. Me acerco a ellas y les propongo ir a caminar por las calles de Milán. Alejandra acepta, y nos abrigamos para salir.

En el coche, encendemos la radio, y la música llena el ambiente. Cantamos juntos, y Alba balbucea en su sillita, creando una melodía improvisada que me llena de alegría. Salimos de la mansión, y Milán nos recibe con sus calles nevadas, sus luces navideñas, y su ambiente festivo. Mañana es Nochebuena, y sé que esta es una de las épocas del año que más disfruta Alejandra.

Me estaciono cerca del Duomo, y bajamos del coche. Colocamos a Alba en la carriola y caminamos hasta encontrarnos con nuestros amigos, Marta y Luca. Marta se abalanza sobre Alba, llenándola de besos y caricias.

—Al fin salieron del castillo —nos dice a modo de saludo.

Pongo los ojos en blanco, mientras ella abraza a Alejandra. Luca y yo nos saludamos con un apretón de manos. Nunca imaginé que mi mejor amigo y la mejor amiga de mi esposa terminarían juntos, pero aquí están, felices y enamorados. El destino, a veces, tiene un peculiar sentido del humor.

Ellas caminan delante de nosotros, y Luca y yo las seguimos en silencio. En algún momento, Marta comienza a tomar fotos, y Luca me pregunta con preocupación:

—¿Todo bien?

Esa misma pregunta me la he estado haciendo durante meses. Creo que lo que tengo es miedo a ser feliz.

—Sí, todo bien —respondo con evasivas.

—Andrea, eres un mal mentiroso —se burla Luca—. Te conozco desde hace tantos años que puedo adivinar cuándo mientes.

Resoplo, sintiendo que la máscara de serenidad se resquebraja.

—Muchas veces me cuestiono si de verdad todo esto es cierto —confieso, señalando a Alejandra y Alba—. Tengo una mujer que me hace feliz, y una hija. ¿Puedes creerlo? Hasta hace poco pensaba que iba a morir, pero ahora lo tengo todo, y tengo miedo de que el cáncer vuelva para quitármelo.

Luca me mira con comprensión y niega con la cabeza. Me da una palmada en el hombro y me dice con sinceridad:

—Ya todo lo malo que podía pasarte, te sucedió, Andrea. La verdad, creo que es momento de ser feliz. Te lo mereces.

—Andrea, ven —me llama Alejandra con una sonrisa.

Nos acercamos a ellas, y le doy un beso en la coronilla a Alba. Mi pequeña balbucea "papá", y mi corazón se derrite de amor. Marta nos pide que posemos frente al Duomo, como miles de turistas, y nos toma una fotografía. Le pido que tome otra con mi móvil, y en ese instante, me doy cuenta de que es hora de olvidarme de lo malo, de dejar atrás el miedo y disfrutar de la felicidad que la vida me ha dado.

Disfrutamos del día con nuestros amigos, paseando por las calles de Milán, tomando chocolate caliente, y riendo con las ocurrencias de Marta, que como siempre, termina derramando chocolate sobre la carriola de Alba. Afortunadamente, mi hija estaba en mis brazos en ese momento. Mientras Marta intenta limpiar la mancha, empeorando la situación, le asegura a Alejandra que ha sido sin querer. Mi esposa pone los ojos en blanco, y yo no puedo evitar sonreír. Estos pequeños detalles, estas escenas cotidianas, me hacen valorar la segunda oportunidad que la vida me ha dado para ser feliz. Y estoy decidido a aprovecharla al máximo, junto a mi esposa, mi hija, y mis amigos.

-3-

Alejandra

Andrea vaga por la casa con el ceño fruncido, como si una preocupación invisible lo atenazara. Su inquietud se contagia a mi corazón, despertando una punzada de desasosiego. Camino hasta el estudio, y lo encuentro en su sillón favorito, con la cabeza gacha, sumido en sus pensamientos. La luz grisácea del invierno que se filtra por el ventanal le da un aire melancólico, casi inalcanzable. Por los altavoces suena una canción de los años cincuenta, una melodía que habla de luchar por volver a los brazos que se aman. Suspiro, recordando lo mucho que hemos luchado para llegar hasta aquí, y me preocupa verlo así, tan ensimismado, tan distante.

Me acerco con sigilo, y él levanta la mirada, sus ojos verdes llenos de una tristeza que me parte el alma. Me siento en su regazo, acariciando su barba con ternura. Andrea toma mis manos entre las suyas, y nuestras miradas se encuentran. Le sonrío, tratando de transmitirle mi amor, mi apoyo, mi comprensión. Él parece entender, y un atisbo de serenidad ilumina su rostro. Me acerco y lo beso con dulzura, un beso que sella nuestra conexión, que nos transporta a un mundo donde solo existimos nosotros.

Andrea suspira, y por un instante, nos olvidamos del mundo exterior, de las preocupaciones que lo atormentan. El contacto físico, la calidez de nuestros cuerpos, nos hacen volar muy lejos, porque nuestro amor es más grande que nosotros mismos. Rompe el beso, y me acurruco en su pecho, escuchando el latido de su corazón.

—¿Qué sucede? —le pregunto con suavidad—. No me mientas, sé que algo te atormenta.

Andrea besa mi cabello con ternura.

—Son solo momentos —dice con voz baja—. Sabes que siempre he sido taciturno…

—Lo sé —respondo con comprensión—. Pero esta es la primera Navidad de nuestra hija, y has estado muy pensativo. Sé que tienes miedo, pero necesito al hombre que juega con Alba, que disfruta de cada momento, no al hombre que se encierra en sí mismo y se olvida de que existimos.

—Alejandra… —dice mi nombre con un suspiro.

Sonrío, porque sé que estoy dando en el clavo. Todos tenemos miedo de que el cáncer vuelva, ese enemigo silencioso que nos acecha. Pero ahora, más que nunca, quiero aprender a disfrutar de la vida, a vivir cada instante con intensidad.

En ese momento, comienza a sonar *My Destiny,* de Kathleen Irvine. Me levanto y le ofrezco mi mano a Andrea. Él sonríe y la acepta, dejándose llevar por la música. Bailamos mirándonos a los ojos, conectando a través de la melodía, y parece que es justo lo que necesitamos.

Andrea me hace girar, y su sonrisa ilumina la habitación. Me apega a su cuerpo, y suspiro al ver la nieve caer en el jardín, cubriendo el paisaje con un manto blanco. *Il Mondo*, cantada por Il Volo, comienza a sonar, y una oleada de nostalgia me invade.

—Te amo —le digo con emoción.

Esa canción significa mucho para nosotros. Es un recordatorio de nuestro viaje, de las dificultades que hemos superado, del amor que nos ha mantenido unidos. Seguimos bailando, disfrutando de nuestra compañía, de la magia del momento. Al terminar, Andrea se aleja y apaga la música. Vuelve a mi lado y me abraza con fuerza.

—Vamos con Alba —dice con una sonrisa—. La vida es solo un suspiro.

Salimos del estudio en busca de nuestra hija. Andrea la despierta con una sonrisa traviesa, y Alba, en lugar de llorar, balbucea con alegría, enamorada de su papá. Jugamos un rato con ella, y él la alza, provocando una carcajada que resuena en toda la casa. Tomo una fotografía y la comparto en mi Instagram. Aunque dejé de modelar, sigo siendo activa en las redes sociales. Pero ahora, lo que más me gusta es ser simplemente Alejandra: la esposa, la madre, la mujer. Escribo una frase sencilla: "Navidad es estar en familia".

—Ale —me llama Andrea.

—Ajá —respondo, distraída con el teléfono.

—Alejandra —insiste.

Levanto la mirada y sonrío al ver que Alba se ha puesto de pie solita.

—Alba… —digo con emoción.

—Mami —balbucea, y da un paso, luego otro. Se tambalea, y contengo la respiración. Nuestra bebé tiene solo ocho meses.

—Ven, Alba, ven con mami —le pido con los brazos extendidos.

Ella se estabiliza, y nuestras miradas se cruzan. Los ojos verdes de Andrea brillan con intensidad, y asiento con convicción. Estamos destinados a ser felices.

—Ve con mami, Alba… —anima Andrea con ternura.

Alba mueve sus piernitas con determinación, y yo me acerco un poco para ayudarla. Finalmente, nuestra niña da sus primeros pasos, y cuando llega a mis brazos, la abrazo con fuerza, llena de emoción.

—Las adoro —dice Andrea conmovido.

Se acerca a nosotras y nos abraza a las dos. Jugamos un rato con Alba, y luego cenamos juntos, disfrutando de la calidez de nuestro hogar. Al dormirla, nos vamos a nuestra habitación. Comienzo a desvestirme, y Andrea se acerca por detrás, retira mi cabello del cuello y lo besa con suavidad. Gimo, porque esa es una de mis zonas más sensibles.

Me quita el sujetador y acaricia mis senos, apretando mis pezones con delicadeza. Sus labios recorren mi piel, despertando en mí una oleada de deseo. Lo dejo hacer, disfrutando de sus

caricias, de su amor. Amo cuando es capaz de enloquecerme con tan solo rozarme. Nunca me cansaré de adorar a este hombre.

Sus manos bajan por mi piel, mientras las mías se entierran en su cabello. Su cuerpo ya no es tan perfecto como antes, pero para mí sigue siendo el Adonis del que me enamoré. El amor no es físico, va más allá de lo palpable. Y por eso estoy segura de que siempre lo amaré.

Mi mejor amiga y mi madre me criticaron por amar a alguien que me pidió que me alejara. Pero cuando Andrea lo hizo, sabía que en silencio me pedía que me quedara. Cada beso, cada palabra no dicha, cada caricia, cada gesto, hablaban del amor tan grande que sentía por mí.

Andrea me hace el amor con una pasión que me consume. He aprendido a traducir el idioma de sus besos, de sus caricias, del modo en que me hace suya. Puede parecer una locura, pero con él descubrí que el amor es sentir, que cuando nuestro placer se pinta de colores, soy la mujer más feliz del mundo.

Por eso, cada noche a su lado es la noche más linda de mi vida.

-4-

Andrea

¿Sabes qué es el amor?

¿Sabes qué necesitas?

Me pregunto en silencio, mientras observo a mi familia reunida alrededor del árbol de Navidad.

Muchas veces nos cuestionamos qué necesitamos para ser felices, pero la vida me ha enseñado que no necesito nada más que a las dos personas que me dio: Alejandra y Alba. Ellas son mi razón de ser, mi motor, mi felicidad.

Alejandra y Alba juegan bajo el árbol, mientras Marta, nuestra querida amiga, les toma fotos. Hemos decidido pasar la víspera de Navidad junto a nuestros amigos, Luca y Marta, creando un ambiente cálido y familiar. Luca me da un codazo y señala a nuestras esposas. Ambas ríen mientras toman una taza de chocolate caliente, y Alba, con su energía inagotable, corretea a su alrededor. No podría pedirle más a la vida.

—¿Todo esto que tienes lo deseaste alguna vez? —me pregunta Luca con curiosidad.

—No —respondo con sinceridad—. Siempre pensé que moriría solo, que la felicidad no era para mí. Pero Alejandra llegó a mi vida para cambiarlo todo.

—Y de regalo me trajo a Marta —añade Luca con una sonrisa.

Sonrío, recordando cómo se conocieron.

—Nunca pensé que mi mejor amigo se enamoraría de la mejor amiga de mi esposa —digo con humor—. Un poco cliché, ¿no crees?

—Lo sé —responde riendo, y me da una palmada en la espalda—. Me alegro de que Alejandra llegara a tu vida. Aunque te apoyaba en la loca decisión de dejarte morir, no quería perderte.

Sus palabras me conmueven. Luca, mi amigo, mi hermano, nunca me había confesado lo mucho que le importo. Se acerca a Alba y la alza, haciéndola reír. Aunque no se lo hemos dicho, ellos son sus padrinos. Y el día que yo falte, espero que Luca pueda ser el padre que Alba necesite.

Camino hacia ellas y me siento detrás de Alejandra, atrayéndola hacia mí. Ella se recuesta en mi pecho con un suspiro, y la paz me invade.

—Te amo —le susurro al oído.

—Y yo te amo a ti —responde con dulzura.

El reloj suena, anunciando la medianoche. Nunca fui hombre de celebrar las festividades, pero ahora, con mi familia a mi lado, todo es diferente. Me detengo a observar lo que tengo, y una profunda gratitud me inunda. Soy feliz.

—¡Feliz Navidad! —exclama Alejandra con alegría.

—¡Feliz Navidad! —responde Marta con una sonrisa.

Alejandra se levanta y va hacia el árbol. Toma uno de los regalos que hay debajo, y sonríe al mirarlo. La observo con curiosidad, y hago lo mismo con el regalo que tengo en mis manos. Ella regresa y me lo ofrece.

—¿Para mí? —pregunto con sorpresa.

Asiente con la cabeza, y recibo el regalo con una sonrisa. La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza.

—Gracias… —le digo conmovido, besando su cabello.

Rompo el papel y abro la caja. Al ver su contenido, contengo la respiración. Es un pequeño cuadro con una acuarela. En él, una pareja observa una noche estrellada. Detrás de ellos, un convertible de los años cincuenta, muy parecido al mío, pero de color rojo. Y en la esquina superior izquierda, escrito con la hermosa caligrafía de Alejandra, una frase:

"Contigo siempre vivo las noches más lindas".

—Alejandra… —murmuro con emoción.

Ella me abraza, escondiendo su rostro en mi cuello. Estoy enamorado de mi mujer como el primer día, y a veces parece que ella no lo comprende. Alba se escapa de los brazos de Marta y gatea hacia nosotros. La atrapo, y Alejandra sonríe al verla.

—Este es el mejor regalo de Navidad que me pueden dar —dice con ternura, mientras Alba se acurruca en sus brazos, vencida por el sueño—. Te tengo a ti y a nuestra Alba. Ustedes son el mejor regalo.

Beso su cabello, y ella sonríe con felicidad. Un flash nos ilumina, y al levantar la vista, veo a Marta con la cámara en la mano.

—Feliz Navidad, amigos —dice con cariño—. Nosotros nos iremos a dormir.

—Pero… —protesta Alejandra, y la beso para que se calle.

Nuestros amigos se despiden, y nos quedamos solos frente al árbol. Ahora comprendo la importancia que Alejandra le da a la Navidad, a la creación de recuerdos. Son esos recuerdos los que nos mantienen unidos a las personas que amamos, incluso cuando ya no están.

Hace unos días, vimos una película llamada "Coco". Alejandra lloraba, y yo solo deseaba que el día que no esté, Alba no me olvide, que mi recuerdo viva en su corazón.

—Solo mueren los que son olvidados —murmuro con nostalgia.

—¿Ah? —pregunta Alejandra con curiosidad.

Alba duerme plácidamente en sus brazos. Sostengo el rostro de mi esposa entre mis manos, y sus ojos castaños brillan con una luz especial.

—Sé que te parece estúpido —digo con sinceridad—, pero ahora entiendo lo que tratabas de

decirme.

—Andrea… —dice conmovida.

—Son estos pequeños momentos, los detalles como esa acuarela… Tú haces que mi mundo sea diferente, me devolviste las ganas de vivir, me mostraste lo que el amor puede hacer. Me diste el regalo más grande, que es Alba, y todos los días me das un nuevo regalo. Gracias. —Le doy un beso casto en los labios—. Podría regalarte todo lo material, porque puedo. Pero el mejor regalo que puedo darte todos los días es mi corazón.

—Amore mio… —dice con los ojos llenos de lágrimas.

—Te doy todo lo que soy —continúo—, porque el mejor regalo que puedes darme eres tú.

Alejandra sonríe y me besa con pasión, y en ese beso encuentro la confirmación de nuestro amor, de la felicidad que hemos construido juntos. Nunca me cansaré de afirmar que vivo por ella, que nunca existirá un amor más grande que este. Un amor que nació en medio de una noche estrellada, donde una chica con el corazón roto aprendió que era perfecta para mí, y donde yo aprendí que el amor puede sanar, que no debemos dejar que el miedo nos impida luchar por lo que queremos.

En el mundo, encontrarás personas que dudarán de ti, incluso de la persona que escogiste para pasar el resto de tu vida. Pero nunca seas tú quien dude. Cree en ti, cree en tu amor, y lucha por la felicidad que te mereces.

-5-

Alba y yo abrimos sus regalos en compañía de Andrea, mientras Marta no deja de tomarnos fotos. Ella siempre ha creído que la fotografía no es solo para mostrar la belleza, sino también para capturar los momentos que consideramos importantes, para congelar el tiempo y preservar la esencia de un instante.

Mi hija se ríe con emoción, ajena al valor material de los juguetes que desenvuelve con mis manos. Al abrir el regalo de Marta, Alba lo abraza con fuerza, y ambas compartimos una mirada cómplice. No puedo evitar sonreír. Es un simple peluche de un caballo blanco, pero me recuerda a mi querida yegua, Arcoíris, un símbolo de mi pasado, de mi hogar, de mi esencia.

—Gracias —murmuro conmovida, y Marta sonríe.

—No es nada —responde con cariño.

—Les tengo un regalo más —anuncia Andrea con una sonrisa misteriosa.

Luca asiente con complicidad, y los miro con curiosidad. No puedo creer la cantidad de juguetes que hemos recibido. ¿Otro regalo más?

—¿Otro regalo? —pregunto con incredulidad.

—Sí… —murmura Andrea, rascándose la barba—. Te va a gustar, y creo que a Alba también.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Estás loco —le digo con cariño—. El mejor regalo es tenerlos a todos ustedes.

Marta me toma del brazo y me arrastra hacia el patio. El frío es intenso, pero al ver que Andrea ha abrigado bien a Alba, me tranquilizo. Luca nos coloca los abrigos, y bajamos al jardín, cubierto por un manto blanco de nieve.

—Cierra los ojos —me susurra Andrea al oído, y su aliento cálido me eriza la piel.

—Andrea… —resoplo con una sonrisa.

—Hazlo —insiste con dulzura.

—¡Ale, no te hagas de rogar! —exclama Marta con impaciencia.

Cierro los ojos, dejándome llevar por el juego. Escucho murmullos, el sonido de pasos en la nieve, la risa contagiosa de Alba. La espera me impacienta, y la risa de Marta aumenta mi curiosidad.

—Ábrelos —dice Andrea con emoción.

Al abrir los ojos, me quedo sin aliento. Alba está montada en un pequeño poni blanco,

riéndose con Marta. ¡Es un sueño hecho realidad!

—Dios mío… —susurro conmovida.

—Sé lo importante que era para ti tu yegua Arcoíris —dice Andrea con ternura—, y lo mucho que amas a los caballos. Por eso pensé que este era el mejor regalo que podía darte.

—Andrea… —digo con la voz entrecortada por la emoción. Lo abrazo y lo beso con pasión, agradecida por su amor, por su comprensión, por su generosidad. Al separarme, lo miro a los ojos, y veo en ellos un brillo que me conmueve—. Soy millonaria, pero de amor. Y la mujer más afortunada del mundo por tenerlos a ustedes.

—Te amo —murmura contra mis labios.

Recuerdo una vez, al salir de la universidad, que alguien me preguntó dónde me veía en cinco años. No supe qué responder. Pero si esa misma persona me hiciera la misma pregunta ahora, le diría:

En cinco años quiero estar en el mismo lugar, con la misma alegría que caracteriza a Marta, mi mejor amiga, que siempre sabe qué hacer o decir para hacernos reír. Quisiera tener la lealtad de Luca, que ni en los momentos más oscuros de Andrea lo abandonó. También quiero tener la fuerza de voluntad de un bebé aprendiendo a caminar, porque a pesar de caerse, se levantan una y otra vez hasta lograr su objetivo. Y por último, quiero tener la fuerza de mi amado Andrea, que aun sabiendo que podía morir, luchó por nuestro amor y se quedó a mi lado.

—Feliz Navidad —dice Andrea, envolviéndome en un abrazo protector, mientras nuestros amigos juegan con Alba—. Te amo, Alejandra.

—Tú eres mi mejor regalo —le aseguro, y me relajo en sus brazos. Marta carga a Alba, y la llamo con una sonrisa.

—Hey, Marta —digo con complicidad.

—Dime, tonta —responde con cariño.

—Tú y Luca son los padrinos de Alba, solo para que lo sepas, idiota —le digo con una sonrisa.

Marta se detiene, y Andrea suelta una risita. No era la forma en que pensábamos decírselo, pero entre nosotras, es la mejor manera de comunicarnos. Mi amiga me mira con los ojos llenos de lágrimas, y recuerdo las palabras exactas que le dijo a Alba el día que la conoció. Por eso estoy segura de que escogí a la mejor madrina. Marta besa a Alba y me abraza con fuerza.

—Este es el mejor regalo y honor que me pueden dar —susurra emocionada—. Gracias por ser la mejor amiga.

—Te quiero, tonta —le digo con cariño.

—Y yo te quiero a ti, tonta —responde con la voz entrecortada.

Muchas veces trato de que todo salga perfecto, porque me empeño en tener los mejores recuerdos. Pero después de tanto pensarlo, me doy cuenta de que la Navidad es perfecta por sí

sola. Es una época de unión familiar, de paz, de compartir con los que menos tienen. Mi vida puede parecerles perfecta a muchos, pero les puedo asegurar que el camino que me trajo hasta aquí estuvo lleno de obstáculos y dolor.

Sé que algún día alguno de nosotros faltará, pero espero que Alba siempre recuerde esto: que sus padres siempre quisimos hacerla feliz.

Mis Navidades en Venezuela eran diferentes. Las tradiciones son distintas, pero mis padres siempre intentaron que sonriera, a pesar de estar divorciados. Con el paso del tiempo, dejé de ser la niña dulce para convertirme en una adolescente taciturna.

Ahora comprendo que la Navidad es un tiempo de amor familiar, que la vida nos regala momentos preciosos, y que los recuerdos que atesoramos son los pequeños detalles: colocar el árbol, las cenas en familia, las risas compartidas.

Esos instantes son los que amamos de la Navidad.

Agradecimientos

A Dios y la Virgen, Santa Teresita del Niño Jesús, por ser la luz que guía mis pasos y la inspiración que llena cada respiro. Ahora más que nunca, sé que mi musa llega a través de ustedes, bendiciendo mi camino con creatividad y amor.

A mi familia, por su apoyo incondicional, por ser mi refugio y mi fortaleza. A mi mamá, la mujer de mi vida, te debo todo lo que soy. Gracias por tu amor infinito, por comprender mis arranques locos y por creer siempre en mí. Te amo.

A las cuentas de Instagram que apoyan a los autores, por su labor incansable, por dar visibilidad a nuestras historias y conectarlas con los lectores. Gracias por ser un puente entre la pasión de escribir y el placer de leer.

A mis lectores, los de siempre y los que recién llegan, gracias por acompañarme en este viaje, por creer en la magia de las palabras y por mantener viva la llama de la esperanza. Gracias por confiar en mí, por leerme, por soñar conmigo.

¡Mil veces gracias!

Sobre la autora

Lorena del Valle Fuentes P.

Venezolana de nacimiento y de corazón, enamorada de su país y de todo lo bueno que siempre ha tenido; Lorena Fuentes desde pequeña ha tenido fascinación por la lectura y las letras. Su primer libro fue Platero y yo, pero la historia del niño que enseña a los adultos: El Principito, fue la que la enamoró.

Es amante de las artes en todas sus expresiones. En 2015, con Soy Tuya incursiona por primera vez en ese mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos. Tras haber realizado varias publicaciones, octubre de 2016 trae a su vida su primer Best-Seller: Amor en llamas, llegando al primer lugar de ventas en novelas de ficción de Amazon.

Fuentes, pensando siempre en su público, se dio a la tarea presentar sus obras en otros idiomas, trayendo así en marzo de 2019 Amore in fiamme, y aventurándose al inglés, presenta en julio de ese mismo año The Most Beautiful Night; para octubre de 2021, trae en portugués su más grande éxito Amor em chamas.

En el año 2020 nace para ella su mayor reto, así como una de sus más grandes satisfacciones, el Dark Romance, género que trae consigo La Ley del Silencio, serie llena de controversia por su contenido, Omertà ve la luz en julio; su gran secuela, Amore e Vendetta en

octubre; 2021 trae la historia del menor de los Lombardo, Inferno e Paradiso; Uomo D’onore es la penúltima novela de la serie, publicada en octubre de este mismo año, el quinto y último libro dará fin a la serie en febrero.

Para la escritora colaborar con sus compañeras, creando lazos y consintiendo a sus lectores, es algo fundamental, por ese motivo incursionó en las antologías multiautor Romances Que Dejan Huella en febrero de 2020, y Día de los Enamorados, en el mismo mes, pero de 2021. Sin dejar pasar la oportunidad de celebrar las fiestas decembrinas, Un regalo para ti trae una colección de relatos de su autoría, acordes a la fecha, que te harán pasar un grato momento.

No hay amor más grande que el de Lorena por sus lectores, así que no dudes en comunicarte con ella para comentar sus obras o compartir un grato momento hablando de libros.

Redes Sociales:

Facebook: https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/

Instagram y Theards: @lorenafuentes2

X: @lore2811

Libros:

Serie Nos Pertenecemos:

Soy Tuya 27/03/2015

Todo de Ti 27/11/2015

Lo Mejor de ti 02/03/2017

Nos Pertenecemos 13/08/2020

Girasoles para Lu 21/11/2019

Relatos de la serie:

Todo Cambió: 26/04/2015

Algo Sobre de Diciembre: 21/12/2015

Unitarios:

Serendipia 01/05/2016

La Noche Más Linda 11/07/2017

Y Lo Conocí en: 27/11/2018

Desencuentros 15/03/2019

Óbelo: 30/07/2019

No Fue Mi Intención Amarte: 01/08/2021

90 días 28/11/2021

Ramé 04/07/2022

Una Segunda Oportunidad 16/10/2022

El Bufón y la Reina 23/01/2023

Serie ley del Silencio:

Omertà 19/03/2020

Amore e Vendetta 26/10/2020

Inferno e Paradiso 15/05/2021

Uomo D’onore 21/10/2021

L’Ultimo Capo 14/10/2022

Biología Atrévete a Amar

Filofobia: 01/05/2018

Resilio 01/08/2018

Bilogía en llamas:

Amor en llamas 15/10/2016

Corazones en llamas 03/12/2017

Serie Estación 44

Fuego Amistoso 01/02/2021

Serie Ruinas

Hermosas Ruinas 29/10/2024

Antologías:

Romances que dejan huellas 14/02/2020

Un regalo para ti 09/12/2020

Antología de Relatos: “Día de los enamorados” 14/02/2021

Darkness “Reinas de La Oscuridad” 29/10/2021

Un Regalo que Deja Huella 30/12/2022

Traducciones:

Amore in fiamme 29/03/2019

The Most Beautiful Night 26/07/2019

Amor em chamas 15/10/2021

La notte più bella 01/02/2022